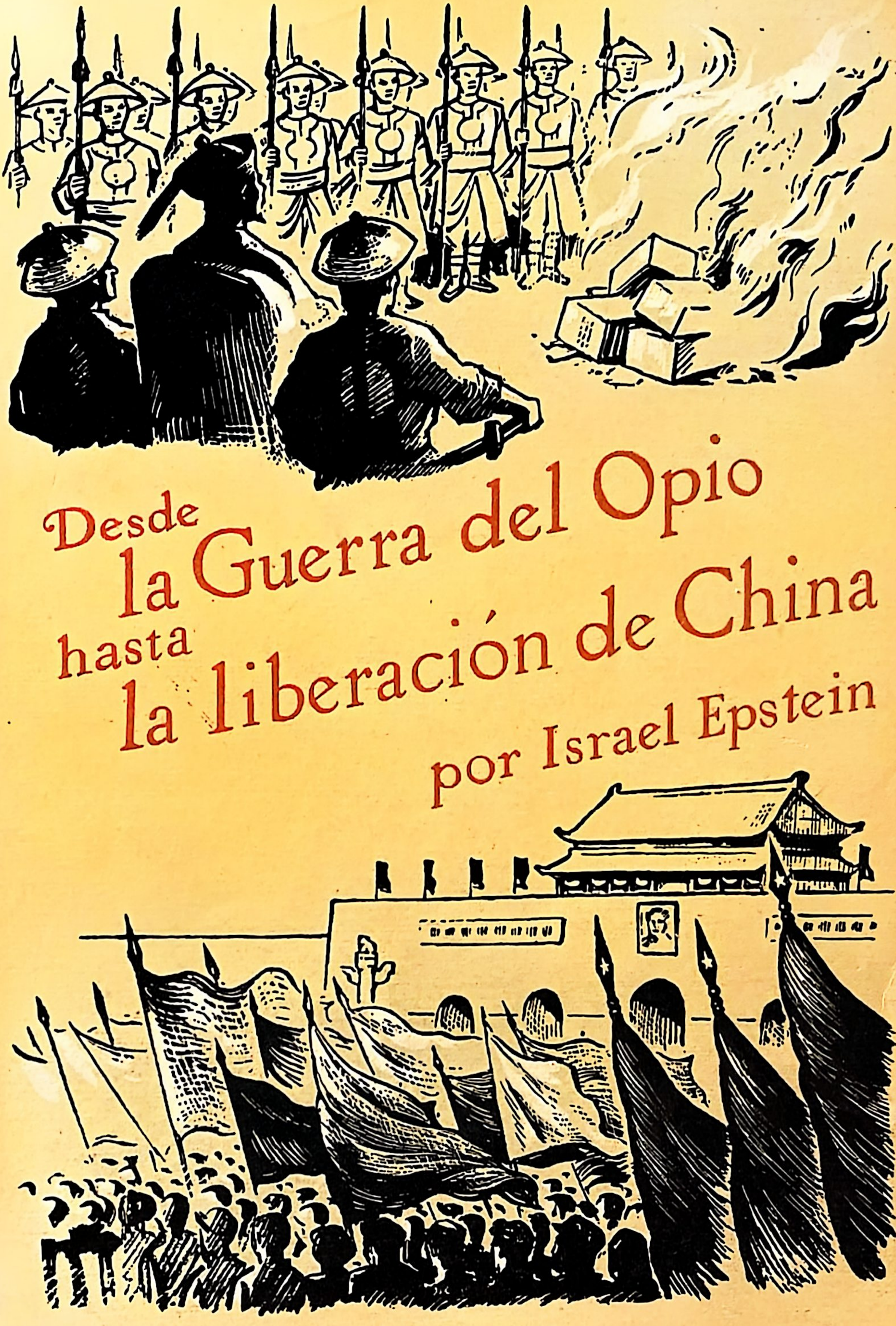

Desde la Guerra del Opio hasta la liberación de China

por Israel Epstein

DESDE LA GUERRA DEL OPIO HASTA LA LIBERACION DE CHINA

por

ISRAEL EPSTEIN

EDITORIAL NUEVO MUNDO
PEKIN, 1958

Printed in the People's Republic of China

I

LA CHINA ANTIGUA

El Estado chino y la civilización china tienen miles de años de existencia. En el decurso de su larga historia, el pueblo chino ha dado al mundo algunos de los más grandes estadistas, filósofos, poetas y estrategas. China fue una de las primeras naciones que elevaron la cultura material hasta un altísimo nivel. Los chinos inventaron el papel, la seda, la pólvora, la porcelana, la imprenta, el sismoscopio, la brújula y, probablemente, el timón de codastre, la construcción de barcos de compartimientos estancos, los puentes colgantes y de arcos segmentados, las ruedas dentadas, el uso de la rueda de palas para accionar el fuelle en la metalurgia, el uso del carbón como combustible, y otras muchas cosas más. Un matemático chino (Dsu Chung-chi, 429-500 de n. E.) calculó el valor del número π mil años antes de que Otto lo hiciera en Europa (en 1576). La fundición de hierro se desarrolló muy pronto y adquirió una alta calidad. El historiador romano Plinio escribió que el hierro importado de China era muy apreciado porque con él se fabricaban hermosas hojas de espada. Los viajeros medievales, como Marco Polo, elogiaron los descubrimientos de los chinos, mucho más avanzados que los de la Europa de entonces. Consignaron avances tan grandes en la organización económica como el uso del papel moneda, desconocido entonces en el resto del mundo. Todos los que visi-

taron China hasta fines del siglo XVIII hablan del país en el mismo tono de encomio.*

Sin embargo, China estaba socialmente atrasada. Había permanecido alrededor de 2.500 años bajo el régimen de los terratenientes feudales. Aún no han sido investigadas por completo las causas de ello; tanto los historiadores chinos como los extranjeros tienen discrepancias a este propósito. Entre las razones que se dan de tal fenómeno figuran las siguientes:

> Los campesinos producían no sólo grano sino también la mayor parte de los artículos de la artesanía que necesitaban; las mercancías no circulaban en cantidad suficiente; las ciudades eran sobre todo centros militares y administrativos y en ellas no se practicaba la manufactura en la misma proporción que en Europa; China disponía de un extensísimo hinterland en el cual se dispensaba la economía agrícola celular de modo que no se desarrollaban ni el comercio exterior ni el marítimo en una escala semejante a la del mundo mediterráneo y atlántico; las cuantiosas rentas recaudadas por los terratenientes eran consumidas directamente por ellos; no había inversiones importantes ni en la producción ni en el comercio; las profundas inversiones de los vecinos nómadas y las guerras para apoderarse de los países limítrofes consumían y destruían grandes riquezas una y otra vez durante un período de más de mil años.
>
> El Estado centralizado, encabezado por el emperador, se convirtió bien pronto en un arma de poder autoritario a escala nacional. A diferencia de lo que acontecía en algunos países europeos, el poder del soberano no se mantenía ni desarrollaba por medio de la alianza de éste con los mercaderes de la ciudad. Por el contrario, seguía siendo un instrumento de la supremacía de los terratenientes.

Pronto se formó una clase de comerciantes pero ésta nunca llegó a ocupar un lugar decisivo en la economía, ni llegó a adquirir la posición política correspondiente. Bien es verdad que el primer emperador, Chin Shi Juang (221-209 antes de n.E.), constructor de la Gran Muralla, unificó a China con el apoyo y la alianza de grandes negociantes en hierro y en sal.

---

*Para informarse al detalle de las invenciones chinas consúltese la obra de Joseph Needham *Science and Civilization in China*, vol. I. Cambridge University Press, 1955.

Pero la siguiente dinastía, Jan, hizo de estos artículos un monopolio del Estado. Después, y durante cerca de 2.000 años, los funcionarios públicos feudales no mostraron interés por aumentar la producción sino por extraer de ella, por medio de impuestos, la mayor cantidad de ingresos posible. Desde los tiempos de la dinastía Jan (206 a.n.E., 220 n.E.) en adelante, los comerciantes fueron intencionadamente degradados en la escala social. Por estas razones, la unificación del territorio bajo un solo Gobierno central, que en los Estados europeos condujo al desarrollo de la industria y del comercio, tuvo en China el efecto contrario.

Los campesinos oprimidos lucharon heroicamente contra el régimen feudal. Mao Tse-tung, en su obra *La Revolución china y el Partido Comunista de China*, enumera dieciocho levantamientos campesinos que tuvieron lugar en un período de 2.000 años; señaló que «la gigantesca escala de los levantamientos y guerras campesinas habidos en China no tienen paralelo en el mundo». La causa de que estas luchas no triunfaran reside en que las nuevas fuerzas productivas y las relaciones de producción no se desarrollaron en grado suficiente para poder llevar a cabo un cambio en la base de la sociedad. La Historia ha demostrado que los campesinos no pueden edificar su propio poder estatal de manera perdurable. En aquel tiempo no había en China una clase capitalista que pudiera imponer su hegemonía. Tampoco existía una clase obrera capaz de dirigir al pueblo para acabar con los que explotaban su trabajo. En consecuencia, mientras las dinastías iban siendo derrocadas y sustituidas por otras, y aunque en muchos terrenos se realizaban grandes progresos, el orden social seguía siendo feudal. Los historiadores chinos están ahora profundizando más en los aspectos específicos, causas y resultados de cada una de aquellas guerras campesinas que constituyeron una fuerza importante del progreso social de aquel tiempo. Basándose en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, prestan gran

atención a las modificaciones del sistema político así como de la economía, que siguieron a cada movimiento.

Los muros del feudalismo chino fueron, al fin, rotos, no por el capitalismo chino sino por el capitalismo extranjero. Después de mediado el siglo XVIII, la Compañía Británica de las Indias Orientales, recién subyugada la India, se convirtió en dirigente del lucrativo «comercio de China».

Al iniciarse este comercio, China era la proveedora de las manufacturas. No sólo exportaba té sino también sedas, tejidos de algodón (telas de Nankín), porcelanas y otros artículos elaborados. En cambio, sus importaciones eran pequeñas: sobre todo artículos tales como pieles sin curtir, raíces medicinales y algunos manjares delicados para la mesa de los ricos. Había mucho de verdad en el mensaje que el emperador Chien Lung envió, en 1796, al rey Jorge III de Inglaterra, respondiendo a la propuesta de ampliar las relaciones comerciales: «Tenemos de todo — decía. Yo no doy valor alguno a las cosas raras o ingeniosas y no necesito de las manufacturas de su país». El poder feudal de China temía todo cambio y recelaba las ideas nuevas que pudiera traer el contacto con el exterior. No se daba la menor cuenta del poderío militar y económico que la revolución industrial empezaba a desatar en Occidente, y de la consiguiente necesidad de modernizar adecuadamente la defensa nacional que de ello se desprendía.

En estas circunstancias, a los comerciantes británicos les era entonces muy difícil vender algo en China. Y casi todo lo que compraban tenía que ser pagado en plata contante y sonante. La historia de esta plata estaba teñida de sangre: los indios americanos la habían sacado de las minas de Méjico y Perú, trabajando a zurriagazos; buena parte de ella había servido a los españoles para pagar los negros que los ingleses tratantes en esclavos habían secuestrado en las costas africanas. Luego esta plata había servido a los ingleses para adquirir en la India paños finos y especias. Y por último, después de la conquista de la India, había sido extraída del pueblo hindú en forma de tributos obligatorios. Por tanto, en la marcha ascendente del colonialismo, el saqueo y esclavización de un pueblo proporcionaba los medios para el saqueo y esclavización de los otros pueblos.

II

OPIO, BARCOS DE GUERRA Y MISIONEROS (1840-1849)

Como las provisiones de plata no eran inextinguibles, la Compañía de las Indias Orientales buscaba otra forma de pagar las mercancías chinas. Dio con el opio. De cómo encontró en la India las existencias de este producto, dio cuenta un testigo presencial de la manera siguiente:

> En todos los territorios pertenecientes a la Compañía están bajo un severo monopolio el cultivo de la adormidera, la elaboración de la droga y el comercio con ella hasta que es vendida en subasta para su exportación . . . El cultivo de la planta es obligatorio . . . Actualmente están sembradas de adormidera vastas regiones de la mejor tierra de Benarés, Bahar y en otros lugares de las zonas septentrionales y del centro de la India; ha sido reducido casi a la nada el cultivo de otras plantas alimenticias o textiles, que se cultivaban desde tiempo inmemorial.*

En 1781, tras preparación sistemática, la Compañía introdujo en China el primer gran cargamento de opio de la India, estupefaciente hasta entonces poco conocido en aquel país. Luego, su comercio creció a pasos agigantados. Bien pronto, las exportaciones chinas de té, sedas, y otras mercancías no bastaron para pagar el opio importado; y la plata comenzó a salir a borbotones de China, en lugar de entrar en ella.

Chinese Repository, Vol. V (1837), p. 472; fragmento citado por S. Wells Williams en su obra *The Middle Kingdom*, N.Y. and London, 1848.

En el año 1800, el emperador Chia Ching, muy preocupado por los efectos producidos por el opio, tanto físicos como económicos, prohibió su entrada en China. Pero entonces había ya demasiada gente habituada a la droga; y demasiados comerciantes y funcionarios públicos habían sido ya corrompidos por las pingües comisiones que extraían de este tráfico. Así pues, el contrabando y el cohecho anularon en la práctica la prohibición.

La importación anual de opio pasó de unas 2.000 arcas (cajas, de 140 a 160 libras cada una), en 1800, hasta 40.000 cajas, en 1838. Es importante señalar que los barcos americanos no tardaron en unirse a los británicos en tan nefando comercio. Adquirían opio turco (que cargaban en Esmirna) con objeto de completar los envíos de opio indio. De esta manera se amasaron varias fortunas mercantiles que luego constituyeron la base del desarrollo industrial de los EE.UU.

La sangría de la plata china se incrementó a raudales. De 1832 a 1835 se enviaron al extranjero 20.000.000 de onzas. Subió verticalmente el valor de la plata dentro del país. La carga pesó como una losa sobre los campesinos puesto que bajaron los precios del cereal, mientras los terratenientes y los recaudadores de impuestos se apropiaban gran parte de las cosechas con el fin de conservar incólumes sus reservas de plata. La tensión de la sociedad feudal de China era entonces ya grande; y este fenómeno fue la gota de agua que, desde mediados del siglo XVIII, provocó otra serie de levantamientos campesinos. A partir de 1800, las sublevaciones contra la dinastía manchú se hicieron cada vez más frecuentes y más extensas. En 1813, un grupo de rebeldes logró penetrar hasta dentro del propio recinto del palacio imperial de Pekín.

Los soberanos manchúes tuvieron que actuar para defender su propia existencia. Después de publicar un decreto, redactado en términos muy firmes, sobre la supresión del comercio del opio, nombraron a Lin Dse-shui, alto funcionario, buen patriota y hombre resuelto, como comisario especial que debía trasladarse a Cantón para llevar a efecto la disposición.

Lin, apoyado por el pueblo, bloqueó el distrito urbano en donde se habían establecido los comerciantes británicos y norteamericanos; y obligó a éstos a entregar las existencias de opio que tenían en su poder (más de 20.000 cajas). El 3 de junio de 1839 hizo Lin que se destruyera en público todo el opio recogido.

Como consecuencia de ello se desencadenó la Primera Guerra del Opio. En esta contienda se revelaron no sólo los fines rapaces de las «civilizadas» potencias occidentales sino también el atraso y la debilidad del aparentemente majestuoso imperio chino. Entre 1839 y 1842, las tropas británicas desembarcaron a lo largo de la costa, ocuparon Cantón, Shanghai, Amoy y Ningpó, y se internaron en el continente con objeto de cortar el Gran Canal Imperial, la arteria más importante del comercio entre el norte y el sur de China. Los regimientos ingleses, conforme avanzaban en el interior asesinaban y saqueaban a la población civil. Aunque ésta se defendió con gran denuedo; pero el atraso secular de China la llevó a la derrota. Los desastres se sucedieron, uno tras otro. En la lucha, desigual a causa de la superioridad de armamento de los ingleses, cientos de hombres, oficiales y soldados, pusieron fin a sus vidas suicidándose después de haber dado muerte a sus familiares. Las fuerzas británicas tuvieron quinientos muertos; el ejército chino-manchú, veinte mil.

La incapacidad y las vacilaciones del Gobierno manchú aceleraron la derrota de China. En 1840, el Gobierno se amedrentó al ver que la flota británica se encontraba tan sólo a 90 millas de Pekín; entabló negociaciones con los invasores a la par que destituía y desterraba al patriota Lin Dse-shui, «causante de la guerra» por haber mandado quemar el opio. Más tarde, el Gobierno manchú volvió a cambiar de política: detuvo a Chi Shan, un hombre corrompido, alto funcionario (conocido en la literatura occidental con el nombre de Kishen), porque había negociado con los ingleses. Buena prueba de cómo los mandarines feudales saqueaban al pueblo es la fortuna de Chi Shan: cuando fue confiscada por el tesoro, consistía

en 11.000 onzas de oro, 17.000.000 de onzas de plata, numerosas arcas con alhajas y propiedades cuya extensión rebasaba las 170.800 hectáreas. En aquel tiempo, la parcela cultivada por un arrendatario o por un pequeño propietario tenía una superficie que no llegaba a una hectárea. Y Chi Shan no era, ni mucho menos, el más rico de los burócratas al servicio de la dinastía.

Como consecuencia de la guerra, los gobernantes feudales de China firmaron el primero de los humillantes «tratados desiguales», que iban conduciendo a China a extinguirse como nación independiente. El Tratado de Nankín (1842) y sus cláusulas complementarias estipulaban:

Una indemnización por el opio sustraído y quemado por orden de Lin Dse-shui, con lo cual se concedía a los futuros traficantes un seguro de protección;

La entrega de la ciudad de Hongkong a los ingleses; desde esa fecha, Inglaterra hizo de Hongkong la base militar, política y económica de su penetración en China;

Que los cinco puertos principales de China se abrieran al comercio y al establecimiento en ellos de los británicos; lo cual condujo bien pronto a la creación de enclavados territoriales, protegidos por el pabellón inglés, embrión de las llamadas «concesiones» de las ciudades portuarias de China;

La exención de los súbditos británicos de someterse a las leyes chinas; la extraterritorialidad de las leyes extranjeras en el suelo chino;

El principio del trato de «nación más favorecida», que luego fue reclamado también por otras potencias, con lo cual se concedieron a todos los extranjeros los «privilegios» arrancados por los ingleses a los chinos;

Que China se comprometía a no cargar más del 5% de derechos de aduanas sobre las mercancías extranjeras; esta fue la causa de que la industria china no pudiera desarrollarse.

Aprovechándose de la debilidad de China, los enviados de otras potencias extranjeras desembarcaron en el país para imponer tratados similares. El primero fue Caleb Cushing, de los Estados Unidos, quien informó, jactancioso, a los chinos desangrados después de la lucha contra los ingleses, que si se negaban a negociar se consideraría «un acto de ofensa nacional y justo motivo de una guerra». Cushing les conminó a concertar el Tratado de Wangsiá (1844) en virtud del cual, les fueron concedidos a los norteamericanos no sólo los mismos privilegios de que gozaban los ingleses sino también otros derechos de extraterritorialidad de largo alcance, la reducción de los derechos de tonelaje, y el derecho a surcar libremente las aguas chinas. «Este tratado — declara con petulancia el historiador norteamericano Tyler Dennett* — era tan excelente que no tardó en servir de modelo al tratado francés». Bajo la cláusula de «nación más favorecida», los ingleses también se aprovecharon de sus beneficios adicionales.

Aún hay que señalar otro aspecto de la Guerra del Opio y sus consecuencias: se trata del papel que desempeñaron los misioneros conocedores del país y del idioma, en la humillación de China, donde habían llegado sin más fin ostensible que el de predicar la doctrina cristiana.

Uno de estos misioneros, el Dr. Gutzlaff, actuó de intermediario de la firma inglesa Jardine, de traficantes de opio; por lo cual y como compensación recibió una importante subvención para su revista religiosa. El Dr. Gutzlaff, que no era inglés sino súbdito prusiano, actuó de intérprete de las tropas

*Tyler Dennett: *Americans in Eastern Asia,* N.Y., 1922, p.160. El autor está tan entusiasmado con el Tratado que olvida las limitaciones exigidas a toda obra impresa y le lleva a titular dos capítulos seguidos de su libro como «Notables ventajas del Tratado Cushing». Califica al negociador de «capaz», y elogia su «profundo y brillante talento jurídico». Una de las excelencias que resalta es que «El Tratado Cushing fue, en la práctica, la delicia de los contrabandistas . . . ».

británicas durante la guerra y en las negociaciones del Tratado de Nankín.

En el tratado norteamericano de Wangsiá fueron los misioneros Williams, Bridgman y Parker (el último fue luego ministro en China) los que aconsejaron al diplomático estadounidense Cushing que tomara la posición de que «China debe doblegarse o romperse»* Parker amenazó, en lengua china, a los altos funcionarios con los cuales tenía que tratar.

La repugnante hipocresía, entonces como ahora descocada sirvienta de la política colonial, fue también rasgo característico de las declaraciones pronunciadas por los representantes de los gobiernos que a la sazón invadían China. Durante la guerra, todos y cada uno de los ingleses aseguraron que la guerra nada tenía que ver con el opio, pues su finalidad era enseñar a los chinos a no oponerse al progreso ni a la libertad de comercio. Al final de la guerra, los negociadores chinos en Nankín preguntaron al enviado británico Sir Henry Pottinger, según dice éste en su propio informe «por qué nosotros (los ingleses) no procedemos en justicia y prohibimos el cultivo de la adormidera en nuestros dominios, con lo cual terminaremos de manera efectiva con ese tráfico tan pernicioso para la Humanidad». Pottinger replicó que si bien él admitía que el negocio era sucio, el Gobierno británico no podía impedirlo, ya que eso sería «incompatible con nuestro sistema constitucional».

Tales fueron los beneficios espirituales de las libres instituciones capitalistas: para los negociantes occidentales, por un lado; y para sus víctimas asiáticas, por el otro. Los beneficios materiales fueron cortados por el mismo patrón. Hacia 1850, las ganancias producidas por el comercio del opio — que debilitó y depauperó a China — representaban el equivalente al 20% de los ingresos que el Gobierno inglés percibía en la India.

*Dennett, obra citada, p.146; fragmento reproducido en *Chinese Repository,* mayo de 1840, p.2.

Conviene recordar cuán lejos llegaron las consecuencias de la Guerra del Opio, para que el lector no tenga la impresión de que hemos dedicado excesiva atención a una guerra que, después de todo, tuvo lugar hace mucho tiempo:

La importación «legal» de opio a China continuó hasta el año 1917. El tope del 5% de derechos de aduanas para todas las mercancías extranjeras no fue abolido hasta 1928;

La extraterritorialidad para los súbditos extranjeros en China duró de hecho, hasta 1942. En la práctica, la legislación china nunca se aplicó a los extranjeros hasta el año 1949, cuando China fue liberada;

Las concesiones extranjeras en suelo chino servían de trampolín a los fines expansionistas y de agresión;

Los privilegios concedidos a las mercancías extranjeras, que quedaban eximidas de varios impuestos una vez transportadas al interior del continente, significaba para los agentes comerciales chinos de las firmas europeas y americanas una situación de «privilegio» en cualquier punto del país en que se encontraran. Estos comerciantes y agentes de comercio representaban la naciente clase intermediaria del capital monopolista, clase que más tarde estaba llamada a desempeñar tan importante papel en el sometimiento de la economía china al imperialismo.

Estas son algunas de las razones de porqué el tener una idea clara de la Guerra del Opio es necesario para comprender los acontecimientos de nuestros días.

III

LA REVOLUCION DE LOS TAIPING (1850-1865)

Los tratados de Nankín y de Wangsiá iniciaron el siglo de sojuzgamiento de China, el siglo de las luchas del pueblo chino por su independencia. Desde que se firmaron los tratados, el pueblo chino, para defender sus derechos, tuvo que luchar contra dos enemigos y derrotarlos: los invasores extranjeros, y los gobernantes feudales que ni querían ni podían defender al país.

Tanto desde el punto de vista social como del económico, la cláusula más importante de estos tratados era la de limitar al máximo del 5% las tarifas de importación. Condición impuesta a instancias de los fabricantes británicos, mostraba claramente que la supremacía del industrial sobre el comerciante, rasgo nuevo de la sociedad europea, también había llegado a ser el factor dominante para la expansión colonial en Asia. En 1834, a demanda de los industriales ingleses, el Parlamento británico había dado fin al privilegiado monopolio del comercio con China de que gozaba la Compañía de las Indias Orientales. Por el lado chino, la derrota en la Guerra del Opio puso fin al monopolio de los comerciantes de Cantón, privilegiados por el emperador, exclusivamente autorizados para entenderse con los extranjeros. Su lugar fue ocupado por los intermediarios del imperialismo, cuya situación legal no se debía a ningún privilegio del emperador sino a que el

capitalismo extranjero les había elegido como servidores e instrumentos suyos.

El tráfico del opio siguió incrementándose después de la guerra. En 1850 llegó a las 52.000 cajas. En 1853, ascendió hasta 80.000. Pero la importación de géneros de algodón ingleses y norteamericanos creció con más rapidez aún. China, antes exportadora de tejidos, se transformó en importadora. A la explotación por el capital mercantil europeo se sumó la explotación por el capital industrial de Europa. La economía china sufrió con ello una conmoción aun mayor.

Con las indemnizaciones que China tenía que pagar a Inglaterra, las nuevas importaciones significaron un aumento todavía mayor en la exportación de plata. Un alto funcionario chino, informando al emperador sobre estos resultados, escribía en 1852:

> Antes, un tael (onza china) de plata equivalía a 1.000 monedas de cobre . . . Hoy, un tael de plata vale 2.000. Antes, la venta *de tres dou* (40 libras) de arroz podía pagar los impuestos de un *mu* (1/15 de hectárea) de tierra, y aún sobraba algo. Hoy, la venta de seis *dou* no basta para pagar el impuesto. Naturalmente, la corte recauda las cantidades habituales, pero las gentes sencillas se ven obligadas a pagar el doble.
>
> Son innumerables los que no pueden pagar... Se mandan soldados y funcionarios del Gobierno para apremiarles día y noche, se les desahucia y su sangre se derrama...*

Lá afluencia de tejidos extranjeros baratos arruinó a millones de tejedores y otros artesanos, no sólo por la competencia directa en el mercado sino también porque se les agotaron sus fuentes de capital activo. Los comerciantes y usureros, que antes solían prestar a los artesanos, invertían ahora su dinero en mercancías extranjeras.

Al franquear a la fuerza la entrada de los extranjeros a nuevos puertos se abandonó el viejo sistema de transportes al

*Memorial dè Dseng Guo-fan al emperador, del 7 de febrero, 1852. (Citado por Su Yu-teng en *New Light in the History of the Taiping Rebellion*, Harvard University Press, 1950. pp.44-45).

interior según el cual todas las mercancías para el comercio con el extranjero se llevaban a Cantón, único puerto abierto al comercio exterior. Miles de barqueros y portuarios del Sur de China quedaron sin trabajo.

La crisis de la sociedad feudal de China se agravó. Aumentaron los levantamientos populares contra la dinastía manchú, a la par que se multiplicaban las luchas patrióticas contra los ingleses. Después de la Guerra del Opio, los campesinos de los alrededores de Cantón siguieron luchando, a pesar de la capitulación del Gobierno, obteniendo muchos más éxitos que alcanzó el ejército imperial. Un dicho popular de la localidad decía: «El pueblo teme a los altos funcionarios, los altos funcionarios temen a los diablos extranjeros, y los diablos extranjeros temen al pueblo».

Está claro que, en tal situación, el pueblo ya no iba a seguir temiendo mucho tiempo a los funcionarios.

Tan sólo siete años después de la firma de los humillantes tratados de Nankín y de Wangsiá, China se vio sumergida en el formidable Levantamiento de los Taiping; que fue la última de las guerras campesinas de China de viejo tipo, y, a la vez, la primera gran batalla democrática del pueblo chino en los tiempos modernos. Este movimiento revolucionario se inició en la provincia de Guangsí, cerca de la frontera del Viet-Nam; reclutaba sus hombres no sólo entre las masas explotadas sino también entre las minorías nacionales, que sufrían una bárbara discriminación. Los Taiping reunieron sus fuerzas con rapidez, cruzaron el inmenso país como una espada ardiente, y llegaron a las puertas de Pekín por el Norte, hasta Shanghai por el Este y a las montañas del Tibet por el Oeste.

Mostrando una mayor madurez que cualquiera de los levantamientos anteriores, lograron fundar un Estado plebeyo revolucionario — el Taiping Tien Guo; es decir el «Reino Celestial de la Gran Paz» —. El Reino duró quince años (1850-65). Establecieron su capital en Nankín, la misma ciudad

donde la dinastía manchú había iniciado la entrega del país a los ingleses.

Los Taiping tenían un sistema militar disciplinado y bien organizado. Las leyes que dictaron sobre la propiedad de la tierra conmovieron el régimen feudal hasta sus cimientos. Recusaron las ideas fundamentales de la cultura feudal confuciana. Practicaron una política exterior auténticamente nacional frente a la intervención extranjera.

Jung Siu-chuan, inspirador y dirigente supremo del levantamiento, era un empobrecido maestro de escuela, maltratado por la clase corrompida de los letrados-burócratas al servicio de los gobernantes manchúes. Jung era oriundo de la provincia de Guangdung, cuya capital es Cantón. La opresión que el pueblo sufría dejó en él profunda huella; y fue inspirado por la lucha tan eficaz librada por los campesinos cantoneses contra los invasores británicos. Al mismo tiempo se inició en el Cristianismo, predicado pero rara vez practicado por los misioneros. Jung se dio a sí mismo el nombre de «hermano menor de Jesús»; opuso al confucionismo una doctrina religioso-social en la tradición del Cristo «que expulsó del templo a los mercaderes». En este sentido, era semejante a los dirigentes de las luchas antifeudales de Europa, varios siglos anteriores, como John Ball en Inglaterra, Thomas Münzer en Alemania, y Jan Hus, en lo que hoy es Checoslovaquia.

Los primeros compañeros de Jung en la dirección del movimiento reflejan la base de clase de éste. Uno de ellos era Yang Siu-ching, carbonero sin tierras, que llegó a ser Primer Ministro del Estado de los Taiping, de extraordinaria capacidad, y comandante en jefe de sus fuerzas. Otro era Siao Chao-güi, campesino pobre y leñador; el tercero, Feng Yun-shan, maestro rural. Participaron también algunos representantes del sector de los letrados-burócratas, clase acomodada, opuesta a la dinastía manchú no por razones sociales sino por amor a la patria; estos resultaron poco firmes. Shi Da-kai, aunque luchó hasta el fin como valeroso jefe militar, mostró tendencias escisionistas que contribuyeron a desintegrar las fuerzas

del movimiento. El terrateniente Wei Chang-jui, egoísta y usurero, desempeñó un papel importante en el derrumbamiento final de los Taiping.

El comienzo del levantamiento de los Taiping casi coincidió con la ola de luchas por la democracia que estremecieron a Europa en el año 1848. Circunstancia que ya fue señalada en aquel tiempo, pues Gutzlaff, el misionero de la Biblia y del opio, cristiano de una especie muy distinta de la de Jung Siu-chuan, cuando volvió de China a Alemania en 1849, alarmado por los acontecimientos, vociferó que las ideas socialistas de la clase trabajadora europea, la cual aparecía a la sazón por vez primera como fuerza política independiente, eran muy parecidas a las propagadas «por gran parte de la chusma en China».

Esto provocó un sutil y mordaz comentario de Karl Marx y Friedrich Engels, escrito cuando el capitalismo occidental iniciaba su agresión contra China, que fue la primera manifestación de sólida amistad entre los elementos más avanzados de la clase obrera europea y los pueblos oprimidos y «adormecidos» que se alzaban en Oriente, amistad que había de convertirse en nuestro tiempo en la fuerza principal del socialismo como hecho de escala mundial. Marx y Engels escribieron lo siguiente, en la *Neue Rhenische Revue*, del 31 de enero de 1850:

> El socialismo de China puede tener con el europeo la misma relación que la filosofía china tiene con la hegeliana. No obstante, debe alegrarnos el que el imperio más antiguo y estable del mundo, bajo la influencia de las mercancías de algodón del burgués británico, está en vísperas de una conmoción social que, en cualquier caso, ha de tener resultados de extraordinaria importancia para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en la huída hacia el Asia que les espera en el futuro inmediato, lleguen por fin a la Gran Muralla de China, a las puertas que dan ingreso a la plaza fuerte del archiconservadurismo, quién sabe si se encontrarán con la siguiente inscripción:
>
> «REPUBLIQUE CHINOISE
> LIBERTE, EGALITE, FRATERNITE.»

Los sorprendentes éxitos militares de los Taiping provenían de que se habían ganado el apoyo del pueblo y que dieron libre curso a las energías y al talento creador del pueblo. Lo cual era resultado de su programa social y político, expresión de todas las vejaciones acumuladas, y, en especial, de las de los campesinos. Las fuerzas de los Taiping aparecían por todas partes, derrocaban la autoridad de la dinastía manchú, destituyendo a los altos funcionarios y distribuyendo las riquezas entre los pobres.

Promulgaron una Ley Agraria equitativa en lugar de la concentración de la propiedad de la tierra en manos de los señores feudales: «Todas las tierras que existen bajo el Cielo serán cultivadas por el pueblo entero que vive bajo el Cielo. . . Que las cultiven, pues, en común»*. Para los pobres y desposeídos, implantaron un Gobierno, que declaró su decisión de que «no debe haber nadie que carezca de alimento ni de vestido».

En lugar de las tropas parasitarias y de saqueo de la dinastía manchú, crearon un ejército popular que trabajaba tan bien como combatía; castigaban a quien fumaba opio, el juego y la corrupción y mantenían un orden ejemplar.

En aquella sociedad feudal donde la mujer estaba privada de todo derecho, lograron abolir la prostitución, la costumbre de vendarse los pies y la compra y venta de la mujer para el matrimonio.

Un observador, misionero norteamericano, señaló que así como los manchúes estaban interesados únicamente en el armamento europeo, los Taiping se asimilaron aquellas ideas europeas que pudieron redundar en beneficio del pueblo. Los carteles que vio pegados en las tapias de las aldeas de los Taiping anunciaban «dirigirse a tal sitio para vacunarse».

---

*Comunicación de Henry Meadows, cónsul británico en Shanghai, dirigida a Lord John Russell, Secretario de Estado de la Gran Bretaña, con fecha 19 de febrero de 1861; citada por Lindley, («Lin-Le»), TI-PING TIEN KWOH, *The History of the Ti-ping Revolution*. Londres. Rág. 462.

Un general manchú, empeñado en el intento de destruir a los Taiping, declaró francamente: «La unanimidad de pensamiento, el conocer las condiciones geográficas y la grandeza de espíritu son los puntos fuertes del enemigo y nuestros puntos débiles». Esta es la lamentación, en todos los tiempos, de aquel que intenta luchar contra el pueblo. Un diplomático británico escribió, después de cruzar el territorio de los Taiping, que «había llegado a la conclusión de que, en las comarcas ocupadas por los Taiping probablemente están más seguras la vida y la propiedad que en las ocupadas por los manchúes».*

Los Taiping no reconocieron ninguno de los privilegios que las potencias extranjeras habían arrancado a los manchúes. Pero estaban deseosos, más aún, ansiosos de desarrollar el comercio y las relaciones internacionales sobre una base de igualdad. El escritor inglés Augustus Lindley, que defendió con ahinco la causa de los Taiping, cita los siguientes datos estadísticos extraídos de informes comerciales sobre China, con objeto de demostrar que tanto la producción como el comercio aumentaron bajo el dominio Taiping: En 1849-1850, los dos últimos años anteriores al levantamiento, China exportó 53.960.000 libras de té y 16.134 fardos de seda cruda. En 1862-63, cuando las principales comarcas sederas así como la mayoría de las regiones productoras de té estaban en poder de los Taiping, la exportación de té fue más del doble, alcanzó los 118.692.138 libras; la de seda se quintuplicó, llegando a los 83.264 fardos.

La causa del derrumbamiento de los Taiping fue la misma que condujo a la derrota a las otras guerras campesinas de China. A pesar de su ideal campesino de una utopía igualitaria, sus reformas iban, en realidad, encaminadas a preparar el terreno para el capitalismo. Pero ni el desarrollo de la

---

*Estas citas y las que siguen inmediatamente provienen del libro de Augustus Lindley («Lin-Le»), TI-PING TIEN KWOH, *The History of the Ti-ping Revolution*. Londres. 1866.

producción ni las fuerzas sociales estaban en China aún maduras para el cambio.

En 1856, tres años después de la conquista de Nankín por los Taiping, el terrateniente traidor Wei Chang-jui asesinó al dirigente campesino Yang Siu-ching y a sus secuaces. Wei, a su vez, fue ajusticiado por Jung Siu-chuan; pero el estancamiento político y el atraso no fueron detenidos. A pesar de que el Estado Taiping y su ejército existieron nueve años más, y aunque los pobres de la ciudad y del campo siguieron prestando su apoyo abnegado al movimiento, éste había llegado a un histórico callejón sin salida.

El error estratégico de los Taiping en su malogrado intento de ofensiva sobre Pekín y el que no lograran coordínar debidamente su acción con los levantamientos del norte y del sur de China, dieron un respiro al Gobierno manchú. Este aprovechó la tregua para atraerse a grandes sectores de los propietarios rurales acomodados, originariamente hostiles a la dinastía intrusa por motivos nacionalistas; les convenció de que debían salvar a la dinastía para mejor guardar las rentas de sus tierras. En los últimos años, todo el peso de la intervención extranjera se concentró contra el levantamiento.

La política de los gobiernos inglés y norteamericano con relación a los Taiping fue un modelo de perfidia. El giro que tomó esa política no es difícil de imaginar para los que, en Europa o en Asia, fueron testigos de las maniobras de esos mismos gobiernos capitalistas con respecto a los movimientos de resistencia y de liberación nacional durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Al principio, el levantamiento de los Taiping fue muy ensalzado en la prensa de Occidente, y aun entre los círculos gobernantes, porque se trataba de un movimiento cristiano y porque se oponía al corrompido y atrasado imperio manchú. Preconizaban piadosamente la neutralidad en la guerra civil de China. Reconocieron la posición beligerante de los Taiping, y su capital fue visitada frecuentemente por misioneros y diplomáticos. Lo que las potencias extranjeras se proponían

únicamente era encontrar la forma de utilizar la revolución en su propio beneficio.

Algunos diplomáticos tahures soñaban con hacer de los dirigentes de los Taiping instrumentos suyos; pensaban que ayudándoles a vencer se apoderarían de China. Otros querían tan sólo ver a China exhausta por la guerra civil, con lo cual dejaría de existir como Estado y ofrecería innumerables posibilidades de ser dominada por medio de la corrupción. *The North American Review*, por ejemplo, publicó en julio de 1854 lo siguiente sobre Jung Siu-chuan, dirigente del movimiento de los Taiping:

> Quizá él nos enseñe inconscientemente cuál es el mejor lugar para introducir la cuña, dónde cargar la palanca; y no pasarán muchos años hasta que encontremos la influencia europea — por ahora tan impotente en el reservado recinto del Palacio de Pekín — actuando con fuerza maravillosa en una serie de reinos, pequeños en comparación con el gran conjunto del que en tiempos formaban parte.*

Pero los Taiping no estaban dispuestos a dejarse manejar. Rechazaron un ofrecimiento extranjero de «mediación» para un alto el fuego con los manchúes; y cometieron el crimen imperdonable de cortar de raíz el tráfico de opio en las regiones por ellos ocupadas.

Por otra parte, una vez que el golpe de Wei Chang-jui puso de manifiesto las contradicciones internas del Estado de los Taiping, las potencias extranjeras ya no consideraban a la dinastía manchú sin salvación posible. A pesar de la corrupción y la debilidad de ésta, decidieron hacer de la dinastía un instrumento a su servicio: cuanto más débil y corrompida fuese tanto más fácil y segura sería su dominación.

Ya en 1853, cuando los Taiping se aproximaban a Shanghai por primera vez y los altos funcionarios imperiales se ponían a salvo, los cónsules inglés, norteamericano y francés se habían hecho cargo de la aduana china de esta ciudad. Como la guerra civil continuaba, los manchúes traspasaron también a los extranjeros la recaudación de los derechos de aduana en

*Tyler Dennett: *Americans in Eastern Asia*. New York, 1922; p.212.

otros puertos. Esta concesión convirtió a las potencias occidentales, que ya gozaban del tope máximo del 5% en las tarifas aduaneras, en guardianes de las puertas de China y recaudadores de una de las más grandes fuentes de ingreso del Gobierno de este país. Allí había, pues, algo que no podía dejarse en manos de los Taiping, los cuales daban más importancia a la soberanía nacional y desde luego hubieran revocado estos privilegios en cuanto hubiesen tomado el Poder.

Después de 1856, se dieron algunos pasos encaminados a convertir el Gobierno manchú en un instrumento manejable, intimidándole no sólo a que hiciera más concesiones sino a que se sometiera por completo. Al procurarse mayores beneficios de los tratados de la Guerra del Opio de 1842-43 (que estaban sujetos a revisión en un plazo de doce años), y so pretexto de que las autoridades chinas habían apresado un junco cargado de opio que navegaba bajo el pabellón británico, Inglaterra, y luego Francia, declararon la guerra a China. Esta fue la Segunda Guerra del Opio. Su desenvolvimiento fue algo retrasado por el gran levantamiento contra los ingleses que estalló en la India, un ejemplo precoz de cómo las primeras guerras anticoloniales del último período se ayudaban en Asia unas a otras. Pero una vez aplastado dicho levantamiento, los ingleses estaban ya en condiciones de enviar grandes cantidades de tropas pertrechadas con el armamento acumulado en la Guerra de Crimea y defendidas por una poderosa flota; podían también cargar todo el costo de las hostilidades en China, como en Afganistán y en Persia, sobre la deuda pública de la India sometida, lo que prueba cómo la derrota de un pueblo asiático perjudica a los demás pueblos de Asia. En 1957, con ocasión del centenario del Levantamiento de la India, los sabios chinos e hindúes emprendieron un análisis más profundo de la relación entre las actividades imperialistas en sus dos países y del efecto mutuo, en los destinos de Asia, de la resistencia ofrecida simultáneamente por los pueblos de la India y de China,

En 1857-58 Cantón fue bombardeada. Para reforzar su amenaza, las fuerzas anglo-francesas desembarcaron en Tientsín, a 80 millas tan sólo de Pekín. Los manchúes cedieron una vez más. En los tratados de Tientsín (1858) hicieron las concesiones siguientes:

- Una enorme indemnización de guerra;
- El derecho de los extranjeros a residir en Pekín;
- Legalización expresa del tráfico del opio y de las actividades de los misioneros;
- Apertura de otros puertos a las concesiones administradas por los extranjeros;
- Perpetuación del control extranjero sobre las aduanas y las tarifas aduaneras.

Además, a las potencias extranjeras se les permitía exportar mano de obra china, para utilizarla en sus posesiones coloniales. Este fue el origen del infame «comercio de coolies (peones)», que comprometía a los campesinos chinos a trabajar en condiciones semisalvajes en las plantaciones y minas de Malaya y Nueva Caledonia, así como también en el Oeste de los Estados Unidos. En este país, primero trabajaron en las obras del ferrocarril transcontinental; luego fueron forzados, por medio de persecuciones y frecuentes asesinatos, a tomar los oficios de menor cuantía, en lavanderías o restaurantes, que aún siguen ejerciendo.

La Rusia zarista, no beligerante, y los Estados Unidos, que sin declarar la guerra había participado en ella, firmaron tratados similares a base de la cláusula de «nación más favorecida» y se aseguraron así pingües beneficios.

Más tarde, como la corte imperial china demorase la ratificación de los tratados, se reanudaron las hostilidades. A pesar de que se defendieron mejor los fuertes de Dagu, que protegían el acceso a Pekín por el mar, fueron tomados y desmantelados. Entonces las tropas anglo-francesas ocuparon la capital, saquearon y destruyeron el Palacio de Verano *Yuan Ming Yuan*, uno de los grandes tesoros del arte mundial, y cometieron

muchos desafueros contra la población. Victor Hügo escribió lo siguiente acerca de este acto de bandidaje y vandalismo:

> Dos malechores entraron una vez en el Palacio de Verano. El uno robaba, el otro incendiaba . . . Uno de los dos vencedores llenaba sus bolsillos; el otro, sus cofres. Y volvieron a Europa, del brazo, riéndose.

A este amargo relato, escrito en 1861, añadió Victor Hugo una postdata:

> Los gobiernos roban a veces, el pueblo, nunca. Espero que algún día, una vez liberada Francia, estos «premios» serán devueltos a China.

Ni Inglaterra ni Francia los habían devuelto aún en 1956.

Los tratados de Tientsín, impuestos a la corte manchú, eran demasiado valiosos para que las potencias extranjeras los dejaran escapar de sus manos. Los privilegios que aportaban resultaron mucho más grandes que los puramente comerciales de un comercio que se desarrollara en términos de igualdad, como hubiera sido en el caso del triunfo de los Taiping. Por otra parte, la dinastía manchú había puesto un precio a su traición al país. En el artículo 10 del tratado con Inglaterra introdujeron la condición de que el privilegio de tránsito de los navíos ingleses por el río Yangtsé entraría en vigor en el momento en que «fuera restaurada la paz» en el territorio ocupado por los Taiping. El tratado con Francia prometía abrir las puertas de Nankín a los extranjeros tan pronto como esta ciudad fuera tomada a los Taiping. El mismo truco fue usado con respecto al tráfico del opio; cobraba estado legal por el tratado, pues en él se declaraba a los Taiping «infractores del derecho internacional» puesto que habían prohibido el comercio del opio.

A eso se debe el que los gobiernos y la prensa extranjeros cambiaran bruscamente de tono. Los Taiping ya no eran elogiados como reformadores y correligionarios; se les denunciaba ya como «anarquistas» y «blasfemos» por haberse atrevido a enarbolar la bandera del Cristianismo. Circularon toda suerte de relatos de las atrocidades cometidas por los Taiping, cortésmente facilitados por los altos funcionarios manchúes

o por autores extranjeros. El Gobierno manchú, antes atacado como reaccionario, perverso y pagano, era ahora calificado de fuerza estable, de guardián del comercio y de la legalidad.

Hacia 1861-62, las tropas anglo-francesas participaban en Shanghai, en la contienda contra los Taiping, del lado de los manchúes. Además, Frederick Townsend Ward, aventurero norteamericano, había organizado un cuerpo internacional de filibusteros, incluidos algunos chinos, para combatir bajo la bandera manchú. Después de la muerte de Ward, su puesto fue ocupado por Charles Gordon, mayor británico (luego ascendido a general), prototipo del agente del imperialismo, que cayó mucho después combatiendo contra el pueblo del Sudán. Oficiales ingleses, del ejército y de la marina, fueron nombrados consejeros en las unidades del imperio chino. Una novísima arma inglesa, el fusil Enfield, jamás usado en Europa hasta entonces, fue suministrada con largueza a los soldados manchúes. Cañoneros de vapor blindados, que tampoco habían sido empleados antes como arma de guerra, fueron enviados al Yangtsé.

Lo que todo esto significaba para el pueblo puede deducirse de las siguientes líneas publicadas el 10 de junio de 1862 en *el The Overland Trade Report,* periódico inglés que aparecía en China:

> Después de la muerte del almirante Protet, las tropas francesas han procedido con crueldad, matando al azar a hombres, mujeres y niños. En honor a la verdad confesamos que los marinos ingleses son asimismo culpables de parecidos repugnantes desafueros, no sólo contra los Taiping sino también contra campesinos inofensivos e indefensos. Es cosa muy singular, pero no por extraña deja de ser cierta, que los Taiping *nunca han cometido actos de represalia* contra ningún europeo caído en sus manos *(subrayado por I.E.)

Los traidores, como de ordinario, cumplieron su vil cometido. Cuando los Taiping evacuaron Ningpó, según informes del *China Mail,* de Hongkong, del 22 de mayo de 1862:

> Uno de los principales asesinos y torturadores . . . fue un subalterno del cónsul británico . . . todo vestido de seda, que desfilaba por la

*Lindley: obra citada, pp.519-20

ciudad montado en una jaca y escoltado por su séquito, ordenando a los soldados ingleses que ejecutaran a desgraciados seres indefensos, órdenes que al punto eran cumplidas.**

Para honra de los pueblos occidentales hay que decir que en Europa hubo protestas airadas contra la intervención. Marx y Engels la denunciaron implacablemente. Obreros y demócratas ingleses manifestaron su protesta en Trafalgar Square, de Londres. La intervención fue estigmatizada por visitantes rusos y de otros países. Algunos extranjeros lucharon por la causa de los Taiping. Aunque los había, como el aventurero norteamericano Burgevine, que se pasaban de un campo al otro, los hubo también que, impulsados por móviles honrados, permanecieron leales hasta el fin. Entre ellos cuenta Augustus Lindley, quien escribió el valioso y emocionante relato citado en estas páginas. Algunos otros ingleses, varios ex oficiales subalternos del ejército francés y un italiano de Cerdeña, el mayor Moreno, caracterizado por Lindley como «hombre de honra», y que trabajó durante un tiempo en Shanghai como agente clandestino de los Taiping. Varios de estos hombres, y no así los extranjeros que se pusieron al servicio de los manchúes, fueron voluntarios desinteresados.

Mencionemos especialmente la presencia, entre los voluntarios, de algunos hindúes. Después de la derrota del gran levantamiento de Sepoy (1857), Inglaterra envió contra los Taiping el 5° Regimiento de Infantería de Bombay, el 22° Regimiento de Infantería de Punjab, y otras unidades hindúes. Pero, casi en seguida, soldados de estas tropas empezaron a pasarse al campo revolucionario. Li Jung-chang escribía en febrero de 1863 que «de 50 a 60 extranjeros de tez oscura» luchaban al lado de las fuerzas campesinas de la provincia de Chechiang. En mayo del mismo año, según dice un testigo británico, había tres ex soldados del 5° Regimiento de Bombay entre los muertos de los Taiping en la batalla de Dachang, no lejos de Shanghai. Lindley también escribió sobre los hindúes que lucharon

**Idem., p.536.

en las filas de los Taiping. Tenemos, pues, que hace cien años, la política de «hacer luchar a los asiáticos contra los asiáticos» ya conducía a una cosa muy diferente: a la necesidad de la cooperación antiimperialista.*

La última fase de la lucha fue la más sangrienta; las huestes de la dinastía manchú y las fuerzas intervencionistas devastaron extensas comarcas del país. En esta fase, surgió entre los Taiping un héroe nacional, caudillo de gran talla; se llamaba Li Siucheng, era hijo de campesinos pobres; hizo mucho por reavivar la lucha, y pocos días antes de ser cruelmente ejecutado por los manchúes escribió una importante historia y vindicacion del movimiento. La conmoción que abarcaba a todas las fuerzas y clases de China hizo que también entre las fuerzas feudales surgieran nuevas personalidades; éstas fueron, por ejemplo, los generales-terratenientes Dseng Guo-fan, Li Jung-chang y Dsuo Dsung-tang, primeros de una serie de «hombres fuertes» (fuertes ante el pueblo, pero débiles con el opresor extranjero) cuyo último descendiente político en línea directa fue Chiang Kai-shek. Es importante señalar que estos felones llegaron a ser los predilectos de generaciones de historiadores extranjeros, y de eruditos y políticos chinos reaccionarios (Dseng Guofan, por ejemplo, era un héroe de Chiang Kai-shek). Pero un historiador chino lo ha comentado, citando las palabras de Mencius, el filósofo chino de la Antigüedad (327-289 a.n.E.): «Aunque el vàstago intente glorificar a estos antepasados, el vil apellido seguirá pegado a la familia».

La guerra campesina revolucionaria de los Taiping fue la más dura y sanguinaria de todo el siglo XIX, excediendo en ferocidad y en número de víctimas a las guerras napoleónicas, a la guerra de Crimea, a la guerra civil de los Estados Unidos y a la franco-prusiana. Aunque la derrota final fue completa,

*La mayor parte de estos hechos provienen del artículo *The National Liberation Movements in China and India a Century Ago;* de los historiadores chinos Yu Shen-yu y Chang Chen-kun, aparecido en el «Diario del Pueblo», de Pekín, con ocasión del centenario del levantamiento hindú.

demostró que la dinastía manchú ya no podía dominar al pueblo chino con sus propias fuerzas.

En el campo reaccionario, la clase gobernante de China, que se salvó de milagro, se convirtió en el socio pobre de los invasores extranjeros, contubernio que gobernó a China hasta 1949 y que aún tiene virulentos vestigios en Taiwán (Formosa) y en las salas de las Naciones Unidas, donde un espantajo del Kuomintang sigue «representando a China». En el campo del pueblo, la gigantesca lucha dio al feudalismo de China un golpe tan fuerte, del que nunca se había de reponer, que ya no le restó más que esperar la llegada de los sepultureros.

El levantamiento dio además origen a una gloriosa tradición. Los relatos de los supervivientes Taiping llegaron a Sun Yatsen, nacido en 1866, un año después de la derrota final, y le llenaron de confianza en el pueblo para derrocar a los opresores.

En nuestros días, los dirigentes del Ejército Rojo Chino, que lucharon a veces en las tierras que habían recorrido en tiempos los Taiping, tenían en la memoria muchas de las experiencias de éstos. La consigna de los Taiping «bien comido, bien vestido» se volvió a repetir en las areas liberadas regidas por el Partido Comunista durante la Guerra Antijaponesa.

En la nueva China se rinde tributo a la gesta heroica de los Taiping. El Levantamiento de los Taiping irá penetrando más y más en la conciencia de todos los pueblos como una de las más grandes guerras libradas en el mundo por la libertad de la Humanidad.

IV

PRIMER FRACASO DE LA «OCCIDENTALIZACION» (1865-1895)

El período comprendido entre la derrota de los Taiping, en 1865, y el derrocamiento de la dinastía manchú, en 1911, tiene tres rasgos característicos. Se produjo una consolidación temporal del dominio de la dinastía sobre el país. La abyecta ingerencia extranjera llevó a China al borde del reparto entre las potencias. En la sociedad china aparecieron nuevas clases: la capitalista y la de los obreros industriales.

En este período cambió una vez más la forma de explotación extranjera de China. Antes de la Guerra del Opio, el capital mercantil había sido el principal instrumento de dicha explotación. Después de 1840 lo fue el capital industrial. Hacia el fin del siglo, el capital financiero imperialista pasó al primer plano.

En las nuevas condiciones, la oposición al feudalismo y a la ingerencia extranjera pasó en China por nuevas fases y formas. A través de ellas, el pueblo aprendió muchas cosas que le iban a ser muy útiles en las luchas futuras.

Después de derrotar a los Taiping, la dinastía manchú se encontró en posesión de fuerzas militares relativamente modernizadas. Estaban equipadas con armas de fuego occidentales y mandadas por los generales-terratenientes de nuevo tipo

que habían surgido durante la crisis. Con estas fuerzas, los manchúes estaban en condiciones de aplastar las revueltas antidinásticas que surgieran en alguna región del país. Esta fase duró más de diez años.

En 1868, un ejército mandado por Li Jung-chang, ayudado a lo largo de la costa por los franceses, ahogó en sangre el movimiento campesino *Nien* (o de «los portadores de antorchas») de las provincias de Jobéi, Anjuí y Shandung. Este levantamiento, en sus primeros estadios, coordinó sus actividades con el de los Taiping.

En 1872 fue aplastada una revuelta de la nacionalidad *miao,* en la provincia de Güichou, que temporalmente unió sus fuerzas a una columna de los Taiping; las operaciones de su aplastamiento duraron 18 años.

En 1873, Dsuo Dsung-tang desbarató un alzamiento de los musulmanes en las provincias noroccidentales de Shensí y Gansú. Durante el mismo año fue dominado un reino musulmán gobernado por Du Wen-siu (Sultán Suleimán), quien se había puesto al frente de las minorías de la provincia de Yunnán, en el sudoeste de China, cuando la dinastía manchú estaba muy absorbida por la lucha contra los Taiping.

Todas estas campañas intentaban «curar» por la fuerza la grave enfermedad del régimen social y administrativo, ya moribundo. Como todos los intentos de este género, iban acompañados de inimaginables sufrimientos y derramamientos de sangre. Fueron exterminados muchísimos campesinos e individuos de las minorías nacionales. Sólo en el alzamiento de Güichou, asesinaron a un millón de personas de la nacionalidad *miao.* Provincias enteras del noroeste y del sudoeste del país fueron convertidas en semidesiertos, como sucedió con parte de la China central durante la campaña contra los Taiping. La población del país disminuyó considerablemente.

Al tremebundo precio que el pueblo chino hubo de pagar para que continuara existiendo el régimen feudal es necesario agregar las nuevas humillaciones del país en sus relaciones exteriores. El imperio, que sólo unos pocos años antes había

negado a los de fuera el acceso a la capital, envió en 1867 al extranjero una misión encabezada por un extraño, el norteamericano Anson Burlingame. Las fuerzas expedicionarias y los agentes políticos extranjeros empezaron a operar en las fronteras y en las costas de China. Los ingleses, a través de Birmania, trataron de usar en beneficio propio el levantamiento musulmán de Yunnán (Sultán Suleimán fue inducido a enviar su propio hijo a Inglaterra). Tanto la Gran Bretaña como el Imperio Otomano apoyaron la revuelta encabezada por el aristócrata uigur Yakub Beg en el sur de Sinchiang (1868-78). La jugada británica consistía en separar de China la región de Kashgar y hacer de ella un Estado intermedio entre China y la India. La Rusia zarista, como contramaniobra y para extender su propia influencia, envió sus tropas al norte de la provincia (a la región de Ili), de donde fue desalojada en 1881.

En 1867 y 1871, los norteamericanos realizaron incursiones armadas en Corea, vecina de China en el Nordeste (en la segunda, mataron 350 coreanos con un bombardeo naval). En 1871, alarmados por la presencia en China de una misión japonesa que parecía dispuesta a tratar de una alianza entre los dos países, los Estados Unidos animaron al Japón a ocupar las islas chinas de Liu Chiu (Okinawa), visitadas con frecuencia por la escuadra norteamericana con vistas a su anexión. Para asegurar más aún el deterioro de las relaciones entre China y Japón, la embajada norteamericana en este país ayudó también a la preparacion de un ataque japonés contra Taiwán (Formosa), donde los norteamericanos habían realizado desembarcos en 1850 y en 1867. Un transporte norteamericano se encargó de llevar las tropas japonesas; y un oficial norteamericano, C.W. Legendre, que conocía las islas, actuó como guia de la expedición. El desembarco fue efectivamente realizado en 1874, pero los japoneses se retiraron luego, y hasta 1894 no volvieron, para llevar a cabo la ocupación completa.

Vemos, pues, que la agresión norteamericana a Corea, Okinawa y Taiwán, lugares que tanto figuran hoy en la política mundial, viene ya de antiguo. Los gobernantes norteameri-

canos y los japoneses, éstos secuaces serviles de aquéllos, empezaron a saquear a China de consuno mucho antes de que los servidores japoneses trataran de separarse de su consocio y acaparar todo el botín. Cuando Estados Unidos volvió a tomar las riendas de la situación después de la Segunda Guerra Mundial y empezó a armar a los militaristas japoneses contra la nueva China, no hizo más que repetir, en nuevas condiciones, lo que ya había hecho antes.

A mediados de la década de 1880, dos países que durante mucho tiempo habían sido vecinos pacíficos de China — Birmania y Viet-Nam — fueron presa de las agresivas invasiones de Inglaterra y Francia respectivamente. Se convirtieron en colonias desde las cuales quedaron amenazadas y sujetas a infiltraciones las fronteras sudoccidentales de China.

Mientras tanto, la apertura del canal de Suez, que tanto reducía la distancia entre Europa y China, permitió que los barcos occidentales, de guerra o mercantes, pudieran llegar al Extremo Oriente mucho más pronto, con más seguridad y menor gasto. Así pues, el canal, fruto de la agresión anglo-inglesa contra Egipto, acrecentó también la presión económica y militar del imperialismo sobre China. Aquí podemos ver, como lógico resultado de la Historia y adecuada medida de seguridad, y también de justicia histórica, el sincero apoyo prestado por la nueva China a la «egipcianización» (es decir, descolonización de esta importante vía de comunicación que tan de cerca afecta al destino de toda Asia.)

Como vieran en la industria — y particularmente en la industria de guerra — el «secreto» del poderío militar de Occidente, un grupo de altos funcionarios chinos «occidentalizados» trató de consolidar las posiciones de la dinastía manchú por medio del establecimiento de algunas empresas industriales en China. Al correr del tiempo, fueron alentados por el ejemplo del Japón, que estaba poniendo en pie una formidable industria sin perjudicar al trono imperial ni producir serios trastornos en la estructura social existente. Entre el final del levantamiento de los Taiping y los primeros años de la década

de 1880, Li Jung-chang, Dseng Guo-fan y Dsuo Dsung-tang organizaron varios arsenales, astilleros, minas de carbón, líneas de navegación, y más tarde, fábricas textiles, dirigidas por funcionarios del Gobierno.

Las primeras actividades en la producción de máquinas resultaron de muy poca importancia tanto para el desarrollo económico de China como para su defensa nacional. La mayoría de las primitivas empresas industriales estaban destinadas a ser controladas por extranjeros. En el Japón, después de la década del 60, los grandes comerciantes y las fuerzas feudales habían creado una alianza que condujo al desenvolvimiento de la industria sobre la base de una agricultura feudal en su mayor parte. En China, por el contrario, los altos funcionarios «occidentalizadores» apartaban el capital mercantil de la industria, pretendiendo conservar en sus manos el monopolio total.

Otra de las razones de por qué China no siguió el camino del Japón fue que sus condiciones en las relaciones exteriores eran diferentes. El Japón, como hemos visto, estaba apoyado por los Estados Unidos. Inglaterra empezaba a considerarlo como un contrapeso de la Rusia zarista en el Extremo Oriente, por lo cual trataba de fortalecerle. Pero China, débil y con un territorio extenso y rico, era considerada como presa, no como aliada. Era un país que la mayoría de las potencias extranjeras querían debilitar, y desmembrar luego.

La historia de los astilleros establecidos por Dsuo Dsung-tang en Fuchóu (1868) es aleccionadora. Todos los ingenieros y la mayoría de los capataces y los obreros calificados de esta empresa de la defensa nacional provenían de Francia, país con el cual Dsuo había establecido contactos cuando las tropas de Napoleón III le ayudaban a combatir contra los Taiping. El costo del personal francés parecía más un tributo que el pago por un trabajo. Los obreros extranjeros percibían un jornal diez veces mayor que sus compañeros chinos; y los capataces, cinco veces más alto. El ingeniero jefe tenía un sueldo de príncipe para aquel tiempo, 96.000 francos oro al año, aparte de las gratificaciones. Otra sangría más era la de los funcionarios

feudales chinos encargados de la empresa, pues la estrujaban sin piedad.

Se importaba maquinaria; y también el hierro, el carbón y hasta la madera necesarios. Y esto era así porque los astilleros no estaban en modo alguno coordinados con el desarrollo de empresas anexas o el transporte moderno del interior del país, donde se podían encontrar todas las materias primas necesarias. Los fondos para las transacciones provenían de las recaudaciones de aduanas y de las contribuciones provinciales. La primera de estas fuentes de ingresos estaba ya en gran medida bajo el control extranjero. La segunda se encontraba al arbitrio de las autoridades locales, y no todas ellas compartían los puntos de vista de Dsuo Dsung-tang sobre la utilidad del negocio en su conjunto. Como resultado de ello, aunque se daba empleo en la empresa a 3.000 personas y se construyeron algunos barcos de buena calidad — demostración de la aptitud de los obreros chinos para asimilarse las técnicas nuevas — la producción cesó virtualmente al cabo de cinco años.

Por último, los astilleros y gran parte de los cañoneros construidos en ellos fueron destruidos por los bombardeos de la marina francesa, la cual, naturalmente, tenía una perfecta información sobre estos objetivos proporcionada por los ingenieros franceses. En 1884-1885 Francia desencadenó una guerra contra China como represalia por la ayuda que los voluntarios chinos de la «Bandera Negra», una organización popular, habían prestado a los vietnamitas en la lucha entablada por éstos contra los colonizadores franceses. La primera operación francesa, realizada sin previa declaración oficial de estado de guerra, fue el ataque naval por sorpresa de Fuchóu. Un inglés, residente en la ciudad, describió de la manera siguiente los resultados de esta acción:

> Más de 3.000 chinos fueron muertos, y todo ello sin previa declaración de guerra. Los cadáveres eran arrastrados por la marea hacia alta mar y retornaban traídos por la corriente; durante muchos días fue imposible recorrer el río entre el fondeadero y el mar, 20 millas aguas abajo, sin ver alguno de estos terribles recordatorios de la perfidia y la brutalidad.*

En 1885, después de seguir luchando, China cedió todos sus derechos en Viet-Nam. El Japón se aprovechó de la propia crisis para obligarla a concertar el acuerdo de que ninguna de las dos partes introduciría tropas en Corea sin notificarlo antes a la otra. Lo cual significaba que China renunciaba a su antiguo papel de protectora del país vecino, mientras el Japón, tradicional enemigo de Corea contra el que este país más protección necesitaba, adquiría los mismos derechos a enviar tropas allí. En 1890, Inglaterra obligó a que cesaran las estrechas relaciones amistosas existentes desde hacía tiempo entre China y el pequeño Estado himalayo de Nepal, y redujo a éste a la situación de protectorado británico.

Después de la guerra con Francia, se realizaron nuevos esfuerzos para adquirir buques de guerra y armamento; y se enviaron estudiantes al extranjero, para estudiar la técnica occidental. Otro alto funcionario «moderno», el virrey Chang Chi-tung, puso en marcha la acería de Janyeping. A la industria de gestión gubernamental se agregaron algunas fábricas de tejidos de algodón; empezaron a funcionar el primer ferrocarril y las primeras líneas telegráficas. Pero bien se vio cuán limitados eran los efectos de estas empresas, al llegar el mayor descalabro militar que hasta la fecha había sufrido China: su derrota en la Primera Guerra Chino-japonesa de 1894-95. Esta vez fue vencida no por un país de antigua tradición industrial sino por un país vecino, relativamente pequeño, cuyo contacto con el Occidente se había iniciado diez años después de la Primera Guerra del Opio.

La Guerra Chino-japonesa estalló con motivo de la cuestión de Corea, país que se encontraba en las angustias de una gran revuelta campesina, patriótica y antifeudal — la insurrección de Tonghak — que, como el levantamiento de los Taiping, en-

*Smyth, George *B.: Causes of Anti-Foreign Feeling in China,* capítulo del libro *Crisis in China,* N.Y. y Londres, 1900, p. 29.

arbolaba la bandera de la religión. El rey de Corea pidió al emperador manchú que enviara tropas, por la frontera septentrional, con objeto de combatir a los insurrectos. El Japón, recordando la convención chino-japonesa de 1885, aprovechó la oportunidad para desembarcar sus propias fuerzas en el Sur. Bien pronto el ejército chino tomaba posiciones cerca de Pyongyang, y el japonés alrededor de Seul; es decir, quedaron uno frente a otro hacia el paralelo 38. El 25 de julio de 1894, el Japón atacó la flota china, sin previa declaración de guerra, siguiendo el anterior ejemplo de los franceses. Dos meses después había derrotado al grueso del ejército chino en Pyongyang y hacia replegarse a éste a la otra orilla del río Yalú. Seguidamente, extendiendo su intervención a la propia China, el Japón ocupó rápidamente las bases navales de Puerto Arthur y Weihaiwei, en la construcción de las cuales había invertido China tantos esfuerzos humanos y tanto dinero. En enero de 1895, China pedía la paz.

Según el Tratado de Shimonoseki, firmado en marzo, la dinastía manchú entregaba al Japón Taiwán (Formosa) y las islas de Pengju (Pescadores). El pueblo de Taiwán no reconoció el tratado y siguió luchando por algún tiempo, hasta que fue aplastado. China renunció a toda intervención en los asuntos de Corea, abrió otros siete puertos más al comercio extranjero, y se comprometió a pagar al Japón una indemnización de doscientos millones de onzas de plata. Por último, el Japón (y lo mismo las demás potencias extranjeras, según la cláusula de «nación más favorecida») adquirió el derecho de establecer fábricas en territorio chino.

Las estipulaciones primitivas comprendían también la anexión de Puerto Arthur y Dairén por el Japón; pero no se llevó a efecto en virtud de una advertencia a Tokio, respaldada por demostraciones navales, hechas conjuntamente por la Rusia zarista, Alemania y Francia, las cuales tenían a su vez sus propias ambiciones. El Japón tuvo, por tanto, que renunciar durante cierto tiempo a su deseo, y hubo de contentarse de momento con una indemnización adicional.

En esta guerra predatoria, el Japón contaba con el apoyo tácito de la Gran Bretaña, la cual le había ayudado a formar su marina, y también la de los EE.UU. El vergonzoso tratado de Shimonoseki fue preparado, en sus primeros pasos, a través de un ex Secretario de Estado de los Estados Unidos que el Gobierno manchú había conservado en calidad de consejero y que actuó como agente de la influencia norteamericana en dicho Gobierno. Era John W. Foster, abuelo de John Foster Dulles. El fue, sobre todo, quien «persuadió» a los altos funcionarios manchúes de que firmaran la entrega de Taiwán.

V

AMENAZA DE REPARTO
(1895-1898)

El derecho a establecer fábricas, exigido y por primera vez asegurado a un invasor de China, era indicio de que la exportación de capital iba sustituyendo a la exportación de mercancías, rasgo típico del capitalismo mundial. Los grandes monopolios industriales y financieros que cristalizaban en Europa, en Norteamérica y en el Japón iban repartiéndose el mundo entero en esferas coloniales de influencia y explotación. Dentro de muy pocos años, China habría de sentir de lleno el peso del imperialismo; tendría que enfrentarse con la inminente perspectiva del reparto, de su desaparición en tanto que Estado independiente.

La exportación de capital extranjero a China, que ya se verificaba en una escala inmensa, no empezó con fábricas sino con préstamos bancarios. Antes de 1895, el pasivo de China en los bancos extranjeros había sido insignificante; pero en los cinco años siguientes el Gobierno tomó a préstamo más de cincuenta millones de libras esterlinas, con objeto de reintegrar las indemnizaciones al Japón. Parte de este dinero fue prestado por un grupo financero ruso-francés; otra parte fue facilitada por un grupo anglo-germano. La garantía comprendía los ingresos de la aduana china y una serie de impuestos sobre el transporte interno. Lo cual significaba que una gran parte de los ingresos de aduanas, administrados ya por

extranjeros, ni siquiera llegaba a manos del Gobierno chino. En lugar de ello, fueron retenidos por los acreedores extranjeros con muchos años de antelación (el pago al grupo ruso-franco debía terminar de efectuarse en 1931; y al anglo-germano, en 1943). Para compensar esta pérdida en los ingresos, los gobernantes manchúes aumentaron los impuestos locales. Por tanto, todo el peso cayó directamente sobre el pueblo.

Además de los empréstitos tomados para pagar las indemnizaciones al Japón, los diplomáticos extranjeros empezaron a imponer a China empréstitos ferroviarios. Estos empréstitos debían ser invertidos en materiales de construcción y material rodante del país prestatario; su devolución quedaba garantizada por el embargo preventivo de la propiedad de los ferrocarriles existentes y de sus ingresos (los ferrocarriles del norte de China, construidos con el empréstito británico de 1898, estaban hipotecados hasta el año 1944). En el caso de la Rusia zarista, que no podía invertir mucho capital, el procedimiento era algo diferente. La concesión de un ferrocarril en Manchuria, en posesión directa de Rusia, fue asegurada por el sencillo medio de sobornar con un millón de rublos a Li Jung-chang, quien entonces administraba en Manchuria los intereses de la dinastía manchú. El capital necesario para construir el ferrocarril lo tomó en préstamo el zar de manos de financieros franceses. París proporcionaba el dinero y San Petersburgo las «garantías» —es decir, los medios de presión militar y política sobre China conducentes a que el negocio fuera lucrativo y seguro.

Todos los imperialistas estaban envalentonados por la evidente debilidad de China, revelada por su derrota a manos de una potencia tan joven como el Japón. Empezaron a posesionarse de trozos del territorio chino, como preparación para el reparto del país.

En noviembre de 1897; Alemania se apoderó de Chingdao (bahía de Chiaochou), el gran puerto comercial y base naval del norte de China, so pretexto de que se había dado muerte a dos misioneros; a continuación, en marzo de 1898, obtuvo por la

fuerza un tratado que le daba «en arriendo» un territorio de la península oriental de Shandung, por un período de 99 años: ¡hasta 1997!

Tres semanas después de haber concertado este tratado con Alemania, la Rusia zarista conseguía obtener de China, coaccionándola, el arriendo por 25 años de la base naval de Puerto Arthur y el puerto comercial de Dairén, que había evitado anteriormente que se lo anexionara el Japón.

A los cinco días, Inglaterra se apropiaba la fortaleza naval de Weihaiwei, especificando que la conservaría en su poder mientras el zar retuviera a Puerto Arthur. El 10 de abril de 1898 Francia se adueñaba de la bahía de Guangchouwan, al sur de China.

Las grandes potencias, preparando abiertamente el desmembramiento de China, fijaron sus respectivas «esferas de influencia» sobre el suelo chino. El valle del Yangtsé fue asignado a Inglaterra. Manchuria y Mongolia fueron puestas a la disposición de la Rusia zarista. La China del Sudoeste sería repartida entre Inglaterra y Francia. La provincia de Fuchién, para el Japón. La de Shandung, a disposición de Alemania.

La rebatiña del reparto de China coincidió con una nueva fase de la historia de los Estados Unidos. Este país, después de desarrollarse interiormente con gran rapidez una vez terminada la Guerra Civil, empezó a pisar los talones de las antiguas potencias; y sus sociedades y trusts gigantescos surgieron como competidores para un nuevo reparto del mundo. En 1898, so pretexto de «liberar» a Cuba, los EE.UU. desencadenaron la guerra contra España. El botín de la victoria sobre esta caduca potencia colonial incluía las posesiones españolas en el Pacífico: las islas Filipinas y Guam. Al mismo tiempo, los misioneros y los plantadores norteamericanos de las islas Hawai maquinaron la anexión de éstas por los Estados Unidos.

El apetito del joven imperialismo norteamericano creció conforme comía. Sus tropas (en ellas figuraba un alférez llamado Douglas MacArthur) aplastaron en sangre a los filipinos*, que habían luchado contra España, como aliados de los EE.UU., por su libertad y no con objeto de encontrar un nuevo amo extranjero. Al mismo tiempo, sus políticos, mientras manifestaban con la mayor franqueza las ilimitadas ambiciones expansionistas de los Estados Unidos, entonaban una piadosa canción tan de moda hoy como entonces. Veamos una de esas efusiones, las palabras de Beveridge, senador por Indiana, pronunciadas en enero de 1900:

> **Las Filipinas son nuestras para siempre... Y justo al lado de las Filipinas se encuentran los ilimitados mercados de China. No abandonaremos ni a aquélla ni a éstos... no renunciaremos a la parte que nos corresponde en la misión de nuestra raza, confiada por Dios, de civilizar el mundo... La potencia que manda en el Pacífico manda en el mundo... Esta potencia será para siempre la República Norteamericana.****

Sin embargo, los Estados Unidos no eran todavía lo suficientemente fuertes para llevar a término su ambición de monopolizar «los ilimitados mercados de China», en donde poderosos competidores ya habían echado raíces. Ni tampoco alcanzaba su poder para llevar a cabo su decisión de hacer del Pacífico «un lago norteamericano». Por último, incluso después de la victoria sobre España, cuando cundía el entusiasmo, no todo el pueblo norteamericano ni todos los hombres públicos de los Estados Unidos aprobaban la expansión exterior; la oposición fue, de hecho, extensa y manifestada por obreros, granjeros, populistas y en el seno del partido demócrata. La acción del Gobierno norteamericano tenía, pues, que ser gradual, con una previa preparación diplomática. Como primer paso, el Secre-

---

*Cuando Sun Yat-sen estaba exilado en el Japón prestó ayuda a los «insurrectos» filipinos que dirigía Emilio Aguinaldo; como hizo, cuando estuvo exilado en Hanoi, luego con el Tongking Club, organización patriótica antifeudal de los intelectuales vietnamitas. Pensaba que la liberación de China era inseparable del movimiento anticolonial de toda Asia.

**Dulles, Foster Rhea: *China and America, the Story of Their Relations Since 1784.* Princeton, 1946; p.104.

tario de Estado, John Hay, proclamó en 1899 la famosa doctrina de la «puerta abierta» en China.

Las declaraciones oficiales norteamericanas, que siempre propenden a la mogigata suposición de su virtud, presentaron desde entonces esta acción como una medida en defensa de la integridad y soberanía de China. En realidad, no había tal cosa. Todo lo contrario. La nota sobre la «puerta abierta», dirigida por John Hay a las viejas potencias imperialistas, no ponía en tela de juicio los derechos de éstos a los territorios y privilegios arrebatados a China. Sólo pedía que el comercio dentro de cada «esfera de influencia» o «territorio en arriendo» fuera abierto para todos en igualdad de condiciones. (Un escritor norteamericano, Owen Lattimore, llamó ingeniosamente a esto, política del «yo también quiero»). Se pensaba que el comercio y las inversiones de los Estados Unidos podrían penetrar sin impedimento en todos los rincones de China, gracias al poder del dólar. Todas las fuerzas competidoras sufrirían una presión económica, lo cual facilitaría más tarde su desalojamiento en los terrenos político y militar. Naturalmente que nadie preguntó a la propia China si quería «abrir» sus puertas o cerrarlas.

Como era de esperar, los países militarmente fuertes pero de segunda fila en el terreno económico (como la Rusia zarista) recibieron con frialdad la idea de John Hay. Inglaterra la apoyó porque aún era la mayor potencia financiera del mundo y pensaba introducirse de paso en las esferas de influencia de sus competidores — Rusia, Francia, Alemania y el Japón — sin comprometerles. De hecho, todo el plan fue elaborado conjuntamente por los Estados Unidos e Inglaterra, cada uno tratando de sacar ventajas del otro. El patrocinio mancomunado anglo-norteamericano de la idea y el deseo de evitar cualquier conflicto grave con alguna de las demás potencias rivales en el terreno en que se disponían a actuar,* condujo a su aceptación por todos sin reservas, aunque cada uno de ellos estaba dispuesto a violar el convenio en cuanto sus fuerzas se lo permitieran.

En 1897-98, el imperialismo, en un lapso de pocos meses creó para la existencia de China una amenaza mayor que todas sus anteriores derrotas: en la Guerra del Opio de 1840-42, en la Segunda Guerra (anglo-francesa) del Opio de 1858-60, en la Guerra Chino-francesa de 1885, y en la Guerra Chino-japonesa de 1894. Por otra parte, todas las conquistas de 1897-1898 se hicieron simplemente por medio de amenazas, sin disparar un solo tiro; lo cual reveló la completa bancarrota del Gobierno manchú.

Las reacciones políticas de estos acontecimientos reflejaron los cambios que se habían operado en la sociedad china durante la década anterior.

---

*Los motivos de esta especie de «coexistencia pacífica» de los imperialistas — a expensas de los pueblos que se estaban tragando — fueron descritos gráficamente por el diplomático inglés Sir Valentine Chirol en su libro *The Far Eastern Question* (Londres, 1886): «"Vive y deja vivir" es el único principio sobre el cual pudo realizarse la rebatiña de Africa sin hundir a Europa en luchas sangrientas — escribía—; y sea que esté próxima la rebatiña del Extremo Oriente o que pueda ser evitada, sólo este mismo principio puede asegurar la solución pacífica del problema del Extremo Oriente» (p. 196).

VI

REFORMISTAS Y DESILUSIONES (1898)

La respuesta más audaz y radical a la pregunta de cómo salvar al país vino de un grupo de jóvenes patriotas, la mayoría de los cuales eran estudiantes pensionados en el extranjero. Su figura más destacada era el Dr. Sun Yat-sen, infatigable organizador revolucionario que ya en 1894 había fundado una asociación política — la llamada Sing Chung Jui, es decir «Sociedad del despertar de China»—. Su programa consistía entonces en el derrocamiento de la dinastía manchú y el establecimiento de una república de tipo occidental, algo así como los Estados Unidos o Francia. Bajo esta bandera, había tenido lugar en Cantón una sublevación armada que fracasó (1895).

Sun Yat-sen representaba al sector más radical de los nuevos capitalistas chinos. Esta clase había empezado a encontrar su campo de acción en las grandes ciudades, particularmente en el centro y el sur de China, después del lamentable fracaso de los monopolios industriales de los «burócratas occidentalizados». En 1897 existían ya 30 fábricas privadas de tejidos de algodón en las provincias del Yangtsé.

Sun Yat-sen representaba también las concepciones de la mayor parte de los chinos residentes en el extranjero. El número de éstos aumentó notablemente durante y después del levantamiento de los Taiping. Desde la década del 60 cuando el Gobierno manchú había permitido a las potencias

extranjeras el reclutamiento de peones chinos en virtud de los tratados de Tientsín, grandes cantidades de campesinos arruinados y de pobres de la ciudad fueron «exportados» para trabajar en Malaya, Hawai, Estados Unidos, Canadá y en las Indias Occidentales. Al correr del tiempo, algunos de ellos llegaron a ser contratistas por su propia cuenta. Sometidos a discriminación colonial y racial, los chinos residentes en el extranjero estaban ansiosos de ver una China moderna y fuerte que pudiera llegar a protegerles en sus lugares de residencia. Los «chinos de Ultramar» que se dedicaban a los negocios también querían en su país materno un campo, donde invertir sus capitales, libre de la competencia extranjera. Como los jóvenes revolucionarios de la propia China, no tenían el menor interés por la monarquía ni por las doctrinas feudales de Confucio. La forma política a que aspiraban era la república burguesa.

Entre un sector de altos funcionarios y letrados se inició entonces un movimiento reformista, no revolucionario. Estas gentes reflejaban el pensamiento del ala más adinerada y conservadora de la nueva burguesía industrial y comercial, la que surgió de la clase de los terratenientes y de los intermediarios del imperialismo. En cuanto a su táctica, diferían de los feudales «occidentalizados», quienes pensaban que el mero hecho de copiar la técnica dejaría a salvo, intacto, el viejo régimen. A diferencia de los anteriores, éstos querían modificar la arcaica monarquía adaptándola al tipo de la japonesa, en donde los grupos burgueses se repartirían el Poder con los grupos feudales, dentro del marco de un constitucionalismo restringido. Pero tenían diferencias de fondo con el grupo de Sun Yat-sen, ya que no pensaban en derribar la dinastía manchú. Su portavoz era el letrado Kang You-wei, muy versado en la teoría política de la burguesía occidental, y también conocedor de los clásicos chinos.

Kang You-wei y sus partidarios recordaban con horror el período de la revolución de los Taiping, y recomendaban a la dinastía reinante los «cambios moderados» como medio

de evitar una nueva revolución campesina. Esto también les diferenciaba de la «Sociedad del despertar de China», de Sun Yat-sen, la cual conservaba un profundo respeto por lo que significaron los Taiping. Pero tampoco el grupo de Sun Yat-sen tenía, en realidad, mucho contacto con las masas; cifraba sus esperanzas en el derrocamiento de la dinastía manchú por medio de conspiraciones tramadas entre los intelectuales y los oficiales del ejército.

El que Kang You-wei comenzara por instar a los graduados en los exámenes de la administración pública civil a que presentaran una petición al emperador encaminada a que éste tomara medidas para solucionar la crisis nacional, es un rasgo característico que define la naturaleza del Movimiento Reformista. A pesar de que los palaciegos impidieron que la petición llegara a su destino, fue difundida por todo el país como plataforma política. El propio Kang You-wei la propagó activamente en sus viajes y la hizo circular en las escuelas y periódicos fundados por sus simpatizantes. Por último, consiguió una entrevista con el joven emperador Guang Shui, quien acababa de llegar a la mayoría de edad y estaba empeñado en la lucha por arrebatar el Poder de manos de la regente, la emperatriz viuda Tse Si, tía suya. Los partidarios del emperador veían en el Movimiento Reformista, cuya popularidad crecía por momentos, una base política contra los feudales más reaccionarios que rodeaban a Tse Si. También influía en la situación un factor internacional, pues la camarilla de Tse Si se inclinaba por aquel entonces a apoyarse en la Rusia zarista, lo cual trajo por resultado que el emperador y los reformistas fueran respaldados por Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón.

En los cien días comprendidos entre el 11 de junio y el 11 de septiembre de 1898, el emperador dictó una serie de leyes sin precedente, bosquejadas en realidad por Kang You-wei. Dio orden de suprimir los clásicos exámenes confucianos que sufrían los aspirantes a funcionarios civiles de la administración pública; puso las bases para establecer una instrucción

pública moderna, incluso para la creación de una universidad. Decretó asimismo la constitución de un Comité de Agricultura, Manufacturas y Comercio, con derecho del emperador a la intervención directa en él, encargado de fomentar el desarrollo de los ferrocarriles nacionales, de la industria y de la minería; de fundar escuelas agronómicas e industriales en todas las provincias, y de introducir el empleo de la maquinaria agrícola moderna. Otros decretos se referían a reformas en el procedimiento de los tribunales de justicia; liquidaban las prebendas de los altos funcionarios ociosos que mantenía la aristocracia manchú; obligaban a las tropas parasitarias tradicionales manchués a contribuir a su mantenimiento por medio del cultivo de tierras u otras ocupaciones. El resultado no fue una reforma sino un golpe de estado reaccionario. La vieja aristocracia feudal reveló que no estaba dispuesta a aceptar ningún cambio radical por la fuerza de los decretos, aunque fueran imperiales. El joven emperador Guang Shui fue detenido por la camarilla que dirigía la emperatriz viuda; y quedó detenido durante diez años, hasta su muerte en 1908. Kang You-wei y otros reformistas huyeron. Los que no lograron escapar fueron detenidos y ajusticiados bárbaramente: partiéndoles por la cintura en dos partes.

Con todas sus limitaciones, algunos dirigentes del grupo reformista eran hombres sinceros, muy inteligentes y de gran coraje. Sus actividades contribuyeron a despertar a una buena parte de la juventud estudiantil de China, apartándola de la putrefacción de la monarquía absoluta, y a informarla de las ideas de la democracia burguesa occidental. A pesar de todo, el movimiento fracasó porque no logró resolver ninguna de las tareas fundamentales que tenía ante sí el pueblo chino.

Los reformadores de 1898 renunciaron a mirar cara a cara la verdadera esencia de la dinastía manchú y todo el sistema monárquico tradicional. No veían que, en la monarquía manchú, el Poder no residía en una sola persona, aunque ésta pudiera ser el emperador, sino en toda la clase gobernante

reaccionaria. En el terreno político, eran los portavoces de la alta burguesía dispuesta al compromiso. Personalmente, sus familias eran feudales o de altos funcionarios. Por tanto, carecían de un programa para quitar a esta clase la base social de su poder, que residía en la economía y el orden social del feudalismo. Nada concedían a los campesinos, que constituían la inmensa mayoría del pueblo chino, la única fuerza capaz de barrer los obstáculos que se alzaban ante el progreso de China.

Los reformadores tampoco tenían la menor idea de la naturaleza del imperialismo; a pesar de que les exacerbaban las humillaciones y derrotas de su país, aceptaron la mentira de que era el atraso la causa del trato desigual recibido por China en las relaciones internacionales. Por eso pensaban que si China «imitaba al Occidente» se haría más respetable, evitaría el ser agredida y recibiría ayuda en el nuevo rumbo emprendido.

Después del golpe de estado reaccionario, la idea de Kang You-wei, de la monarquía constitucional, perdió su influencia. Entre las nuevas corrientes políticas de China, empezó a preponderar la de Sun Yat-sen y sus seguidores. Pero, sin embargo, este cambio no tuvo resultado apreciable durante algunos años. Mientras tanto, los campesinos chinos estaban de nuevo a punto de explotar en una revuelta, esta vez directamente contra el imperialismo, en el fuego del levantamiento de los «Boxers».

VII

EL LEVANTAMIENTO POPULAR DE LOS «BOXERS» (1899-1901)

Los Yi Jo Tuan, conocidos en el extranjero por el nombre de «boxers» porque solían practicar una suerte de pugilato parecido al boxeo, era una sociedad secreta de campesinos, antimanchú, del tipo tradicional de las asociaciones de culto supersticioso. En 1898, esta sociedad se convirtió, en la provincia de Shandung, en el centro de resistencia contra los alemanes, quienes pretendían, de una manera brutal, hacer de esta provincia una colonia suya, explotándola económicamente e incendiando las aldeas para castigarlas por su «hostilidad». Por otro lado, la población de Shandung, como la de toda la China del Norte, estaba de día en día más encolerizada porque los misioneros se iban apropiando abiertamente distintas regiones de China por orden de sus respectivos gobiernos. La ira de la población de Shandung llegó a su punto culminante cuando fue dictado el decreto imperial del 15 de marzo de 1899 — bajo la presión de Francia que se arrogaba el papel de «protectora de las misiones» —, por el cual se concedían privilegios extraordinarios sobre el pueblo a los sacerdotes de la Iglesia Católica de todas las nacionalidades. Un escritor inglés declaró entonces:

> Al equiparar los obispos a los virreyes y gobernadores, y al poner en pie de igualdad a varias órdenes de sacerdotes y a los tesoreros

provinciales, los jueces provinciales, los *Daotai* y los prefectos... se daba a los católicos unos poderes que, con razón, el pueblo sospechaba que éstos no iban a tardar en aprovechar. Los no católicos no tenían esperanza alguna, por lo menos así creían, de poder obtener nada de los católicos por medio de pleitos... era general la protesta de la gente por la intromisión de los sacerdotes en los litigios.*

En realidad, aunque sólo los católicos gozaban de un rango oficial, de hecho, todas las misiones estaban al servicio de sus respectivos gobiernos como agencias y puestos de observación, particularmente valiosos porque podían actuar «legalmente» en toda China y no sólo en los puertos afectados por los tratados. Aquellos abusos, cometidos cuando se estaba estudiando abiertamente a China con vistas a su desmembramiento, y no el «loco fanatismo» como los historiadores europeos aparentan creer, hicieron que los campesinos rebeldes de 1899-1901 fueran xenófobos y hostiles a los misioneros. Esta fue la causa de que consideraran a los cristianos chinos como cómplices y paniaguados de los agresores extranjeros. Bien es verdad que los «boxers» no poseían ni un programa social ni formas de organización avanzadas. Es cierto que en ambos aspectos estaban menos adelantados que lo estuvieron los Taiping medio siglo antes. Sin embargo, es una burda calumnia imperialista la de calificar el movimiento de «reaccionario». Todo lo contrario, fue un esfuerzo espontáneo de las gentes sencillas; el objetivo no era defender la soberanía nacional contra los bandoleros «cultos» que se disponían a desangrarles en vida. Esto lo vio entonces con claridad Lenin, quien rindió homenaje al movimiento. Fue reconocido y estimado por demócratas y liberales como Mark Twain, quien defendió calurosamente a los «boxers» y satirizó a los «defensores de la civilización» que llamaban a levantar una cruzada contra aquéllos.

*Smyth, George B.: *Causes of Anti-Foreign Feeling in China;* capítulo (pp. 3-35) de *The Crisis in China,* compendio de aportaciones a la *North American Review.* New York, 1900.

La tragedia de los Yi Jo Tuan, de los «boxers», fue su falta de una clara orientación política, su aislamiento de otros grupos revolucionarios de China, y el no comprender la correlación de fuerzas ni en el interior ni en escala internacional. Esto hizo de ellos una presa fácil al engaño de los manchúes y les condenó a la derrota.

Los gobernantes manchúes de Pekín, al ver que el movimiento se extendía como un rayo, temieron ser barridos por él. Por eso pretendieron ponerse a su cabeza, pronunciaron elocuentes proclamas patrioteras y, bajo la presión popular, «declararon» la guerra a las potencias imperialistas. Pero incluso cuando la lucha se libraba en el mismo Pekín, enviaron un servil llamamiento a esas mismas potencias, llegando tan bajo que usaron expresiones como «su noble país... nunca ha manifestado el menor deseo codicioso de apoderarse de territorios». Rogaron a los gobiernos extranjeros que no se dejaran engañar por las apariencias y sospecharan erróneamente que la dinastía «favorecía al pueblo sencillo». Finalmente, declararon que «China estaba harta de arbitrar fondos para los ejércitos . . . y para salir de este difícil embrollo, no tenía otro medio que recurrir a la ayuda de su noble país.»

En otras palabras: los manchúes estaban dispuestos a dejarse sobornar a cambio de volver su ejército contra los patriotas «rebeldes». La emperatriz viuda abastecía de comestibles el barrio de Pekín donde residían las legaciones extranjeras, dejando así la puerta abierta para una traición completa. Los gobernadores locales en todas partes, menos en la China del Norte donde los «boxers» eran demasiado fuertes, ni siquiera participaban en la contienda; en cambio, seguían tratando al enemigo como si no hubiera guerra.

Los invasores, aprovechándose de la situación, movilizaron un gran ejército compuesto de contingentes británicos, norteamericanos, alemanes, de la Rusia zarista, franceses, japoneses, talianos e incluso austro-húngaros; asaltaron Pekín y allí cometieron todo género de crímenes y violaciones. Un testigo ocular británico, B. L. Putnam Weale, relata varios episodios

del saqueo de la capital china, que excedió mucho, por sus desafueros, a la matanza de 1860:

> Un extraño joven, empleado de una de nuestras legaciones... se ofreció reiteradamente como voluntario para actuar de verdugo... Ese hombre, siempre armado de un fusil, parecía deleitarse con ello... Estaba poseído de una excitación desenfrenada, y en cuanto me vio pronunció un largo y violento discurso que jamás olvidaré... «¿Ha visto usted los pozos, junto a las Puertas de Oriente, adonde se han arrojado todas las muchachas y las mujeres? Es que estaban asustadas de las tropas...». Después se me acercó y me susurró al oído lo que hicieron los soldados después de violar a las mujeres... Añadió que nuestra propia soldadesca inhumana le había invitado a quedarse para verlo.*

Weale describe a lo vivo cómo había sido saqueada cada una de las casas de Pekín; caracteriza las tropas extranjeras como «una interminable procesión de bandoleros; y cuenta cómo, después de la batalla, sobre la sangre y los escombros, vendían el botín al mejor postor, de modo que «todos nuestros ejércitos se están convirtiendo en ejércitos de traficantes».

¡Otra lección más de «civilización» para el pueblo chino, vejado de continuo, siempre sufriendo pero también resistiendo siempre!

Cuando ya había terminado la lucha, llegó la expedición alemana extraordinaria, fuerte de 20.000 hombres, mandada por el mariscal de campo conde Von Waldersee. Antes de partir de Bremerhaven, el kaiser Guillermo II instruyó a las tropas que embarcaban en el verdadero espíritu de la lucha a sangre y fuego, del militarismo prusiano. Dijo así:

«Cuando os enfrentéis con el enemigo, no olvidéis que la lucha es sin cuartel y no debe haber prisioneros. Manejad vuestras armas de manera que cada alemán equivalga a un millar de combatientes no chinos. Abrid definitivamente el camino a la civilización.»

Entonces, la mayor parte de las restantes tropas europeas habían sido evacuadas ya; y en el campo de batalla sólo

*Putnam Weale, B.L.: *Indiscreet Letters from Peking.* Londres, 1900. (La cita se ha tomado de la edición china, pag. 362).

quedaban tropas chinas. No obstante, como escribe un doctor norteamericano: «Las incursiones punitivas de las tropas alemanas de ocupación fueron lo habitual. Cualquier suboficial parecía gozar del privilegio de devastar el campo chino. Las aldeas donde los «boxers» habían establecido su cuartel general o donde se descubrían armas, eran incendiadas; y sus habitantes, asesinados o expulsados.»*

El levantamiento de los «boxers» había sido traicionado y deshecho; pero dio una lección a los imperialistas. A pesar de que China había sido vencida y humillada una vez más, se hablaba ya menos del «reparto» del país. Algo nuevo había que agregar a las rivalidades entre las potencias, que no acababan de decidir la manera de repartirse el pastel: el miedo a lo que el pueblo podía hacer si se le provocaba demasiado.

Archibald Colquhoun, corresponsal del *Times* de Londres, previno fatídicamente contra la subestimación «de lo que significa en realidad el interrumpir una política que abarca a 300 millones de asiáticos». Su argumento consistía en que la China gobernada por los manchúes «es una fuente inagotable de riquezas si se la mantiene en pie... un gran Estado sin explotar que la actual generación de anglosajones debe dejar en herencia a su creciente descendencia». Su conclusión era que las armas no decidirían la cuestión nunca por sí solas, y que «la infiltración de capitales en China y su experta administración es la palanca adecuada».** Los gobernantes manchúes habían perdonado a los imperialistas extranjeros porque los necesitaban para enfrentarse con el pueblo. De la misma manera, las potencias extranjeras perdonaron a los gobernantes reaccionarios de China, a pesar de su declaración de guerra, porque éstos eran imprescindibles para el imperia-

*Godschall, Prof. W. L.: *Tsingtan Under Three Flags.* Shanghai, 1929; p. 136.

**Colquhoun, Archibald F.: *The Far Eastern Crisis; artículo* (pp. 109-136) del compendio *The Crisis in China.* New York, 1900.

lismo. Habiendo probado su capacidad de desbaratar el movimiento popular, se les estimaba más que nunca como perros guardianes.

El «Protocolo de los Boxers», tratado impuesto a China después del levantamiento, reflejaba este modo de ver las cosas. He aquí un breve resumen de sus resultados:

El Gobierno manchú fue al fin y a la postre reducido a simple agente de la voluntad de los conquistadores. Las estipulaciones, sin precedentes en la práctica internacional, le obligaban a ajusticiar o a «condenar al suicidio» a una serie de sus altos funcionarios que habían tomado la guerra demasiado en serio. También les obligaron a «suspender los exámenes oficiales (del ramo civil de la administración pública) durante cinco años en todas las ciudades donde habían sido asesinados extranjeros o donde hubieron sido objeto de trato riguroso»; y a publicar un edicto que «prohibía perpetuamente afiliarse a cualquier asociación antiextranjera, siendo castigado a la última pena quien infringiera esta cláusula».

La indemnización impuesta, la más alta hasta entonces, era de 500 millones de dólares norteamericanos; debía ser pagada no sólo a las grandes potencias sino también a Italia, Holanda, Austria, Bélgica, España, Portugal y a los países escandinavos; debía hacerse efectiva a plazos, desde 1901 hasta 1940.

Diez potencias obtuvieron el derecho de acantonar tropas en el propio Pekín, con objeto de «guardar sus legaciones» establecidas en un sector de la ciudad — ¡la capital de China! — en el cual «los chinos no tendrán derecho de residencia».

Los ejércitos extranjeros deberían también ocupar el ferrocarril que comunica a Pekín con el mar; como consecuencia de esta cláusula, varios países mantuvieron guarniciones en Pekín, Tientsín y Shanjaiguan durante un lapso de 40 años.

En el Artículo XI de las estipulaciones se revela sucintamente una de las finalidades de todo el Protocolo. Dice así: «El Gobierno chino se ha comprometido a negociar la introducción de las enmiendas, que *los gobiernos extranjeros consideren útiles,* en los tratados comerciales, de navegación y en otros asuntos referentes a las relaciones comerciales, con vistas a facilitar su solución.»

VIII

HACIA LA REVOLUCION BURGUESA
(1901-1911)

Durante los diez años comprendidos entre la firma del «Protocolo de los Boxers» (1901) y el derrocamiento de la monarquía por la Revolución burguesa (1911), la situación de China evolucionó con suma rapidez.

La dependencia económica de China era equiparable a su vasallaje político. El país se convirtió en lo que llamaba Sun Yat-sen una «hipocolonia», una vaca lechera no para una sino para muchas potencias extranjeras.

Las inversiones del capital financiero imperialista llegaron hasta alrededor de los 1.500 millones de dólares norteamericanos. Los ferrocarriles, construidos sobre todo con empréstitos extranjeros obligatorios, pasaron de tener 560 millas en 1902 a más de 6.000 en 1912. Estos ferrocarriles tenían por finalidad proporcionar dividendos a los accionistas extranjeros, facilitar la exportación de las primeras materias chinas y la importación de manufacturas extranjeras.

La participación extranjera penetró en las empresas industriales fundadas en el período anterior por los altos funcionarios «modernos». Las minas de carbón de Li Jung-chang, en Kaiping, se convirtieron en la Dirección Minera de Kaiping, controlada por los ingleses gracias a los turbios manejos de uno de sus agentes, el ingeniero norteamericano Herbert Hoover, elegido luego Presidente de los Estados Unidos. El

mineral extraído por esta empresa servía para abastecer de combustible a los ferrocarriles, compañías navieras y fábricas dominadas por los extranjeros.

Los talleres siderometalúrgicos Janyeping, propiedad de Chang Chi-dung, en lugar de convertirse en una base de la industria pesada y de la defensa nacional de China, recurrieron primero a empréstitos alemanes, y luego a otros préstamos japoneses. Su futuro colonial se revela con claridad con la afirmación de Charles Schwab (de la Bethlehem Steel C.°), el magnate de la industria siderúrgica, de que consideraba más barato importar hierro chino en lingotes para sus fábricas de San Francisco que encargarlo a sus empresas de Pittsburgh.

El Japón tenía asidos fuertemente en sus garras los centros de Anshan y de Fushún, ricos en hierro y carbón respectivamente.

El comercio exterior de China más que dobló; pero su estructura hizo del país un apéndice del imperialismo, productor de materias primas y campo para el «dumping» de las mercancías extranjeras. El balance comercial de China iba de mal en peor. De día en día aumentaban sus deudas. En las ciudades importantes de China se iban estableciendo, uno tras otro, bancos norteamericanos, ingleses, franceses, de la Rusia zarista, alemanes y japoneses, filiales de los más importantes monopolios financieros de sus respectivos países.

En el seno de la sociedad china, todo ello dio por resultado el fortalecimiento de la burguesía intermediaria del imperialismo (los «compradores»). Estos eran testaferros de las empresas extranjeras para introducir sus mercancías hasta las regiones más apartadas del país y acaparar de paso las materias que les interesaba exportar. Como grupo, representaban una combinación del capital financiero extranjero con el capital de los terratenientes chinos, el capital usurario y el de una parte de los comerciantes. Llegaron a convertirse en la única agencia del imperialismo, tanto en el terreno político como en el económico.

Al mismo tiempo, se observaba un gran incremento de la industria ligera de propiedad china, especialmente en los ramos textil y harinero, lo cual condujo al ulterior desenvolvimiento de la burguesía nacional. Este sector de la clase capitalista, a diferencia de la burguesía intermediaria del imperialismo, estaba interesada en que China fuera un país fuerte, independiente y desarrollado económicamente.

La burguesía nacional notaba muy a lo vivo su dependencia de las importaciones de maquinaria extranjera, e incluso de materias primas (por ejemplo: algodón de los EE.UU. y de la India) que sólo el atraso feudal y la falta de comunicaciones interiores hacían que no pudieran ser suministradas por la propia China. Las empresas de la burguesía nacional estaban sujetas a la presión diaria de las mercancías extranjeras, las cuales seguían afluyendo aprovechando la ventaja del tope máximo del 5% en los impuestos de aduanas. Se les obligaba a competir en términos de la más exasperante desigualdad con las empresas instaladas en la propia China, amparadas en el derecho de la extraterritorialidad; los empresarios extranjeros quedaban eximidos de acatar las leyes y abonar los impuestos chinos. La constante afluencia de inversiones extranjeras, respaldada por la presión militar y política de los imperialistas, ante la cual se cruzaban de brazos los gobernantes manchúes, restringía en gran medida la participación de la burguesía nacional china en el desenvolvimiento de la industria pesada y de las comunicaciones del país.*

*Ejemplo elocuente de cómo actuaban los que invertían en China sus capitales para proteger los intereses de los restos del feudalismo, es la actitud de los Estados Unidos ante uno de esos restos: la gravosa *preferencia*, o impuesto interior de tránsito, que impedía la formación de un mercado nacional para los productos de empresas capitalistas, tanto chinas como extranjeras. Los Estados Unidos, como exportadores de mercancías, habían clamado muchas veces contra esta *preferencia* y reclamado su abolición. Pero en cuanto Wall Street entró en la rebatiña de empréstitos y concesiones, la cosa cambió por completo. William Phillips, Vicesecretario de Estado, escribió a su jefe, el Secretario de Estado Knox, en mayo de 1909, que debía conservarse el impuesto, y no abolirse, porque «en el caso de que nuestros bancos sean invitados a participar en un empréstito a China, creo firmemente que... aceptarán de buen grado la *preferencia* como garantía.» (Véase *The United States and China, 1906-13. A Study of Finance and Diplomacy*, de Charles Bevier. Rutgers University Press. U.S.A., 1955).

El moderno proletariado industrial de China se desarrollaba con más rapidez que los capitalistas chinos; además de estar más unido, representaba una fuerza mucho mayor. Con la construcción de cada ferrocarril o cada nueva fábrica aumentaba el número de obreros, independientemente de que la empresa fuera china o extranjera, o que el capital invertido en ella fuera privado o «burocrático». Los obreros, sea cual fuese el lugar donde se les empleaba, siempre se enfrentaban con los mismos problemas.

Como China era un país agrario, casi todos los sectores de la burguesía china estaban más o menos relacionados con las grandes propiedades rurales, hasta entonces la fuente principal de la acumulación capitalista. Esta era otra razón de sus vacilaciones en cuanto a la necesidad de reorganizar la sociedad china. Los obreros, por otra parte, provenían en su mayoría del campo y conservaban sus lazos de unión con las aldeas. Los agravios seculares y el espíritu de rebeldía de los trabajadores del campo chinos les requemaban por dentro además tanto como sus propios agravios. No tenían el menor interés por conservar la vieja sociedad china.

Muchos millones de campesinos sufrían la explotación directa del terrateniente chino y, cada vez más, la del imperialismo. Los intereses imperialistas dictaban los precios de los productos agrícolas que vendían los labriegos, y los de los artículos manufacturados que éstos habían de adquirir. También fijaban las tarifas de transporte ferroviario y los fletes. El campesino soportaba una doble carga. La proporción de los arriendos, en las provincias más densas de población, llegó hasta el 70%.

Todos estos cambios hicieron de China un país distinto de la China del período Taiping, o incluso de la del tiempo de los «boxers». La dinastía manchú seguía ocupando el trono, pero la sociedad se iba transformando. Ya habían aparecido las clases principales que han figurado en la revolución popular china de nuestros días.

También habían surgido las personalidades más destacadas. Así como Sun Yat-sen entraba en un período decisivo de sus actividades, Mao Tse-tung, nacido en 1893, se hacía hombre en una región rural de la China Central. Cuando Sun Yat-sen era niño había sufrido la influencia de los Taiping; las primeras impresiones que se iban grabando en la mente de Mao Tse-tung fueron la profunda crisis causada por la invasión imperialista; el animado debate entre reformistas y revolucionarios para encontrar una salida a la humillación nacional, y la constante inquietud de los campesinos, siempre víctimas de cruel represión.

Veamos ahora algunos hechos acaecidos en este decenio.

En el exterior, las grandes potencias imperialistas estaban atareadas en la consolidación política y económica de los vastos territorios coloniales que habían conquistado en Asia y en Africa, durante los años 1880 a 1900. Al mismo tiempo, trataban de urdir dos sangrientos choques para un nuevo reparto de este botín: la Guerra Ruso-japonesa de 1904-1905, y el holocausto de la Primera Guerra Mundial, de 1914-18. Las rivalidades intestinas y el miedo que les infundieron los «boxers» impidieron que las potencias llegaran a repartirse China definitivamente. Pero de año en año el yugo imperialista oprimía más fuertemente a China, por medio de una serie de latrocinios y pactos.

En 1902, la Gran Bretaña firmó un pacto de alianza con el Japón, dirigido sobre todo contra la Rusia zarista. El preámbulo se refería hipócritamente a la «paz en el Extremo Oriente» y al «mantenimiento de la independencia y la integridad territorial» tanto de China como de Corea. Pero su primer artículo especificaba «los intereses materiales» y el

«derecho» de intervención armada de Inglaterra en China, y del Japón en Corea. Este tratado proporcionó al Japón el sostén que necesitaba para atacar a la Rusia zarista en 1904-1905. Todas las batallas terrestres tuvieron lugar en tierra china. A pesar de la neutralidad de China, fue este país el que más perdió en la contienda puesto que el Japón se había asentado en Corea, en los ferrocarriles del sur de Manchuria, antes de propiedad rusa, y en los terrenos arrendados de Dairén y Puerto Arthur, todos ellos trampolines para una ulterior agresión. Al mismo tiempo, Inglaterra introducía sus tropas en el territorio chino del Tibet.

Cuando, en 1905, fue renovado el tratado de alianza anglo-japonés, éste se redactó de nuevo como un pacto abierto de seguridad mutua por los pasados y futuros saqueos realizados, o que iban a realizar las potencias contratantes en toda Asia. Uno de sus objetivos declarados era «la defensa de los derechos territoriales de las Altas Partes Contratantes en las regiones del Asia Oriental y de la India». Según el texto revisado, se concedía al Japón el derecho de «gobierno, inspección y protección» de Corea, con lo cual se abría el camino para la destrucción del Estado coreano. Inglaterra había de ser apoyada en sus intrusiones similares «en las proximidades» de la frontera de la India (es decir, en el Tibet o en cualquier otra región del sudoeste de China que pudiera caber dentro de esta amplia definición).

Los Estados Unidos también habían estimulado al Japón, pues calculaban que este país, habiendo derrochado su sangre y su limitado tesoro en empresas bélicas, estaba tan sólo en condiciones de servir de policía en sus nuevas posesiones de Manchuria y Corea. Lo cual permitiría al capital norteamericano hacer sus inversiones y llevarse en el reparto de beneficios la parte del león. La guerra del Japón contra Rusia fue parcialmente financiada por un consorcio bancario de Wall Street. El subsiguiente tratado de paz, que rendía al Japón más de lo que hubiese conseguido por la fuerza de las armas

y si la guerra hubiera seguido, fue firmado en los Estados Unidos bajo la égida del Presidente Theodoro Roosevelt.

Más tarde, en 1908, el Acuerdo Root-Takahira, entre los gobiernos de Washington y de Tokio, daba al Japón manos libres en el Nordeste de China (Manchuria) y en Corea. A cambio de ello, el Japón se comprometía a no perturbar la posesión colonial de las Filipinas por los Estados Unidos. Era una traición tan notoria la traición a aquel país, cuya independencia se habían comprometido a apoyar los Estados Unidos, que un patriota coreano asesinó en San Francisco a M.D. W. Stevens, consejero diplomático norteamericano de la corte coreana (puesto que ocupaba por presión japonesa). El Acuerdo Root-Takahira, negocio típico de tratantes de esclavos, facilitó la anexión de Corea por los japoneses en 1910.

En su conjunto, las maniobras de los EE.UU. en ese tiempo, no menos que las de Inglaterra, facilitaron la conquista de posiciones por el Japón en el continente. Desde estas posiciones, el imperialismo japonés iba a partir para realizar un esfuerzo supremo y conquistar toda China, desde 1937 en adelante, y todo el Pacífico, incluyendo las posesiones norteamericanas e inglesas, de 1941 a 1945.

Francia y el Japón firmaron otro pacto de garantía mutua de los beneficios que rendían sus colonias; tenía por objeto reforzar el control colonial del Japón sobre Corea, y el de Francia en el Viet-Nam. Este pacto aseguraba asimismo el «derecho» de ambos países a intervenir en las regiones de China contiguas a sus respectivas colonias, con lo cual se indicaba la subsiguiente absorción de dichas regiones. La desvergonzada teoría de que la proximidad daba derecho a la absorción podía ser aplicada perpetuamente, hasta terminar con la víctima.

En el interior de China, durante el mismo decenio, los rápidos cambios políticos estaban determinados por las transformaciones sociales que hemos descrito, por la constante presión del imperialismo, y por la primera lucha armada revolucionaria de la clase obrera europea librada en la era imperialista: la Revolución rusa de 1905-1907. Esta revolución puso de manifiesto la debilidad interna de la monarquía zarista, una de las potencias imperialistas más formidables en apariencia. Se produjo cuando el Gobierno zarista perdía, en la Guerra Ruso-japonesa, la primera batalla moderna, de un Estado europeo ante uno asiático. Tuvo por efecto el estimular a todos los movimientos nacionales del Asia colonial y semicolonial, y les ayudó también a preparar sus programas de lucha contra el despotismo interno.

Después de 1905 terminaron en Asia las revueltas y guerras campesinas de tipo tradicional; en Irán, Turquía y China se produjeron revoluciones de tipo burgués.

Pero incluso antes, en cuanto se firmó el «Protocolo de los Boxers», la corte manchú, completamente desacreditada, que había regresado a Pekín desde su refugio del nordeste de China, encontró una situación distinta. Los que más le disputaban el Poder no eran ya los reformistas, quienes sólo deseaban limitar el despotismo imperial. Se enfrentaban con los revolucionarios, que pretendían derrocar la dinastía.

Esto tuvo su manifestación dramática en el tremendo susto que se llevaron, en su viaje de vuelta, la emperatriz viuda y su séquito. Casi cayeron en manos de una sociedad secreta campesina, llamada Gue Lao Jui (Los Hermanos Mayores), que había tenido contactos con Sun Yat-sen y su grupo. La emperatriz, en vez de viajar a la manera tradicional (de caballo y palanquín) consideró más seguro el ferrocarril construido por extranjeros. Y al llegar a la capital, asolada y anegada en sangre, «en cuanto la emperatriz veía una cara extranjera, abría las cortinillas de su automóvil amarillo, hacía una reverencia y sonreía», según se dijo en la prensa británica.

El cambio era significativo. Desde entonces, esta déspota archirreaccionaria se hizo partidaria de la occidentalización. Dictó una serie de decretos que recogían muchos puntos del programa de los reformistas de 1898, a los cuales había mandado deportar o ejecutar. Con estas «reformas», muy del

gusto del capital financiero occidental, pensaba dar un nuevo respiro a la dinastía manchú. Las arcaicas instituciones del pasado no servían para contener a las masas. Ni eran tampoco la mejor manera de llevar al país a su colonización por las inversiones en ferrocarriles, telégrafos y empresas industriales.

Pero ya era demasiado tarde para tales emplastos paliativos. La crema de la juventud china culta formaba sociedades secretas, fundaba periódicos clandestinos y emprendía diferentes acciones contra la dinastía. Mientras los altos funcionarios imperiales, usando tanto de la opresión como de la demagogia, se esforzaban por dominar la ola revolucionaria en el interior del país, Sun Yat-sen, desde su exilio, realizaba labor organizadora con infatigable energía. Viajaba por todo el mundo en busca de comunidades chinas establecidas o de estudiantes chinos; colectaba fondos, elaboraba un programa de lucha, fundaba clubs y periódicos, adquiría armas que él mismo se encargaba de enviar. El y sus colaboradores aleccionaban a los estudiantes que iban a repatriarse en varias formas de trabajo clandestino, incluso la infiltración en los organismos oficiales y en el ejército. A pesar de las detenciones y los fusilamientos, estas tareas se realizaban valientemente.

Pronto salió a la superficie la corriente del movimiento clandestino. En 1904, los revolucionarios de la provincia de Junán, dirigidos por Juang Sing, quien luego había de ser uno de los colaboradores más cercanos a Sun Yat-sen, hicieron los preparativos para organizar una revuelta campesina en dicha provincia. Ese mismo año, la burguesía china lanzó un boicot muy efectivo de las mercancías norteamericanas, para protestar contra la brutal discriminación racial de que se hacía víctima a los chinos en la costa occidental de los Estados Unidos.* En 1905 fue lanzada una bomba contra una comi-

*El profesor norteamericano Harley F. McNair, en su obra *The Chinese Abroad* (Shanghai, 1927) cita una serie de hechos concernientes a las causas y al curso del boicot. Enumera los asesinatos, apaleamientos, detenciones, deportaciones, la legislación racista contra

sión imperial enviada con objeto de estudiar las instituciones del extranjero.

Reviste suma importancia el hecho de que Sun Yat-sen consiguiera la fusión de la Sociedad del Despertar de China con otros grupos revolucionarios (realizada en Tokio, en agosto de 1905), formando así la llamada Tung Meng Jui (Liga Revolucionaria). De esta manera, la mayoría de las organizaciones revolucionarias de China, hasta entonces pequeñas y dispersas, fueron por primera vez unificadas y formaron un verdadero partido.

La estructura y la ideología del Tung Meng Jui reflejaban en parte el gran efecto que había producido en Asia el ejemplo de la Revolución rusa de 1905. El *Min Bao* («Periódico del Pueblo»), órgano del Tung Meng Jui, publicaba en casi todos los números artículos sobre el movimiento ruso. La atención de los chinos progresistas, que hasta la fecha no habían fijado su atención más que en las revoluciones americana y francesa del siglo XVIII, se concentraba ahora sobre esta gran convulsión de nuestro tiempo, que observaban con vehemente interés, simpatía y admiración. Un escritor afirmó: «La Revolución rusa sobrepasa a las de los demás países. . . Aunque los países de Europa y América son poderosos, sus pueblos son pobres». Sacaba la conclusión de que era necesario «comenzar, a la vez, las revoluciones política y económica». Del ejemplo dado por los rusos en 1905, los revolucionarios chinos extrajeron la idea nueva de la importancia que tiene la prensa como medio de difusión de las ideas, de la lucha armada y de la organización de las masas como métodos efectivos; y sobre todo, la importancia del problema de la tierra.*

El programa del Tung Meng Jui se pronunciaba por la República y por una equitativa distribución de la tierra, con

los «mongoles», y hasta el suicidio, en 1903, de un agregado militar chino que no pudo soportar las humillaciones que le causó la policía de San Francisco.

*Yen Min-yuan: *The Chinese Press in 1905 on the Russian Revolution. Voprosy Istorii* (Problemas de la Historia). Moscú, junio, 1955.

objeto de liberar a los campesinos del yugo del terrateniente. Esto se consideraba como una medida encaminada a evitar en China el crecimiento del capitalismo y de sus abusos, con lo cual se preparaba el terreno para el socialismo. No obstante, su realización hubiera dado inevitablemente lugar, de hecho, al surgimiento en China de las relaciones de propiedad capitalista. El programa era, pues, revolucionario con respecto al régimen feudal en su conjunto. Pero la idea de que iba a conducir directamente al socialismo era, sin embargo, ilusoria (no tenía en cuenta el papel de la clase obrera, y Lenin lo comparaba al «populismo» de la antigua Rusia). La clase obrera de China era aún muy poco numerosa, carecía de un partido político propio, lo cual era inevitable entonces. De todos modos, no debe dejarse de tener en cuenta la simpatía por el socialismo que empezaron a manifestar Sun Yat-sen y sus correligionarios más próximos. El socialismo ofrecía gran interés a los revolucionarios demócratas de China, lo cual tuvo luego grandes consecuencias históricas al recibir la noticia de la Revolución de Octubre y cuando los revolucionarios demócratas concertaron una alianza con los futuros marxistas chinos.

El programa del Tung Meng Jui era, de hecho, el de una revolución democrático-burguesa. Aun en este sentido resultaba incompleto y contenía muchas debilidades. Estaba dirigido contra la dinastía manchú, pero ignoraba la conexión entre el imperialismo extranjero y la reacción feudal de China. No obstante, las ideas que encarnaba representaban el pensamiento político más avanzado de aquel período.

De todos los programas propuestos para salvar a China, era el más próximo a la situación real y a las demandas del pueblo. Sobre esta base, el número de afiliados a la Liga llegó en un año hasta los 10.000.

En 1906, bajo la dirección de la Liga, se alzaron los trabajadores de las minas de carbón de la provincia de Chiangsí; a ellos se unieron los campesinos, con lo cual se llegaron a juntar 30.000 hombres, antes de que el movimiento fuera reprimido. En 1907, la Liga organizó un motín entre los soldados de Jankou, a los que se les retenía la paga; en la provincia de Guangdung se alzaron los campesinos para protestar contra los impuestos. En 1908, cuando Sun Yat-sen estableció en Hanoi su centro de operaciones, grupos armados pertenecientes a la Liga penetraron en China desde Viet-Nam. A pesar de que por último hubieron de retirarse, volvieron a cruzar la frontera, en mucho mayor número de los que habían salido porque muchos soldados del ejército manchú se habían pasado al lado de los revolucionarios.

Entre tanto, el grupo de reformistas de Kang You-wei, todavía en el exilio, atemorizado por la ola revolucionaria reapareció con el nombre de «Baojuangtang» (Partido al servicio de la defensa del emperador). Conviene señalar que también los reformistas prestaban gran atención a la Revolución rusa de 1905. Según escribía el *Shi Bao*, portavoz de dichos reformistas, este hablar, tanto de la revolución rusa tenía por único objeto apremiar a la monarquía manchú a que imitara a su contrapartida zarista y promulgara cualquier constitución con objeto de evitar una situación en la cual «gentes malintencionadas pudieran aprovechar el descontento del pueblo para organizar un levantamiento».* Pero la Historia había llegado mucho más lejos que Kang You-wei y sus correligionarios.

En 1909, la corte imperial, recurriendo una vez más a maniobras para salvar la pelleja, autorizó la formación de asambleas consultivas provinciales, como hipotético paso previo a la constitución de un parlamento nacional. Las asambleas no satisfacían a nadie, ni tampoco servían a la corte para lo que pretendía. Aunque estos órganos legales estaban dominados por la clase media acomodada de cada localidad, en modo alguno revolucionaria, la Liga (Tung Mung Jui) pudo utilizarlas hasta cierto punto. Dos años después, cuando el pueblo había sufrido el azote de calamidades de la Naturaleza y el hambre consiguiente, el creciente descontento de los campesinos desembocó en revueltas que se produjeron en casi

*Yen Min-yuan: Artículo ya citado.

todas las provincias; el movimiento chocó violentamente con la dinastía manchú en el problema de la penetración del capital extranjero en China.

La cuestión inmediata era la de los ferrocarriles. Desde 1905 en adelante, a la vez que se extendía la red ferroviaria financiada por el capital extranjero, los capitalistas chinos habían organizado varias compañías y corporaciones, en unión de los grandes propietarios rurales de algunas localidades, para construir líneas ferroviarias por su cuenta. En 1911, la dinastía manchú, presionada directamente por Taft, Presidente de los Estados Unidos, aceptó un empréstito de seis millones de libras esterlinas de un consorcio formado por banqueros norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes. Anunció la «nacionalización de los derechos particulares a construir ferrocarriles en la China del Centro-Sur y del Sudoeste, con el propósito de hipotecarlos al capital extranjero. Los accionistas del proyectado ferrocarril Chengdú-Chungching, en la provincia de Sechuán, organizaron una delegación de protesta. El gobernador provincial detuvo a los miembros de la delegación y ordenó a las tropas que disparasen contra el pueblo de Chengdú, capital de la provincia, que acudió pidiendo se les pusiera en libertad.

La población urbana, secundada por los campesinos de la provincia, que había sufrido los desastres de las inundaciones, se alzaron en una revuelta que duró varios meses, durante la cual capturaron y decapitaron al tiránico gobernador. No podemos dejar de mencionar que Chang Lan, uno de los caudillos del levantamiento de los ferrocarriles de Sechuán, desempeñó el puesto de vicepresidente del Gobierno Popular Central, al constituirse éste en 1949. (Chang Lan falleció en 1955). En cuanto a la línea ferroviaria Chengdú-Chungching, origen de los acontecimientos relatados, no fue una realidad hasta después de la Liberación: fue construido en 1950-1952, no por compañías extranjeras ni por los terratenientes acomodados de la provincia, sino por el Estado democrático popular dirigido por la clase obrera.

IX

DERROCAMIENTO DE LA MONARQUIA (1911)

El 10 de octubre de 1911 tuvo lugar un acontecimiento decisivo. La guarnición imperial de Jankou, dirigida por miembros secretos de la Liga, se sublevó; Jankou era la ciudad clave del comercio y la industria de la China Central. Los sublevados lanzaron un manifiesto en el que se llamaba a derrocar la dinastía manchú. Con la ayuda de los obreros y los estudiantes, se apoderaron del depósito de armas más grande de China, en la contigua ciudad de Janyang, donde se almacenaba una inmensa cantidad de armamento.

La marina imperial, a la cual se ordenó zarpara hasta Jankou para aplastar el movimiento, fondeó ante la ciudad pero se negó a abrir fuego contra los sublevados. En un lapso de treinta días, las órdenes de la dinastía manchú, que hasta entonces habían parecido todopoderosas en el interior del país, dejaron de ser válidas en toda la China del sur del Yangtsé; también perdieron autoridad en una serie de ciudades, y entre ellas, en Shenyang (Mukden), la antigua capital de Manchuria.

Por aquel tiempo ya había fallecido la emperatriz viuda, de vigoroso carácter. También había muerto en la cárcel el emperador «reformista» Guang Shui, probablemente suprimido por orden de su sanguinaria tía al sentir que su fin se acercaba. Pu Yi, un niño rodeado de nonagenarios, estaba en el trono.

Las potencias extranjeras, los terratenientes chinos y la burguesía china intermediaria del imperialismo («compradores»), vieron entonces que la monarquía no tenía probabilidades de salvación. Por eso buscaron un «hombre a caballo» capaz de aplastar la revolución o de desviarla antes de que aboliera sus privilegios. La persona indicada, según ellos, era Yuan Shi-kai, general arrogante y ambicioso de la camarilla de altos funcionarios «modernos», quien, después de aparentar que estaba al lado de los reformistas del 98 les traicionó.

Yuan Shi-kai fue nombrado jefe supremo de las fuerzas imperiales; y más tarde ascendido a Primer Ministro. Llegó a dominar militarmente el norte de China, donde la revolución no contaba con milicias armadas. Más tarde entabló negociaciones con el Sur republicano, respaldado en esta gestión por una nota de las potencias extranjeras en la que, en términos muy velados, le amenazaba con la intervención si no se llegaba a un arreglo «pacífico». Los elementos vacilantes del Sur, aterrorizados ante la perspectiva de una guerra civil revolucionaria en la que se desataran las fuerzas de la revolución agraria, también le apoyaban en sus designios.

Después de acordada la tregua entre las dos fuerzas, regresó triunfalmente a China Sun Yat-sen, abanderado de la revolución, tras casi 20 años de exilio. En Nankín, la vieja capital de los Taiping, Sun Yat-sen fue proclamado Presidente de la República China el 1.° de febrero de 1912. Sus declaraciones desde tal puesto fueron firmes en un sentido: no dejaban lugar a la supervivencia de la dinastía manchú ni en el terreno constitucional ni en ningún otro. Pero contenían una debilidad funesta: no hacían mención de aquel otro principio básico de la Liga Tung Meng Jui, la equitativa distribución de la tierra.

Al no saber constituir una base firme entre la numerosa clase campesina, los reaccionarios del Norte pudieron convertir la nueva República en un amparo del régimen feudal. Yuan Shi-kai y sus generales actuaron con rapidez; conminaron a

la dinastía manchú a que abdicara y tomaron el Poder en Pekín. El decreto de abdicación, dictado a nombre de un emperador de tres años de edad, ordenaba a Yuan Shi-kai — hasta entonces Primer Ministro del imperio — «unificar el Norte y el Sur». Desconociendo la existencia del Gobierno republicano de Nankín, le facultaba para «organizar un Gobierno provisional republicano». También ratificaba el acuerdo concertado con Yuan de que el emperador destronado seguiría gozando «del respeto debido a un soberano extranjero», unos emolumentos anuales equivalentes a unos dos millones de dólares norteamericanos, toda la propiedad privada del emperador, incluso los palacios, su séquito y su guardia personal, sostenidos a cuenta del Estado. La aristocracia manchú también conservaría sus propiedades personales y sus títulos; estaría asimismo eximida de prestar servicio militar. Para los aristócratas que ya habían derrochado el dinero succionado al pueblo, o que pudieran hacerlo en el futuro, existía la cláusula de que «a los príncipes y duques arruinados se les proveería de medios de vida» (!).

Dos días después, el 14 de febrero de 1912, Sun Yat-sen, quien había sido investido por la revolución del título de Presidente provisional, dimitió a favor de Yuan Shi-kai, al cual los propios manchúes habían nombrado su sucesor. Este desastroso resultado era lógico, porque Sun Yat-sen y su partido habían dejado que la dirección, incluso en el Sur, cayera en manos de quienes a última hora resultaban «adictos a la revolución», pero que, en realidad, eran monárquicos constitucionales; además, no habían movilizado al pueblo alrededor del problema crucial de la propiedad de la tierra. Sun Yat-sen dio como razones su deseo de evitar la guerra civil, y su designio de reunir a todas las fuerzas bajo la bandera de la República unificada, y asegurar el reconocimiento internacional y el concurso de los empréstitos extranjeros para poner en marcha las empresas económicas del nuevo Estado. Las potencias habían indicado que dichos empréstitos serían retenidos de no ser Presidente Yuan Shi-kai.

Para Sun Yat-sen, honrado pero lleno de confusiones, el establecimiento de la República que tanto había anhelado y por la que tanto había luchado, era más importante que nada y bien valía todos los compromisos. Más tarde había de arrepentirse amargamente de aquel paso. No condujo ni a la unidad, ni a la paz, ni al «progreso tranquilo», tan esperados por Sun Yat-sen.

El 10 de marzo de 1912, fue proclamada en Nankín la Constitución de la nueva República. Contenía requisitos de propiedad en el votante que privaban del derecho de voto a la mayoría de la población del país. Y en el verano del mismo año, los campesinos, quienes habían esperado de la revolución una vida mejor, eran abatidos a tiros por las tropas de Yuan Shi-kai. Aunque estas tropas se encontraban bajo la bandera republicana, hicieron recaudar por la fuerza las rentas feudales y los exorbitantes impuestos con no menos salvajismo que cuando enarbolaban la bandera del dragón de la dinastía manchú.

Para el pueblo chino, esta experiencia fue un ensayo y una escuela. Le enseñó de una vez para todas que la revolución no se gana con un simple cambio en la forma de gobierno. Entre los que aprendieron esta lección se encontraba el propio Sun Yat-sen. Otros muchos participantes en los acontecimientos de 1911-1912, después de la Revolución de Octubre triunfante en Rusia se sintieron imbuidos de nuevas ideas, y llegaron a ser con el tiempo los líderes del Partido Comunista de China que concertaron una alianza con Sun Yat-sen.

Chu De, uno de los oficiales del ejército que se encontraban entre los que, en la provincia de Yunnán, alzaron la bandera de la sublevación contra la dinastía manchú, llegó a ser generalísimo del Ejército Popular de Liberación que 38 años más tarde expulsaba del continente chino a las últimas tropas de los imperialistas. Dung Bi-wu, revolucionario que actuaba en Jankou en la época del levantamiento, había de llegar a ser uno de los miembros de dirección del Gobierno Popular Central. Entre los jóvenes estudiantes de Changsha (provincia de Junán), que se incorporaron al ejército republicano para luchar contra los manchúes, y al cual los acontecimientos subsiguientes le dieron mucho que pensar, se encontraba un joven de 18 años llamado Mao Tse-tung.

X

LA REACCION DE LOS CAUDILLOS MILITARES Y LAS NUEVAS FUERZAS POPULARES (1912-1918)

Al fundarse la República, el Tung Meng Jui que dirigía Sun Yat-sen dejó de existir. Algunos de sus miembros más destacados se unieron con varios de los muchos nuevos partidos políticos que aparecieron a la sazón, para formar el Kuomintang. Esto se hizo con el asenso de Sun Yat-sen, y representó mucho más que un simple cambio de nombre. La Liga Tung Meng Jui había sido una organización de acción revolucionaria. El Kuomintang era un cuerpo amorfo, relajado por la influencia de vividores que, detrás de una apariencia de «frente» revolucionario, pretendían que todo siguiera como estaba. Después de la usurpación de Yuan Shi-kai, el Kuomintang se convirtió en el partido de oposición parlamentaria. Aunque hablaban vagamente de «servicio social» y hasta de «socialismo», su programa, a diferencia del de la Liga Tung Meng Jui, no hacía referencia al apremiante problema de la reforma agraria. Desde un principio, el partido recién formado mostraba una tendencia a degenerar en un grupo de políticos faltos de ardor combativo y de principios.

Sun Yat-sen se alarmó pronto del giro que tomaban las cosas. En vista de ello, aprobó la formación, en el seno del partido, de un pequeño grupo llamado el Club Tung Meng

Jui. Se trataba de conservar el espíritu revolucionario y el nombre de la antigua Liga; pero no se consiguió este objetivo.

Mientras tanto, Yuan Shi-kai se dedicaba con energía a establecer una dictadura militar. Bien pronto pudo prescindir de la máscara constitucional. Pasando por alto todos los procedimientos democráticos, negoció con grupos bancarios internacionales empréstitos similares a los que habían provocado una reacción popular tan intensa contra la dinastía manchú. Cualquiera que osara oponerse a esta manera de proceder caía bajo las balas del asesino.

Aunque el Kuomintang obtuvo una mayoría de puestos en el primer parlamento, sus esperanzas de obtener cargos públicos se vieron frustrados por el asesinato de Sung Chiao-yen, candidato del Kuomintang a Primer Ministro. Sólo después de este acto de bandidaje, los bancos ingleses, franceses, alemanes, rusos y japoneses, satisfechos de que Yuan había declarado la guerra a la revolución, hicieron al nuevo Gobierno un empréstito de 25 millones de libras esterlinas. La prensa norteamericana llenaba sus columnas de elogios a Yuan Shi-kai, llamándole «el hombre fuerte» de la situación.

En 1913, cuando apareció clara toda la gravedad de la traición de Yuan, Sun Yat-sen organizó la «segunda revolución», dirigida contra el dictador, con el apoyo de los ejércitos del Sur de China. Pero la rebelión fue derrotada tras varios meses de lucha. La causa principal del fracaso fue el apartamiento de los campesinos pues una vez más sus demandas no eran objetivo de la lucha.

Yuan Shi-kai, habiendo ganado en el terreno militar, declaró al Kuomintang fuera de la ley en todo el país. Aleccionado por su consejero oficial, el profesor norteamericano Frank Goodnow, extendió luego sus poderes presidenciales por medio del llamado Pacto Constitucional. Sun Yat-sen se vio de nuevo obligado a emigrar. A comienzos del año 1914 fundó en el Japón una nueva organización política, bien cohesionada y con mayor disciplina política, conocida por el nombre de

Chungjua Guemintang (Partido Revolucionario Chino), para preparar una vez más el derrocamiento de Yuan Shi-kai.

* * *

El estallido de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, provocó una nueva serie de acontecimientos. Los japoneses entraron a formar parte de las Potencias Aliadas; la única batalla que libraron con los alemanes tuvo lugar en suelo chino, en la provincia de Shandung, donde hicieron capitular al ejército del kaiser y a las fuerzas navales fondeadas en Chingdao. Así fue como el Japón introdujo sus tropas en una China dividida políticamente y se encontró en situación de actuar sin freno por parte de las potencias imperialistas, las cuales, con excepción de los Estados Unidos, estaban a la sazón muy ocupadas en Europa, en una lucha de vida o muerte, Para Tokio ya no se trataba de participar en el reparto de China; el Japón consideraba llegado el momento de hacer de toda China una colonia suya.

Esta fue la razón que impulsó al Japón a entrar en la guerra contra Alemania. La Sociedad del Dragón Negro, asociación militarista japonesa, lo explicó en un memorándum publicado en 1915. En él se decía:

> Cuando haya terminado la guerra europea y la paz haya sido restablecida, no nos preocupa tanto si es la Doble Monarquía (Alemania, Austria) o la Triple Inteligencia (Inglaterra, Rusia, Francia) la que sale victoriosa; nos preocupa la cuestión de si el Gobierno imperial del Japón, anticipándose a la futura expansión europea en los continentes europeo y asiático, debe o no vacilar en usar la fuerza para contener esta acción antes de que se produzca. Ahora es el momento más oportuno para que el Japón resuelva rápidamente la cuestión china. Una oportunidad semejante no se presentará en cientos de años.*

La tentativa más ambiciosa de aprovechar esta coyuntura se hizo a principios del año 1915. El 18 de enero, el embajador

*McNair, H. F.: *Modern Chinese History, Selected Readings.* Shanghai, 1927. En las págs. 759 a 766 se traduce el texto completo del memorándum.

japonés, en una dramática visita nocturna a Yuan Shi-kai, presentó a éste las infamantes «Veintiuna demandas» a China. Este oprobioso documento, mero trasunto de las condiciones que el Japón había impuesto a Corea antes de anexionársela, fue escrito en papel adornado con filigranas y dibujos de cañones y buques de guerra.

Las demandas se dividían en cinco grupos; sus rasgos fundamentales eran los siguientes:

I. El Gobierno chino accederá a todas las adquisiciones japonesas en la provincia de Shandung que puedan ser englobadas en un futuro tratado de paz con Alemania. Al Japón se le concederán de inmediato nuevos derechos sobre los ferrocarriles que estaban en Shandung fuera de la esfera de influencia alemana.

II. El Japón disfrutará durante 99 años del antiguo derecho de arriendo, de que gozaba Rusia, de Dairén y Puerto Arthur y del ferrocarril del Sur de Manchuria, capturado por aquél en la Guerra Ruso-japonesa de 1904-1905 (es decir, hasta los años 1997 y 2002, respectivamente); también disfrutará del derecho de arriendo de otros ferrocarriles de Manchuria, por el mismo plazo. La Manchuria del Sur y el este de la Mongolia Interior quedarán abiertas a las empresas japonesas; el Japón tendrá derecho de preferencia sobre las minas, los ferrocarriles y los empréstitos; así como a todas las funciones de asesoramiento o instrucción concedidas a los extranjeros en estas regiones en los aspectos político, financiero y militar.

III. Los talleres siderúrgicos de Janyeping, junto al río Yangtsé, la más importante empresa de la industria pesada china, se transformarán en un consorcio mixto, chino-japonés. China se comprometerá a no disponer de ninguna propiedad de esta empresa, ni permitirá que persona alguna, ya sea china o extranjera, abra nuevas minas en su vecindad sin el consentimiento del Japón.

IV. China no cederá ni arrendará ningún puerto, bahía o isla de su litoral a otra potencia que no sea el Japón.

El grupo V era el más secreto y denigrante de todos. Disponía que China había de utilizar los servicios de consejeros políticos, financieros y militares del Japón. Llegó hasta el extremo de estipular que «los departamentos policiales de los lugares importantes (de China) serán dirigidos conjuntamente por japoneses y chinos». Requería el establecimiento en China de un arsenal japonés; y que China adquiriera en el Japón la mitad de las municiones que necesitara. Más aún, se especificaba que se concederían al Japón los derechos a varios ferrocarriles del Sur del Yangtsé y se le daría preferencia de adquisición sobre cualquier mina, ferrocarril o astillero, en la provincia de Fuchién, frente a Taiwán (Formosa).

El Gobierno de Pekín mantuvo negociaciones sobre estas demandas hasta el mes de mayo. Mas luego, estremecido por un ultimátum con plazo de 48 horas, lo aceptó. Yuan Shi-kai, en lugar de hacer un llamamiento al sentimiento nacional del pueblo, reforzó más todavía el aparato represivo. También urdió un plan con el fin de convertirse en emperador; en su empresa contaba con la ayuda del diligente profesor norteamericano Goodnow, quien ya se había mostrado competente en la limitación de los pocos aspectos democráticos exteriores que le quedaban a la República.

Goodnow escribió un memorándum* que Yuan Shi-kai hizo circular profusamente por China, en el cual sostenía la necesidad de restaurar la monarquía. Comenzaba con el ofensivo alegato de que «en un país donde el pueblo es poco inteligente», un presidente no puede sustituir a otro presidente sin que se produzcan disturbios. Después pasaba a las amenazas:

> El capital y las fuerzas activas comerciales e industriales europeos... se inclinan más y más a insistir en que la paz debe conseguirse con el fin de que ellos puedan recibir lo que consideran justo beneficio por sus inversiones... Están cada día más dispuestos a llevar esta insistencia hasta el punto de llegar a la destrucción de la independencia política de las naciones transgresoras.

Por eso, concluía Goodnow, «para China es mejor una monarquía que una república».

No obstante, Goodnow hizo una reserva. Sus recomendaciones, escribía, sólo deben ponerse en práctica si «el cambio no encuentra una oposición tal . . . por parte del pueblo chino . . . que pueda dar lugar a desórdenes semejantes a los que con tanto éxito ha reprimido el Gobierno actual». En otras palabras, para este eminente académico representante de la república que había dado hombres como Washington y Lincoln, las formas de gobierno eran cosa secundaria; la eficacia contrarrevolucionaria era lo principal.

Siguiendo el consejo de Goodnow, pero haciendo caso omiso de su advertencia, Yuan Shi-kai tramó su propia «elección» como emperador. Había de ascender al trono el día de Año Nuevo de 1916. Pero una semana antes de esta fecha, un jefe militar llamado Tsai Ao, apoyado por otros jefes y oficiales, entre ellos Chu De, quien por aquel entonces era ya general de brigada, se sublevaron en la remota provincia de Yunnán. El dictador estaba tan desacreditado y la opinión pública sentía tal aversión por la monarquía que este acontecimiento produjo una desintegración espectacular del poder central, semejante a la de la revolución antimanchú de 1911. Yuan Shi-kai se vio obligado a retrasar su advenimiento al trono; y, por último, a desistir de su intento. Murió en junio de 1916.

Aunque el Gobierno de Pekín siguió languideciendo como dirigente formal, ya no tenía autoridad en parte alguna del país. La presidencia nominal, y el gobierno de la capital, iban pasando alternativamente a manos de los representantes de las dos pandillas de militaristas feudales de provincias en que se había escindido el ejército de Yuan Shi-kai. Una era la pandilla de la provincia de Anjuí, respaldada por el Japón. La otra era la camarilla de la provincia de Chili (hoy prov. Jobéi), apoyada por ingleses y norteamericanos. Algo más tarde apareció un tercer aspirante al Poder: la camarilla pro

*Todas las citas del memorándum de Goodnow proceden de la obra citada de McNair; aparecen en las páginas 743 a 746. McNair, tuvo que traducirlas del chino porque Goodnow dijo que el texto original inglés «no era asequible».

japonesa, llamadâ de Manchuria o Fengtien. De esta manera comenzó «el período de los caudillos militares». Reflejaba en el fondo la pugna entre las potencias imperialistas que se disputaban el Poder por medio de los grupos de aventureros chinos que financiaban y pertrechaban de armamento.

De estos grupos, el primero que se adueñó del Gobierno de Pekín fue la pandilla pro japonesa de Anjuí, encabezada por Duan Chi-yuei. Inmediatamente acordó los esclavizadores «Empréstitos Nishihara» por un total de 200 millones de yens japoneses. En agosto de 1917, cuando los Estados Unidos hubieron declarado la guerra a Alemania, esta pandilla declaró a su vez a China beligerante, del lado de los Aliados. La mayoría de los chinos consideraba que este paso no tenía nada que ver con los intereses reales del país. Estaba claro que no traería consigo ni siquiera la recuperación de los derechos de arriendo arrebatados por Alemania ya que las «Veintiuna demandas» habían conducido a la transferencia de tales derechos al Japón, el cual, a su vez, se había asegurado de ello por medio de un acuerdo con Inglaterra. El parlamento de la República china se opuso al principio a la participación en la guerra. Pero gracias al soborno de algunos diputados y a las brutales palizas propinadas a otros, se obtuvo por fin la mayoría necesaria para la participación en ella.

Sun Yat-sen, quien había regresado a China después de la muerte de Yuan Shi-kai, manifestó que la única guerra en la cual estaría justificada la participación de China sería la guerra contra toda ingerencia imperialista. Apoyó su protesta por medio de la creación de un Gobierno en Cantón, que se proclamó el único legal. Pero este paso no había sido preparado ni desde el punto de vista político ni en cuanto a su organización. Por lo cual, el Gobierno de Cantón no duró mucho tiempo.

La beligerancia formal de China condujo tan sólo a que las fuerzas gobernantes en Pekín se armaran para combatir a la oposición interior. No se enviaron tropas al extranjero, sobre todo porque los Aliados europeos se resistían a proporcionar

a los chinos la experiencia de disparar contra los «blancos», aunque éstos fueran enemigos. Sin embargo, fueron reclutados unos 200.000 campesinos y pobres de la ciudad para formar un «Cuerpo laboral chino» bajo mando inglés. Se les condujo, desarmados, a las zonas más inmediatas a lás líneas de fuego de Francia, para abrir trincheras y para enterrar a los caídos. Todo esto era prueba de que los «aliados» nominales de China sólo querían designar a ésta una función: la de lacayo servil en la contienda del amo.

Los Estados Unidos, enriquecidos por la guerra, se preparaban ya entre bastidores para ofrecerse a dominar toda China una vez vencida Alemania. Esto, naturalmente, no era del agrado del Japón, que abrigaba la misma ambición y quien ya había extendido enormemente su propia área de influencia mientras sus competidores estaban ocupados en otras partes. Inglaterra, la potencia imperialista más potente en China hasta 1914, iba siendo desplazada por Norteamérica y el Japón y obligada, en cierta medida, a maniobrar entre uno y otro país.

Sin embargo, antes de la firma del armisticio, se evitó que el conflicto en gestación saliera a la superficie. Por el contrario, como el Japón amenazara abandonar la guerra o cambiar de campo beligerante, Inglaterra y Norteamérica comenzaron a hacer concesiones. La primera de ellas garantizaba al Japón la provincia de Shandung y las islas del Pacífico antes pertenecientes a Alemania. Los Estados Unidos, tan sólo dos meses después de haber arrastrado a China a la guerra mediante insinuaciones de apoyar las demandas de ésta al firmarse la paz, también la traicionaron sin el menor escrúpulo. En el cínico Acuerdo Lansing-Ishii, del 2 de noviembre de 1917, pusieron su firma a la proposición de què «la proximidad territorial crea relaciones especiales entre los países» y, por consiguiente «los Estados Unidos reconocen que el Japón posee intereses especiales en China, particularmente en aquella parte contigua a sus posesiones». El Acuerdo Lansing-Ishii estaba dirigido no sólo contra China sino también contra Rusia, entonces sumida en las angustias de la revolución. Las

zonas de China en las que Norteamérica reconocía los «intereses especiales» del Japón eran las más próximas a la frontera rusa.

De esa manera, incluso cuando China era «aliada», los imperialistas beligerantes continuaron su política de reparto. Fue una vejación más a añadir a la serie de vejaciones y agravios que los patriotas chinos acumulaban en sus pechos durante casi ochenta años. Al mismo tiempo, la guerra trajo consigo para China importantes cambios económicos y sociales que condujeron a nuevas formas de lucha.

Por un lado, el relajamiento temporal de la presión política de Europa sobre China favoreció la expansión japonesa. Por otra parte, el relajamiento de la presión económica llevó al desarrollo, con un ritmo sin precedentes, de la industria china, y con ello, de los capitalistas chinos y de la clase obrera china.

Aunque China no pudo superar el déficit de su balance comercial ni siquiera en este período, el exceso de sus importaciones sobre sus exportaciones descendió de 134 millones de dólares, en 1914, a 22 millones, en 1919. El número de husos de las fábricas algodoneras de propiedad china pasó de 651.676, en 1913, a 1.173.012 en 1919. También aumentó mucho la molienda de harinas (China importó en 1914 unas 15.000 toneladas de harina más de las que exportó; pero en 1918 exportó 15.000 toneladas más de las que adquirió). Al estallar la guerra no había más que 15 bancos de propiedad china; en 1919 existían 57.

Además de las nuevas empresas industriales fundadas por el capital chino, una serie de fábricas fueron construidas por los japoneses; la capacidad de producción de las fábricas existentes fue utilizada al máximo. Como consecuencia, la clase obrera china creció a un ritmo mayor que la industria de propiedad china y la instalada en China por extranjeros, tomadas en conjunto. Entre 1914 y 1919, el número de obreros pasó de alrededor de un millón a tres millones. Tal incremento de la clase obrera estaba ligado a la lucha por mejorar la situación material del proletariado; y ésta, a su vez, no

podía menos que tener su manifestación política. Este era un hecho nuevo, de la mayor importancia social y política.

Debemos señalar, por último, que la expansión del capitalismo chino en los tiempos de la guerra era muy unilateral, limitado exclusivamente a la industria ligera. No había nada comparable en las industrias básicas (metalurgia, máquinas, minería). Al contrario, como ya dijimos, el Japón se había asido con mayor fuerza aún a lo poco que en este terreno tenía China. Por tanto, la economía china no logró salir del semicolonialismo y encaminarse hacia la verdadera independencia. La naciente burguesía nacional no podía conformarse con tal situación.

Expresión de estos acontecimientos era la efervescencia intelectual sin precedentes que se observaba en China durante la guerra. La revista *Nueva Juventud,* que vio la luz en 1915, dirigió una crítica mordaz contra la ética de Confucio, contra el sistema familiar patriarcal, y contra toda la superestructura social y filosófica del feudalismo chino. Lanzóse una campaña por el «renacimiento literario», uno de cuyos aspectos fue la insistencia en la utilización en la literatura, del lenguaje *bai juá,* es decir, del «lenguaje sencillo», o sea, del lenguaje hablado corriente. Esto era una cosa esencial si las nuevas informaciones y las nuevas ideas habían de hacerse llegar al pueblo. Hasta entonces, todo lo escrito, incluso en la prensa, se había expresado en el lenguaje clásico chino, que viene a ser con relación a la lengua corriente hablada en China lo que el latín es en comparación con el italiano moderno; así, quien no poseyera una instrucción superior no podía entender lo escrito si se lo leían, y mucho menos leerlo él mismo. En este movimiento, el escritor Lu Sin, «el Gorki chino», y el novelista Mao Dun, actual ministro de Cultura de la República Popular China, empezaron su labor de iniciadores de una nueva literatura democrática y revolucionaria.

Los estudiantes universitarios y los alumnos de escue las secundarias, cuyo número había aumentado con rapidez en esos años, rechazaban todo lo viejo y examinaban con afán

toda idea nueva surgida en China o fuera de ella. Hacia 1917 existían no menos de 300 periódicos estudiantiles, la inmensa mayoría de los cuales aparecían escritos en el lenguaje sencillo. Surgieron numerosas organizaciones juveniles y círculos de estudio; una de ellas fue la Nueva Sociedad de Estudios Populares, dirigida por Mao Tse-tung en la provincia de Junán; otra fue la Sociedad del Despertar, de Tientsín, uno de cuyos dirigentes era Chou En-lai. En el movimiento de los nuevos intelectuales se fue formando gradualmente un ala derecha y otra izquierda; los primeros persistían en limitarse a cuestiones culturales «apolíticas»; los del ala izquierda buscaban la clave de la transformación radical de la sociedad china en los terrenos político, económico y cultural.

Los cambios de la sociedad y del pensamiento de China, operados durante la Primera Guerra Mundial y después, fueron mucho más profundos y de mayor importancia que todas las transformaciones habidas desde la Guerra del Opio hasta entonces. Constituyeron la base de los nuevos acontecimientos revolucionarios, en comparación con los cuales la Revolución de 1911, aun con su gran significado al haber puesto término a una monarquía dos veces milenaria, fue sólo un disturbio superficial. La conciencia patriótica nacional era de un espíritu muy elevado. Todas las fuerzas nuevas que se desarrollaban querían acabar con los tratados desiguales que menoscababan la soberanía de China. Comprendían muy bien que si estos tratados seguían en vigor, después de la guerra permitirían a los imperialistas el usar de sus privilegios políticos y económicos con objeto de frustrar todo progreso de China.

La demanda general de que terminara la situación subordinada de China obligó incluso al Gobierno de Pekín, compuesto de caudillos militares, a tomar una posición clara en este asunto. No tuvo más remedio que dar instrucciones a la delegación china en la Conferencia de la Paz de Versalles, orientadas a que tratara de conseguir para China una situación de igualdad con las demás naciones, basándose en el

derecho a la autodeterminación nacional, en otros principios liberales proclamados por el Presidente Wilson en sus «Catorce Puntos» y en distintas declaraciones de los Aliados. Se propuso concretamente lo siguiente:

— Abolición de las esferas de influencia extranjeras.

— Retirada de China de los ejércitos extranjeros.

— Poner fin a los derechos de extraterritorialidad para los extranjeros.

— Devolución a China de todas las zonas arrendadas y de las concesiones.

— Restablecimiento de los derechos de aduanas de China, de manera que pudiera ponerse fin al tope del 5%.

— Cancelación de las «Veintiuna demandas» del Japón, de 1915.

Todas estas justas pretensiones fueron rechazadas. En su lugar, el Artículo 156 del Tratado de Paz de Versalles confirmaba y legalizaba la conquista de la provincia de Shandung por los japoneses. Lo cual fue garantizado por los Cuatro Grandes de la Conferencia: el Presidente Wilson, de los Estados Unidos; Lloyd George, Primer Ministro de la Gran Bretaña; Clemenceau, Primer Ministro francés; y Orlando, Primer Ministro de Italia. He aquí su bárbara formulación:

> Los territorios que rodean la bahía de Chiaochou, los ferrocarriles, líneas telegráficas y minas de Shandung, y otros privilegios enumerados en el Tratado Chino-germano de marzo de 1898, serán cedidos al Japón.
>
> Los derechos alemanes sobre los ferrocarriles, líneas de comunicación principales y sus ramales, propiedades, estaciones, edificios y otros inmuebles, y minas, serán entregados al Japón.
>
> Los cables entre Chingdao y Formosa pasarán al poder del Japón incondicionalmente.

Esa fue la bofetada que recibió China al fin de una guerra llevada bajo las consignas de «autodeterminación de las na-

ciones», y de «garantizar la democracia en el mundo». Dentro de China provocó un movimiento sin precedentes por sus proporciones. Puso a todas las nuevas fuerzas de la sociedad china frente al imperialismo mundial y a sus agentes chinos.

XI

EL MOVIMIENTO DEL CUATRO DE MAYO DE 1919

COMIENZA LA REVOLUCION DE LA NUEVA DEMOCRACIA

El 4 de mayo de 1919, los estudiantes pekineses se manifestaron ante los edificios del Gobierno en el preciso momento en que los ministros departían amistosamente con los diplomáticos japoneses. La policía recibió a tiros a los manifestantes, muchos de los cuales fueron detenidos; a consecuencia de ello, una gran ola de protestas recorrió toda China. La juventud estudiantil, decidida a no vivir como sus padres, en un país esclavizado, se alzó por doquier. Hasta los chinos que estudiaban en el Japón desfilaron por las calles de Tokio, donde la caballería cargó contra ellos. La burguesía nacional declaró boicots. Los obreros de Shanghai, los trabajadores de las minas de Kailuan, de propiedad inglesa, y los ferroviarios de la línea Pekín-Jankou se lanzaron a la huelga, la primera que registra la historia de China.

El Gobierno, atemorizado por tamaña tempestad de protestas, se vio obligado, a principios de junio, a poner en libertad a los estudiantes detenidos. Estos, orgullosos de su victoria, se negaron a abandonar la cárcel mientras no hubieran dimitido los funcionarios responsables, si no se proclamaba el derecho a manifestarse libremente, y mientras las autori-

dades no presentaran públicamente sus excusas. El Gobierno, tratando de apaciguar la indignación general, hizo que varios policías se disculparan ante los detenidos, y hasta llegó a poner automóviles a disposición de éstos cuando fueron libertados. El 28 de junio dimitieron los ministros que habían provocado las manifestaciones. China anunció que no firmaría el tratado de Versalles.

El Movimiento del Cuatro de Mayo fue un punto culminante de la revolución china. Se produjo después, y a consecuencia, de la Revolución rusa de Octubre, revolución que había transformado el mundo al sustituir, en la sexta parte del Globo, el poder del imperialismo por el de la clase obrera. Los revolucionarios chinos habían perdido las ilusiones en el que fue su ideal: la democracia capitalista de Occidente. Las naciones que profesaban este ideal no sólo habían intervenido en la gran carnicería imperialista de la Primera Guerra Mundial, sino que además, para celebrar su triunfo sobre las monarquías de Alemania, Austria y Turquía, traicionaron a China de la manera más vil y más hipócrita. Si tanto la monarquía como la república parlamentaria eran formas de gobierno con las cuales el pueblo resultaba siempre engañado y desangrado, los chinos se preguntaban: ¿A dónde dirigirse? ¿Dónde encontrar aliados?

Como dijimos antes, Marx y Lenin, los grandes pensadores, los dirigentes de la clase obrera mostraron calurosa simpatía por las primeras luchas del pueblo chino, y las comprendieron. Pero en aquel momento, los trabajadores de los países capitalistas no estaban en condiciones de ofrecer su ayuda. El pueblo chino no tenía noticia de dichas expresiones de simpatía; ni tampoco había pensado en los obreros del mundo como posibles aliados en la lucha contra el imperialismo, explotador de éstos y de aquél.

Pero en 1919 las cosas se presentaban de distinta manera. El marxismo-leninismo había tomado forma material a las mismas puertas de China, en la Rusia Soviética donde la clase

obrera se había adueñado del Poder. El pueblo chino pudo entonces juzgar por la fuerza de los hechos.

Estos hechos eran palpables e inequívocos. Mientras las victoriosas potencias aliadas tramaban la esclavización de China, el Gobierno soviético renunciaba incondicionalmente a todos los privilegios acordados con anterioridad al zarismo ruso en tierra china. Renunció asimismo voluntariamente a todos los tratados desiguales: extraterritorialidad, concesiones, indemnizaciones, y al «trato de nación más favorecida».

Además, el pueblo chino vio cómo sus vecinos rusos no sólo derrocaban a «sus propios» imperialistas sino cómo, por añadidura, sacaban fuerzas suficientes para desbaratar la intervención armada de todo el mundo imperialista. Tanto los gobiernos de los EE. UU., Inglaterra, Francia y el Japón, que durante la Primera Guerra Mundial lucharon en un mismo campo, como el Gobierno de Alemania, que luchó en el otro, enviaron sus tropas a Rusia para tratar de aplastar a los Soviets, y llenaron el aire de fulminaciones varbales contra el bolchevismo. Hasta el Gobierno militarista de China participó en la cruzada antisoviética. Los chinos patriotas, decididos a conseguir la independencia nacional y el progreso de China, vieron con claridad que si todos sus antiguos enemigos se habían agrupado de una parte, el derecho y la justicia tenían que estar de la otra. Y de día en día se extendió más entre ellos la conclusión de que los únicos amigos con quienes podían contar en el exterior eran los obreros y el Estado de la clase obrera.

Este fue el primer reflejo en la conciencia política de los chinos del hecho histórico decisivo, definido entonces por Stalin, de que el derrocamiento del capitalismo en Rusia había «dado lugar a una nueva cadena de revoluciones contra el imperialismo mundial, que se extendía desde los proletarios de Occidente, a través de la Revolución rusa, hasta las naciones oprimidas de Oriente.*» Los acontecimientos subsi-

*J. Stalin: *El carácter internacional de la Revolución de Octubre*, 1918.

guientes a la Primera Guerra Mundial iniciaron este proceso. Los que han seguido a la Segunda Guerra Mundial lo impulsan mucho más hacia su culminación.

Las revoluciones del Oriente colonial y semicolonial, que siguieron a la Primera Guerra Mundial, fueron, sin la menor duda, revoluciones democrático-burguesas, no socialistas. Tenían por tarea la destrucción de las relaciones feudales en el interior de cada país; con todo, eran muy diferentes de las revoluciones burguesas «clásicas» de Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX. La persecución de sus propósitos no podía dejar de ponerlas en conflicto con el imperialismo, con el capitalismo mundial del siglo XX. Este capitalismo había sido ya derrotado por la revolución socialista en lo que fue el Imperio ruso; capitalismo combatido en toda Europa por las fuerzas socialistas de la clase obrera.

Así pues, las nuevas revoluciones eran las aliadas del socialismo naciente. En tales circunstancias, no podían ser conducidas hasta la victoria por la burguesía de cada país, la cual estaba condenada a vivir, más que nunca, presa de la contradicción existente entre los intereses nacionales, opuestos a los del imperialismo, y su carácter de clase, que la hacían temer a su propia clase obrera. Estas revoluciones sólo podrían cumplir su misión antifeudal y antiimperialista si la clase obrera tomaba la dirección, al frente de los campesinos y de todo el país. Esta sería la transición a la etapa siguiente, la de la implantación del socialismo.

Tal es el sentido del siguiente planteamiento de Mao Tse-tung:

«Sin embargo, después de comenzar la Primera Guerra Mundial imperialista, en 1914, y después de la fundación de un Estado socialista en una sexta parte del mundo a consecuencia de la Revolución rusa de Octubre de 1917, se produjo un cambio en la revolución democrático-burguesa de China.

Antes de estos acontecimientos, la revolución democrático-burguesa de China pertenecía a la misma categoría que la antigua revolución mundial democrático-burguesa, y era una parte de esta revolución.

Después de estos acontecimientos, la revolución democrático-burguesa de China cambia de carácter y pertenece a la categoría de la nueva revolución democrático-burguesa y, en lo que atañe al frente revolucionario, forma parte de la revolución mundial proletaria y socialista.»*

*Mao Tse-tung: *Acerca de la nueva democracia,* 1940.

XII

LA CLASE OBRERA APARECE EN LA ESCENA POLITICA (1921-1923)

Entonces empezó a tomar forma una nueva dirección de la revolución china. En todo el país hubo intelectuales patriotas que se orientaron hacia el estudio de las ideas marxistas como medio de hacer progresar a China. Tiene la mayor significación histórica el hecho de que el marxismo llegara a China no a través de la versión adulterada de los viejos partidos y sindicatos socialistas de la II Internacional sino como el marxismo-leninismo revolucionario que había sido aplicado de manera efectiva por los comunistas rusos para derrocar al imperialismo en su país. Mao Tse-tung escribió a este propósito:

> «Las salvas de la Revolución de Octubre nos trajeron el marxismo-leninismo. La revolución de Octubre contribuyó a que los hombres progresivos de China y de todo el orbe adoptaran la concepción del mundo proletaria como instrumento para inquirir el futuro de una nación o para repensar los problemas propios. Seguir el camino de los rusos, esa fue la conclusión.»*

Los marxistas chinos, aunque poco numerosos de momento, desempeñaron un papel importante en el Movimiento del Cuatro de Mayo. Contribuyeron a éste con la consigna de «¡Abajo el imperialismo!», que contenía ideas nuevas, pues

*Mao Tse-tung: *Sobre la dictadura de la democracia popular, 1949.*

expresaba una concepción distinta de la encerrada en otras consignas parciales, como por ejemplo en la de «¡Abajo el Tratado de Versalles!».

Después del Movimiento del Cuatro de Mayo, el número de los marxistas se acrecentó con rapidez. Se formaron grupos comunistas en Pekín (Li Da-chao y otros), en Shanghai, en Jankou (Dung Bi-wu y otros), en Changshá (encabezado por Mao Tse-tung), en Chinán, Jangchóu y entre los estudiantes chinos del extranjero (como el de Chou En-lai y otros, en París).

El 1 de julio de 1921 se fundó el Partido Comunista de China y éste celebró, en Shanghai, su Primer Congreso. La formación de un partido basado en la clase obrera china y en la defensa de los intereses de ésta permitió que las luchas del pueblo chino, las cuales por mucho tiempo habían sido espontáneas u organizadas sólo en parte, se transformaran en luchas conscientemente revolucionarias, guiadas por el análisis y la previsión marxista-leninista. Se creó el estado mayor de una clase fundamental que en el pasado no había participado en la vida pública pero representaba el futuro a escala mundial.

La falta de esta dirección había conducido al fracaso de todos los levantamientos anteriores del pueblo chino, por muy heroicos e inmensos que fueran. Los Taiping y los «boxers» corrieron la misma suerte que todas las guerras puramente campesinas. En el período 1911-12, la burguesía china había mostrado su debilidad y su incapacidad de terminar lo que había iniciado. Ahora, por fin, la revolución antiimperialista y antifeudal de China tomaba la senda que había de conducirla al triunfo. Pero, antes de alcanzarlo, al pueblo chino le quedaban cerca de treinta años de tremendas batallas.

Sin embargo, los imperialistas también reagrupaban sus fuerzas mientras tanto, sobre la base del equilibrio mundial de las potencias, resultante de la guerra. Por medio de combinaciones y métodos nuevos, reanudaron su lucha por el control de los recursos naturales y de la población de China.

Los Estados Unidos habían salido de la guerra como potencia imperialista dirigente. Usaron de su nueva fuerza para obligar al Japón a renunciar a las conquistas realizadas por éste en China durante la guerra. Ordenaron asimismo la abrogación de la alianza anglo-japonesa. El cambio operado en la correlación de fuerzas y el intento de restablecer en China sobre esta base un frente común imperialista, se reflejaron en los tratados concertados en la Conferencia de Washington por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, conferencia celebrada desde noviembre de 1921 a febrero de 1922.

En uno de estos tratados, en el llamado Pacto de las Nueve Potencias, el conocido principio de la «puerta abierta en China» fue una vez más suscrito por los Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Francia, Italia, Holanda, Portugal, Bélgica, y también por el Gobierno militarista de Pekín. Este pacto fue considerado como un golpe maestro de los Estados Unidos. So capa de conceder a China «derechos de igualdad» como participante, obligó a ésta a reconocer «voluntariamente» el derecho de penetración en su territorio no a una sola potencia extranjera (como en las Veintiuna Demandas del Japón) sino a muchas, entre las cuales era ahora Norteamérica la más fuerte económica y políticamente.

Al mismo tiempo, se creó un consorcio bancario americano-británico-franco-japonés, para las inversiones en China, que mostró claramente cómo el tratado era un instrumento de la finanza mundial. En esta combinación dominaban los banqueros norteamericanos (papel desempeñado antes por los ingleses). Un objetivo inmediato de sus organizadores yanquis era la penetración financiera en el área de influencia japonesa en Manchuria. Esta región tenía para el imperialismo norteamericano un interés triple: como rico campo de explotación, como base para el dominio sobre China, como base militar contra la Rusia soviética.

Los tratados de Washington y el mencionado consorcio bancario aparecían al exterior como «acuerdos internacionales».

Pero los acontecimientos mostraron bien pronto que eso era un puro embuste. Cada grupo imperialista comenzó a buscar caudillos militares a él adictos, con el fin de intentar el control del país por la vía de las armas.

Cada caudillo recibió de su correspondiente sostenedor gran cantidad de armas, sobrantes de la Primera Guerra Mundial o trofeos de guerra tomados a los derrotados alemanes y austríacos. Estas armas empezaron pronto a disparar.

El Japón pertrechó de armamento a Chang Dsuo-lin, su nuevo candidato a «hombre fuerte de China», un caudillo militar de la pandilla de Fengtien. Ingleses y norteamericanos procedieron de la misma manera con Wu Pei-fu, su protegido, de la pandilla de Chilin. Después, a lo largo de varios años, los ejércitos mercenarios combatieron entre sí y devastaron los distritos rurales sólo para dilucidar cuál de los imperialistas iba a sacar mayor ventaja en la expoliación del país.

Aparentemente, China parecía encontrarse, pues, más desintegrada y débil que nunca. El oleaje de protestas de masas, que caracterizó las manifestaciones del Cuatro de Mayo, se había calmado de momento. Y sucedió así porque estas protestas provenían de una causa específica, de la firma del Tratado de Versalles, aún no estaban ligadas a ningún programa de conjunto de la revolución china. Mas, a pesar de que los titulares de los periódicos, con objeto de desorientar, no se referían más que al auge de este o de aquel caudillo militar, se iba gestando un proceso inevitable. El Partido Comunista empezaba a organizar a la clase obrera. Basta un hecho como prueba de cuán madura estaba la situación para este proceso. Cuando el Partido celebró su Primer Congreso sólo contaba 50 miembros; ahora se había convertido ya en la fuerza ideológica dirigente de los trabajadores, posición que en adelante no iba a disputarle ninguna otra influencia política. Y fue la clase obrera la que, después del Cuatro de Mayo, libró las primeras batallas de importancia contra el imperialismo.

Las acciones de masas de la clase obrera china fueron, desde el primer momento, tanto políticas como económicas. La falta total de derechos democráticos — y la triple opresión, del imperialismo, del régimen semifeudal y del capitalismo — no permitían el desarrollo legal de los sindicatos. Ni tampoco podía surgir en esas condiciones una capa social de «aristocracia obrera» especializada, bien retribuida, que condujera el movimiento por los cauces del reformismo.

Durante el año 1918, sólo 6.000 obreros participaron en el movimiento huelguístico de China. En 1919, cuando aún no existía un partido político de la clase obrera, los ferroviarios, los metalúrgicos, los maquinistas, los obreros del arte de imprimir y los tranviarios se echaron a la calle en apoyo de las demandas nacionales del Cuatro de Mayo. El número de huelguistas ascendió a 100.000. En 1922, un año después de formarse el Partido Comunista y de que éste hubiera entrado en contacto con los trabajadores a través de las sociedades de beneficencia, los clubs y las escuelas nocturnas, 300.000 obreros abandonaron el trabajo.

En enero de aquel mismo año, unos 60.000 marineros y obreros del puerto de Hongkong mantuvieron una huelga durante ocho semanas para exigir aumento de jornal, con la cual interrumpieron todo tráfico portuario en esta posesión directa del imperialismo británico. Su lucha fue apoyada por los ferroviarios, desde Cantón, en la China del Sur, hasta Mukden, en el Nordeste (Manchuria); éstos formaron comités de solidaridad, recaudaron fondos y los remitieron a los huelguistas. Esta huelga, se extendió a todos los oficios de Hongkong antes de terminar; y las tropas británicas, desplegadas a lo largo de la costa, dispararon contra los obreros que trataban de abandonar la colonia. Así, descubrieron a la vista de todos el talón de Aquiles del imperialismo, su incapacidad de existir sin la explotación de los obreros.

El resultado de la huelga constituyó otra lección más. Ninguna otra lucha, ni de los campesinos de China cuando actuaron solos, ni de los capitalistas chinos había podido arrancar

al imperialismo la mínima concesión. Pero los marineros con su lucha resuelta y unidos a otros trabajadores de Hongkong, consiguieron un aumento de jornal del 15 al 30%, la legalización de su sindicato, anteriormente puesto fuera de la ley por una disposición del gobernador británico.

Durante el resto del año 1922 se registraron por toda China huelgas y campañas de organización.

Los trabajadores exigían jornales dignos de un hombre. Los obreros especializados de Shanghai ganaban mensualmente una cantidad equivalente a 6 dólares norteamericanos; los peones, 4; mujeres y jóvenes, mucho menos aún.

Luchaban por la jornada de 8 a 10 horas; pues en las industrias mecánicas, por ejemplo, la jornada llegaba a ser de 14 a 17 horas.

Luchaban por el reconocimiento legal de sus sindicatos. Las organizaciones obreras, así como toda interrupción del trabajo, eran ilegales según las leyes del Gobierno de Pekín.

La dirección de los obreros, en la inmensa mayoría de los casos, estaba en manos de comunistas perspicaces e insobornables. Mao Tse-tung se dedicó a organizar a los obreros de la provincia de Junán. Liu Shao-chi dirigió, en 1922, una huelga de mineros y ferroviarios de Pingsiang, en la provincia de Chiangsí.

Las masas obreras de China se mostraron dispuestas a luchar y morir antes que soportar el infierno de unas condiciones increíblemente duras y la carencia de los derechos más elementales. Emprendieron una guerra a muerte precisamente contra ese estado de cosas que hacía del país un paraíso de jornales bajos para el capital extranjero, y contra los militaristas chinos, quienes, para mantener esas «ventajas», estaban dispuestos a matar.

El principal campo de batalla de las clases en conflicto no se encontraba en las industrias ligeras, donde el capitalismo nacional estaba más desarrollado, sino en los ferrocarriles, en las empresas navieras y en sus talleres de reparaciones subsidiarios, y en las minas, empresas que constituían el me-

canismo a través del cual toda China, incluso el campo, era tributaria de las potencias imperialistas. Ese era el terreno donde dominaban los intereses del imperialismo, en la más estrecha ligazón con los de los caudillos militares. Allí era también donde la clase obrera estaba más concentrada y en situación más favorable para establecer contactos y unidad de acción a escala nacional. Allí era, por otro lado, donde los obreros podían sentir el apoyo de otros sectores de la población, incluso de parte de la burguesía nacional que también sufría las consecuencias del control extranjero sobre los medios de comunicación y las empresas básicas. Todos estos factores condujeron a una violenta colisión con el imperialismo. Además, revelaron a un número cada día mayor de patriotas conscientes que la clase obrera había pasado a la vanguardia de la lucha general contra la esclavización del país.

La inevitable batalla se libró en el ferrocarril Pekín-Jankou, dominado por los ingleses y controlado a la sazón por el caudillo militar Wu Pei-fu, a manos del cual pasaba aquella parte de los beneficios que no recibían los accionistas extranjeros, cómoda manera de prestarle ayuda económica para el sostenimiento de su ejército.

En agosto de 1922, los obreros de los Talleres de reparación de locomotoras y vagones de Changsindien, cerca de Pekín, agrupados alrededor de su club y su escuela nocturna, centros organizados por los comunistas, lucharon por obtener, y obtuvieron, la jornada de 8 horas, el pago del jornal en los días de descanso, una subida de jornales, y otras ventajas; esta victoria fue seguida de la organización de sindicatos en otras estaciones. El 1 de febrero de 1923 se celebró en Chengchou la sesión inaugural del sindicato único de toda la línea, acontecimiento publicado por la prensa y comunicado a la dirección del ferrocarril.

La dirección concedió su permiso, pero pidió secretamente a Wu Pei-fu que enviara tropas para acordonar el local de la reunión. Los delegados y los ferroviarios de la localidad, indignados por semejante traición, rompieron el cordón de

soldados y proclamaron la fundación del sindicato; las oficinas de éste fueron asaltadas y destruidas por las tropas aquella misma noche. Entonces el sindicato hizo un llamamiento a la huelga general. Las demandas eran las siguientes: Primera, dimisión del director de la sección norte de la línea, nombrado por el jefe militar, que había faltado a su palabra; dimisión del jefe de policía de Chengchou. Segunda, indemnización por los perjuicios ocasionados al sindicato y devolución de sus banderas, que habían sido confiscadas. Tercera, explicaciones por la incursión realizada en los locales del sindicato. Y cuarta, pago del jornal de domingos y días festivos a todo el personal ferroviario.

La huelga general transcurrió disciplinadamente y fue efectiva por completo. Ni un solo tren de la línea se puso en movimiento. Sin embargo, los pasajeros no sufrieron el menor daño pues el comité de huelga les proveyó de alimentos y alojamiento, y aquellos cuyo punto de destino se encontraba cerca fueron transportados hasta él por otros medios.

Los representantes diplomáticos de los EE. UU., Inglaterra y otras potencias, asustados ante aquella demostración del poderío de la clase obrera, enviaron una nota conjunta al Gobierno de Pekín. Exigían en ella la inmediata terminación de la huelga, bajo el pretexto de que ponía en peligro el reintegro de los empréstitos extranjeros con los cuales había sido construido el ferrocarril.

Wu Pei-fu envió tropas para ocupar los locales provisionales que el sindicato había instalado en Chiangan, cerca de Jankóu. Los ferroviarios opusieron una larga y enérgica resistencia, con armas arrancadas a los propios soldados. Entre los dirigentes obreros que fueron detenidos había dos comunistas: Lin Siang-chien, presidente de una de las secciones del sindicato; y el intelectual Shi Yang, consejero jurídico del mismo. Se les conminó a que hicieran un llamamiento instando a los obreros a volver al trabajo, a lo cual se negaron, indignados. En vista de ello, Lin fue fusilado y Shi murió a consecuencia de las torturas de que fue objeto. El 7 de febrero, las tropas

dispararon contra la masa de huelguistas en Changsindien, punto de origen de la organización sindical; mataron a cuatro e hirieron a varias decenas.

Esta matanza provocó una gran indignación en todo el país. Miles de personas, de todas las capas sociales, acudieron a las honras fúnebres de las víctimas, que tuvieron lugar en el propio Pekín. Se declararon huelgas de protesta en otras cuatro líneas ferroviarias, en el centro siderometalúrgico de Janyeping, dominado por los japoneses, y en otras empresas industriales. Los ferroviarios huelguistas siguieron resistiendo y no se reintegraron al trabajo mientras no lo ordenó el sindicato.

El 7 de febrero de 1923, día del momento álgido de la lucha huelguística, marca, despues del Cuatro de Mayo de 1919, el siguiente punto crucial del desenvolvimiento de la revolución china.

Ju Chiao-mu, en su libro *Treinta años del Partido Comunista de China,* enumera las enseñanzas del «Siete de Febrero». Dice así:

Demostró el rápido desarrollo de la fuerza organizada y de la iniciativa revolucionaria de la clase obrera, y realzó en gran manera ante todo el pueblo chino el prestigio político de la clase obrera y del Partido Comunista de China.

Al mismo tiempo, demostró que si la clase obrera carece de fuertes aliados y de sus propias fuerzas armadas, no puede derrocar a los reaccionarios, eficientemente armados, cuando no existen ni asomos de derechos democráticos.

Los hechos enseñaron al Partido y a la clase obrera que, para alcanzar la victoria de la revolución china, era necesario formar una alianza antiimperialista y antifeudal con los campesinos, quienes constituían el 80% de la población del país; con las decenas de millones de la pequeña burguesía urbana; y con aquellos elementos democráticos de la burguesía deseosos de oponerse al imperialismo y al feudalismo. Enseñaron también que a la contrarrevolución armada había que oponer la revolución armada.

XIII

FORMACION DEL FRENTE UNICO REVOLUCIONARIO (1923-1925)

El Partido Comunista, en su Manifiesto del Segundo Congreso (mayo de 1922), ya había hecho un llamamiento a la lucha, sobre una amplia base, «para terminar la guerra civil, derrocara a los caudillos militares y establecer la paz interior; terminar con la opresión del imperialismo internacional y alcanzar la independencia total de la nación china; unificar a toda China en una auténtica república democrática.» A pesar de que este Manifiesto no subrayó la importancia de la clase obrera como dirigente de la revolución ni formuló un programa claro de entrega de tierras a los peones agrícolas y a los campesinos pobres, era, con mucha diferencia, la exposición más clara que hasta entonces había tenido el pueblo chino de sus anhelos y de las perspectivas de su lucha.

Un año más tarde, el Tercer Congreso del Partido, celebrado después de los Acontecimientos del Siete de Febrero, dio pasos concretos hacia la creación de la tan necesaria alianza revolucionaria. Precisó que la clase obrera no estaba sola ni tenía que luchar sola contra los imperialistas y los caudillos militares.

Los campesinos, sumidos en la indigencia por las exacciones de los caudillos militares y por la depreciación de los productos agrícolas, se sublevaron, en 1922, en distintas regiones del

Norte de China. En el Sur se formó la primera unión campesina, con 200.000 miembros, dirigida por el comunista Peng Bai.

La burguesía nacional había quedado demasiado quebrantada después de su breve resurrección del tiempo de guerra. No sólo soportaba como antes la presión del imperialismo y de la burocracia sino que además sobre ella pesaba la depresión económica iniciada en 1921 y la destrucción virtual del mercado interior a consecuencia de las luchas intestinas entre militaristas. En vista de lo cual, el Partido propuso al Kuomintang la formación de un frente único de acción, sobre la base de un programa común. El Kuomintang estaba de nuevo dispuesto a luchar, dado el aprieto en que se encontraba la burguesía nacional; pero no podía proceder de una manera efectiva porque nunca había conseguido establecer contacto con los trabajadores de la ciudad y del campo.

La propuesta de una acción conjunta con los elementos capitalistas tiene por fundamento el principio leninista de la diferencia esencial existente entre la revolución en los países imperialistas, donde la burguesía oprime al pueblo del país respectivo y al de los otros países, y la revolución en los países coloniales y dependientes, donde también la burguesía es oprimida por el imperialismo. Lenin precisó que, en tales circunstancias, los comunistas deben «apoyar los movimientos liberadores de la burguesía en los países coloniales, pero sólo cuando estos movimientos sean auténticamente revolucionarios y cuando sus representantes no obstaculicen nuestra labor de educación y organizadora de los campesinos y de las masas explotadas en un sentido revolucionario.»*

Esa era la situación entonces existente en China, que dio un impulso sin precedentes al movimiento revolucionario nacional.

---

*V. I. Lenin: *Informe sobre la cuestión nacional y colonial;* presentado ante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, el 26 de julio de 1920.

Al frente del Kuomintang se encontraba en aquel tiempo Sun Yat-sen, el incorruptible patriota, quien, a pesar de sus muchos errores y equivocaciones, nunca dejó de ser un luchador ni perdió su capacidad de aprender de los acontecimientos. Desde hacía tiempo había comprendido que sólo por medio de la lucha armada revolucionaria se podía superar en China el caudillismo de los militares y unir a todo el país. Pero creía necesario tomar como instrumento un ejército existente, por lo cual trató de aliarse con el caudillo militar «más patriota». Partiendo de esta concepción unilateral, menospreció las posibilidades revolucionarias del Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919, movimiento antiimperialista de masas. Además, tardó mucho tiempo en comprender la verdadera naturaleza del imperialismo. En un libro titulado *El desarrollo internacional de China,* trató de persuadir a los capitalistas extranjeros de que, después de la Primera Guerra Mundial, podían evitar la crisis económica si comerciaban con una China unida y soberana, empeñada en su propia reconstrucción, en vez de intentar mantenerla aislada y de eliminarla como mercado al esforzarse por ejercer sobre ella el dominio político. Pero el razonar de esta manera antes de que la existencia de una China fuerte y soberana fuese un hecho consumado, el esperar que los imperialistas ayudarían a crear esa China, en lugar de oponerse a ello, resultó una pura ilusión.

Sun Yat-sen hubo de pagar cara su incomprensión de las realidades del mundo. Las grandes potencias hicieron caso omiso de sus consejos. En lugar de eso, un caudillo militar «patriota» en quien había confiado, el general del Sur Chen Chiung-ming, fue sobornado por los ingleses y expulsó a Sun Yat-sen temporalmente de Cantón, donde había establecido la capital.

Sun, admirador de la Revolución rusa desde el comienzo de ésta, inició su estudio en 1921. Escribió a los líderes soviéticos: «Estoy interesado en extremo por su causa, y en particular por la organización de los soviets, del ejército y de la

instrucción pública . . . Como Moscú, yo quisiera fijar profundamente las bases de la República China en las mentes de la generación más joven, de los obreros del futuro.»

En 1923, Sun Yat-sen mantuvo conversaciones con los representantes del Partido Comunista de China. También habló con un diplomático soviético, llegado para establecer relaciones con el Gobierno de Pekín dominado por los imperialistas, pero que no llegó a ser recibido por éste. El Partido Comunista de China hizo a Sun Yat-sen propuestas de colaboración que Sun encontró razonables y convenientes.

Influido por ello, Sun Yat-sen revisó a fondo sus propias concepciones y su programa. Impulsó con gran entusiasmo las nuevas ideas pues las consideraba clave del éxito de la revolución china que había soñado toda su vida.

Las «Tres Orientaciones Políticas Fundamentales», propugnadas ahora por su partido del Kuomintang, eran: Alianza con la Rusia Soviética; alianza con el Partido Comunista de China; apoyo al movimiento obrero y campesino. En un ciclo de conferencias dio una nueva interpretación a los «Tres Principios del Pueblo», por él enunciados cerca de veinte años antes, impulsando y extendiendo en gran medida los aspectos revolucionarios que el partido del Kuomintang había abandonado después de 1911, en su desastrosa maniobra parlamentaria.

El Principio del Nacionalismo ya no significaba la sustitución de un régimen manchú por otro chino, concepto limitado, envejecido por los acontecimientos. Su nuevo contenido era la liberación de China de todas las formas de control imperialista, y la completa igualdad de todas las nacionalidades del país. El nacionalismo de Sun Yat-sen estuvo ligado desde el principio, y nunca dejó de estar ligado, a la idea de la paz y de la «armonía universal» entre los países del mundo.

Ahora interpretaba el Principio de la Democracia de la manera siguiente: «El llamado sistema democrático de las distintas naciones modernas suele estar monopolizado por la burguesía y se ha convertido en instrumento de opresión del

hombre sencillo; mientras que el Principio de la Democracia del Kuomintang es en beneficio del hombre sencillo y no de una minoría.»

El Principio de la Prosperidad del Pueblo se centraba más todavía en la demanda de «tierra para los cultivadores» y hacía posible un llamamiento a los campesinos. Se reconocía el derecho de los obreros a organizarse, a obtener jornales y condiciones de vida decorosos. Los derechos del capital privado no serían respetados en los monopolios y en las ramas fundamentales de la economía, que habrían de ser nacionalizados por el Estado democrático.

Los principios de Sun Yat-sen no eran los del socialismo científico. En ellos no se definía el papel de las distintas clases en la sociedad ni se reconocía la lucha de clases como fuerza motriz de la Historia. Sin embargo, constituían un programa común, aceptable para los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía no intermediaria del imperialismo, por la revolución antiimperialista y antifeudal que correspondía a China en aquella etapa. No se basaban en los intereses de una minoría; Sun Yat-sen nunca temió a las masas y la experiencia de su vida le llevó a la conclusión de que sólo el movimiento de las masas podría salvar a China.

El partido de Sun Yat-sen se convirtió así en una alianza revolucionaria, con la participación de los comunistas, quienes conservaban también su propia organización. El nuevo carácter de este partido fue expresado en el Manifiesto del Primer Congreso Nacional del Kuomintang, celebrado en enero de 1924. En este documento se hacía un examen de los errores cometidos por el Kuomintang desde 1912 (en particular, la entrega del Poder a Yuan Shi-kai en ese año); denunciaba los tratados desiguales impuestos por el imperialismo; en él se comprometía el Kuomintang a respetar los derechos de los sindicatos, y a otras medidas encaminadas al mejoramiento de la situación de los obreros y de los campesinos. Definía también los derechos humanos y políticos de los soldados (importante paso, no sólo para el ejército propio sino que ex-

tendía su influencia sobre los ejércitos de los caudillos militares en los cuales se trataba como borregos a cerca de millón y medio de soldados). Los fundamentos políticos del Manifiesto residían en las «Tres Orientaciones Fundamentales» recientemente adoptadas por Sun Yat-sen, y en los «Tres Principios del Pueblo», según su nueva interpretación. Sun Yat-sen luchó resuelta e inexorablemente por estos principios. Cuando algunos miembros pertenecientes al ala derecha del Kuomintang se opusieron a la colaboración con los comunistas, Sun replicó que esto significaba renunciar a la revolución. «Si ustedes no quieren cooperar con los comunistas — dijo en su réplica — declararé disuelto el Kuomintang y me adheriré al Partido Comunista».

En Cantón se constituyó un nuevo Gobierno revolucionario. Este fundó la Academia Militar de Juangpu con el oficial kuomintanista Chiang Kai-shek como decano, y el comunista Chou En-lai como director político, academia destinada a preparar cuadros para un nuevo tipo de ejército nacional, anticaudillista. Los cadetes marchaban directamente de las aulas al campo de batalla, a sofocar la revuelta de los «voluntarios comerciantes», reaccionarios de Cantón sostenidos y dirigidos por Hongkong, ciudad en poder de los ingleses. (El cónsul general británico, bajo las órdenes del Gobierno laborista de MacDonald, quien demostró ser no menos imperialista que sus antecesores conservador y liberal, cometió la torpeza de amenazar con la intervención de la escuadra si se usaba la artillería contra los rebeldes, lo cual provocó una tajante respuesta de Sun Yat-sen.) Se extendieron los movimientos sindical y campesino. Cantón se convirtió en centro de las renacidas esperanzas y de la actividad de todos los elementos honestos y progresivos de China.

Mientras tanto, el Gobierno reaccionario de Pekín, tratando de salir al paso de la tormenta que se avecinaba, se disfrazaba demagógicamente con colores democráticos. Amañó unas «elecciones presidenciales» (ganadas por el caudillo militar Tsao Kun, después de haber distribuido entre los miembros

de su seudoparlamento dos millones y medio de libras esterlinas de procedencia norteamericana). Trató de dar satisfacción a la opinión pública, estableciendo relaciones diplomáticas con la Unión Soviética; todo lo cual no impidió que la influencia de los acontecimientos revolucionarios de Cantón llegara hasta el corazón del norte de China, dominado por los caudillos militares.

En octubre de 1924, «el general cristiano» Feng Yü-siang,sin contactos directos con el imperialismo, se rebeló contra su amo Wu Pei-fu, marchó sobre Pekín y puso fin al poder tanto del caudillo como del «presidente» Tsao Kun, puesto supremo cuya compra con dinero extranjero había resultado un negocio lamentable.

Es interesante subrayar que Feng Yü-siang liquidó al mismo tiempo un asunto pendiente desde la Revolución de 1911. Por fin pudo expulsar de la «Ciudad Prohibida» de Pekín al depuesto ex emperador y a su corte fantasma, poniendo así un tardío término al egregio trato concertado entre el dictador Yuan Shi-kai y la periclitante dinastía manchú. Pu Yi, el ex emperador, se refugió primero en la embajada holandesa y luego en la concesión japonesa de Tientsín, para reaparecer, mucho después, como «emperador» del Estado-fantoche japonés del Manchuguo.

La marea ascendente del movimiento nacional obligó al Gobierno de Pekín a proponer una conferencia para la unificación pacífica del país. Sun Yat-sen aceptó la invitación que se le hizo, asistió a la conferencia y fue saludado a su paso con entusiastas manifestaciones de la población. Sin embargo, en cuanto llegó a Pekín encontró a los gobernantes de allí sin el menor deseo de asentir con él en su insistencia en la formación de una Asamblea Nacional, elegida democráticamente, que habría de establecer el nuevo poder estatal para toda China. Poco después de llegar, Sun Yat-sen cayó enfermo; y el 12 de marzo de 1925 moría de cáncer en el estómago. Los últimos actos de este grande, infatigable e indomable revo-

lucionario fueron dictar un Testamento a su partido y enviar una carta al Comité Central Ejecutivo de la U. R. S. S.

El Testamento decía:

Durante cuarenta años me he consagrado a la causa de la revolución popular con un solo objetivo: elevar a China hasta una situación de libertad e igualdad entre las naciones. Mis experiencias durante estos cuarenta años me han convencido de que para llegar a esta meta tenemos que lograr que nuestro pueblo despierte y unirnos en la lucha común con los pueblos del mundo que nos traten como a iguales.

La Revolución no ha terminado todavía. Que nuestros camaradas sigan mis Planes de Reconstrucción Nacional, los Fundamentos de la Reconstrucción Nacional, los Tres Principios del Pueblo y el Manifiesto publicado por el Primer Congreso Nacional de nuestro partido, y que se esfuercen por llevarlos a cabo. Ante todo, mis recientes declaraciones en favor de la celebración de un Congreso Nacional del Pueblo Chino y la abolición de los tratados desiguales, deben ser llevadas a efecto lo antes posible.

La carta, escrita la víspera de su muerte, decía así:

Queridos camaradas:

Mientras yazgo abatido por una enfermedad contra la cual son impotentes los hombres, mis pensamientos se vuelven hacia vosotros y hacia el futuro de mi partido y de mi país.

Estáis a la cabeza de una unión de repúblicas libres; esta es la herencia que el inmortal Lenin dejó a los oprimidos. Con la ayuda de esta herencia, las víctimas del imperialismo conseguirán inevitablemente emanciparse del régimen internacional cuyas raíces han arraigado durante siglos en la esclavitud, las guerras y la injusticia.

Dejo un partido que, como siempre esperé, estará unido a vosotros en la tarea histórica de la liberación final de China y de otras naciones explotadas por el régimen imperialista. Los hados quieren que deje inconclusa mi obra; la pongo en manos de quienes, por permanecer fieles a los principios y enseñanzas del partido, serán mis verdaderos continuadores.

Por eso encomendé al Kuomintang la continuación de la obra del movimiento revolucionario nacionalista; para que China, reducida por los imperialistas a la situación de país semicolonial, pueda llegar a ser libre.

Con este fin, he encargado al partido que esté en continuo contacto con vosotros. Creo firmemente que continuaréis prestando a mi país el apoyo que le habéis prestado hasta la fecha.

Al despedirme de vosotros, queridos camaradas, deseo expresar la esperanza de que vendrá el día en que la U.R.S.S. sea amiga y aliada de una China poderosa y libre y de que, en la gran lucha por la liberación de los pueblos oprimidos del mundo, los dos aliados marcharán mano en mano, hacia la victoria.

Saludos fraternales de

SUN YAT-SEN

Al leer hoy estas palabras puede verse, como Lenin predijo hace tiempo, en qué medida el Partido Comunista de China ha conservado la esencia revolucionaria de las doctrinas de Sun Yat-sen, ha llevado su obra y sus ardientes anhelos hasta su lógica conclusión y sigue conduciendo al pueblo en la nueva fase de su historia. Puede también verse lo vil y engañosa que era la pretensión de los contrarrevolucionarios kuomintanistas de última hora de arrogarse el título de «sucesores de Sun Yat-sen», título que reclamaron los postreros restos de sus huestes, ya cobijados en Taiwán bajo la protección de los cañones imperialistas.

XIV

PRIMERA GUERRA CIVIL REVOLUCIONARIA (1925-1927)

En los meses siguientes a la muerte de Sun Yat-sen, sectores cada día más extensos de la población china se fueron convenciendo de la exactitud de la conclusión de que, para que la nación pudiera vivir, debía ser derrocado el régimen imperialista y de los caudillos militares. El capitalismo mundial, aunque entonces había fracasado en sus intentos de derribar el poder soviético en Rusia, consiguió rechazar en el resto de Europa la ola de acciones combativas de la clase obrera. Los Estados Unidos, a través de sus grandes negocios y el apoyo gubernamental a las quebrantadas fuerzas capitalistas, por medio de ayudas económicas y sosteniendo en todas partes a las fuerzas reaccionarias, consiguieron que las revoluciones alemana y húngara fueran derrotadas y que el fascismo fuese implantado en Italia.

A la crisis económica capitalista de 1921-22 siguió una relativa estabilización. El imperialismo persistía en su sueño de una nueva intervención contra la U. R. S. S. Pero antes había de rechazar la ola revolucionaria en Oriente, particularmente en China. Uno tras otro, todos los grupos del movimiento nacional de China pasaron a ser objetivo de este designio.

Entre febrero y abril de 1925, en las fábricas de hilados de Shanghai y de Chingdao, de propiedad japonesa, las huelgas afectaron a más de 100.000 obreros. Para dar una idea de las condiciones de trabajo en estas fábricas baste decir que las demandas presentadas por los obreros, aparte de las reivindicaciones económicas y la legalización de su sindicato, siempre añadían una cláusula pidiendo «la abolición de las palizas»* Las huelgas llevaban invariablemente consigo encuentros con la policía «internacional» o con la de los caudillos militares. Sin embargo, el proletariado pudo conseguir algunas mejoras, gracias a su lucha tenaz.

En el mes de mayo, después del Segundo Congreso Nacional de los Sindicatos de China, que congregó en Cantón a los representantes de 514.000 obreros organizados de todo el país, el Gobierno japonés exigió de las autoridades chinas de Shanghai que disolvieran el sindicato textil. El mismo mes, un guarda de la fábrica textil japonesa de esta ciudad mató a Gu Chengjung, miembro del sindicato, e hirió a otros obreros. Este y otros actos similares de provocación y represión condujeron a exacerbar más y más los ánimos en la ciudad mayor de China, donde la más grande concentración de obreros se enfrentaba con la mayor concentración imperialista.

Los estudiantes e intelectuales democráticos que iniciaron una colecta para arbitrar fondos destinados a los huelguistas heridos fueron también encarcelados. Las autoridades de la «concesión internacional» imperialista de Shanghai, bajo la dirección del norteamericano Stirling Fessenden, exigían la instauración de la censura de prensa y otras medidas represivas. El momento álgido fue el 30 de mayo. Ese día, una patrulla de policía de la concesión, mandada por el inspector inglés Everson, hizo fuego contra una manifestación de 10.000 estudiantes y otros ciudadanos que pedían la libertad de los detenidos y el cese de la ingerencia extranjera en la política de China. El 30 de mayo de 1925 es la tercera fecha decisiva — después del 4 de mayo de 1919 y del 7 de febrero de 1923 — en la iniciación y desarrollo del movimiento nacional de

*Wales, Nym: *The Chinese Labour Movement,* New York, 1945.

masas. Selló con sangre la nueva alianza entre todas las clases y grupos democráticos.

Los imperialistas hicieron un simulacro de «información» de la cual resultó inocente el verdugo Everson. El juez británico, Sir Henry Gollan, justicia mayor colonial de Hongkong, y el juez japonés K.Suga sostuvieron que «la orden de disparar estaba justificada». El juez norteamericano E. G. Johnson, de Manila, también funcionario colonial, se desprendió de esta joya digna de Poncio Pilato: «Si en el lugar hubiera habido una cantidad mucho mayor de fuerza pública, tal vez no hubiese sido necesario disparar. Pero como no había más policía, el hacer fuego fue inevitable.»*

Todo el pueblo chino se puso en pie, enfurecido. La ola de huelgas creció más y más. Se cerraron escuelas y universidades; los estudiantes se manifestaban pidiendo la expulsión de los imperialistas. Se organizó un boicot popular de productos ingleses y japoneses. Hubo choques sangrientos. Unos manifestantes de Cantón fueron ametrallados y asesinados por las tropas británicas y francesas, acantonadas en la vecina concesión de la isla de Shamien. Esta carnicería se realizó desde un enclave extranjero situado en la ciudad cuna de la revolución. Devino más potente que nunca la necesidad de liquidar los privilegios imperialistas en China.

La colonia británica de Hongkong quedó completamente paralizada durante 16 meses a consecuencia de una huelga general de formidables proporciones. En las costas de China desembarcaron tropas extranjeras. Como en los tiempos de la insurrección de los Taiping, surgieron bandas armadas de saqueadores. Muestra del carácter de estas bandas — compuestas de ciudadanos de varias potencias imperialistas y de blancos refugiados — nos la da el detalle de que una de ellas

*Borg, Dorothy: *American Policy and the Chinese Revolution* 1925-28, citando el *North China Herald*, del 20 de agosto de 1927. El libro es una apología de la política norteamericana de aquel tiempo; saca sus conclusiones de las declaraciones oficiales de los E.E.U.U., que ignoraban la esencia de los hechos reales.

adoptara el nombre de «Fascistas de Shanghai». El *North China Herald*, un periódico inglés que contaba entonces entre sus principales colaboradores al norteamericano Rodney Gilbert, hizo gran propaganda de esos «fascistas». Gilbert propugnó que se aplicara a los patriotas chinos «el principio general conocido en el Lejano Oeste con el nombre de ley del juez Lynch».

A consecuencia de la acción de los obreros de Hongkong, la base revolucionaria de Cantón se vio reforzada con 130.000 huelguistas organizados que habían abandonado la colonia inglesa. Entonces se hicieron acelerados preparativos para la llamada Expedición del Norte, campaña militar cuyo objetivo consistía en expulsar a los caudillos militares, principal instrumento del control imperialista sobre China. A fines de 1925, Chen Chiung-ming, caudillo militar sostenido por los ingleses, fue arrojado de la provincia de Guangdung. A partir de julio de 1926, el nuevo ejército alcanzó una serie de victorias, sin paralelo desde los tiempos de los Taiping. En septiembre, se apoderó de Jankou, sobre el Yangtsé, sólo tres meses después de salir de Cantón. Su rápido avance era ayudado en todas partes por el pueblo y, en buena proporción, por el movimiento campesino. En Junán, centro de las actividades de Mao Tse-tung, el número de miembros de las asociaciones campesinas llegó a los dos millones a principios de 1927; y en abril del mismo año saltó a los cinco millones.

La campaña militar se había desarrollado hasta entonces en el interior, lejos de la costa, razón por la cual no entró en colisión con el grueso de las fuerzas imperialistas. Pero el 5 de septiembre de 1926 la escuadra inglesa bombardeó la indefensa aldea de Wansien, en el alto Yangtsé, mientras las tropas disparaban en Jankou contra los que se manifestaban para celebrar una victoria. Los obreros de esta ciudad, conducidos por Liu Shao-chi — quien es actualmente uno de los secretarios del Comité Central del Partido Comunista de China y presidente del Comité Permanente de la Asamblea Popular Nacional de la República Popular China — respondieron a

tal desafuero apoderándose de la concesión británica de Jankou, el 4 de enero de 1927. El Gobierno revolucionario pidió entonces que se restituyera oficialmente a China esta concesión. Inglaterra no tuvo más remedio que ceder, obligada como estaba a maniobrar ante la tormenta revolucionaria.

Este fue el primer trozo de tierra china que nuestro pueblo recobraba de manos ajenas desde la Guerra del Opio.

El Gobierno nacional revolucionario se trasladó de Cantón a Wuján (la ciudad triple de Wuchang—Jankou—Janyang) el 1° de enero de 1927. A todo esto, varios jefes militares locales se pronunciaron a favor de la revolución. Alguno de ellos, como por ejemplo «el general cristiano» Feng Yü-siang, cuyas tropas controlaban ya una parte de la China del Noroeste, era muy afín a los capitalistas nacionales y durante cierto tiempo estuvo en contacto con Cantón; entre sus tropas luchaban también miembros del Kuomintang y comunistas. Otros prefirieron dejarse llevar por la impetuosa corriente, mejor que arriesgarse a dar la cara, pues esperaban que tal vez más tarde habría ocasión de restablecer el antiguo régimen.

Estos acontecimientos facilitaron las operaciones militares del ejército revolucionario. Pero desde el punto de vista político significaban una muy peligrosa infiltración de elementos feudales en sus filas. De los 56 generales del antiguo ejército que entre diciembre de 1926 y enero de 1927 se declararon a favor de la revolución, 51 poseían tierras cuya superficie excedía en 250 veces al área de la parcela media de un campesino. Estos generales y sus tropas permanecieron de guarnición en las provincias de Anjuí, Jonán, Jubéi, Chiangsí y Fuchién, donde se encontraban sus respectivas propiedades.*

El Kuomintang llegó a contar con cinco millones de miembros a principios de 1927 pues sus filas fueron engrosadas por comunistas y por un reclutamiento en masa realizado

*Saposhnikov, B.G.: *La Primera Guerra Civil Revolucionaria* (1924-27); (en ruso). Moscú, 1954.

entre los obreros y los campesinos. El Partido Comunista, que contaba tan sólo con 900 miembros cuando la Matanza de Shanghai (30 de mayo de 1925), tenía ya 57.000. Los obreros encuadrados en organizaciones sindicales sumaban tres millones. Las uniones campesinas, cerca de diez millones.

Con la victoria en puertas, surgió la cuestión de quién recogería sus frutos. ¿Iba la clase obrera a ayudar a las grandes masas campesinas en la consecución de sus objetivos y movilizar así a la inmensa mayoría de la población china? ¿Podría de esta manera conducir a todo el frente único hacia la consumación de la revolución democrático-burguesa y al establecimiento de una república democrática para lanzarse más tarde a la transición hacia el socialismo?

¿O tal vez los políticos representantes de los grandes capitalistas iban a adueñarse de los puestos de mando en el Gobierno y en el Ejército, a desplazar a las masas obreras y campesinas una vez que hubiesen servido sus designios, a concertar un nuevo compromiso con el imperialismo a costa de estas masas?

El Partido Comunista, con la dirección que entonces tenía, no dio los pasos necesarios para asegurar la primera salida. No se percataba bien de los peligros que la segunda entrañaba. En tal situación, los elementos del Kuomintang y los mandos militares — ligados al feudalismo, al capital intermediario del imperialismo, y al gran capital — bajo la dirección suprema de Chiang Kai-shek, empezaron a hacer «inofensivo» el movimiento de masas. Como relata la historia de muchas revoluciones burguesas, estos elementos están dispuestos a cooperar por cierto tiempo con el movimiento de masas, pero desean «el tipo de cooperación que existe entre el jinete y su caballo». No desean la victoria del pueblo. Sólo quieren llevar las riendas del Poder, cabalgando sobre el pueblo. Esta tendencia apareció evidente en China ya en 1926. Incluso antes de iniciarse la Expedición al Norte, Chiang Kai-shek había cercado el cuartel general del comité de huelga de Hongkong refugiado en Cantón, con el fin de poder imponerle

su voluntad; detuvo o expulsó arbitrariamente a algunos oficiales del ejército o de la marina comunista, y tomó sus medidas para asegurarse el control no compartido de las fuerzas armadas.

Durante la revolución de 1925-27, la burguesía china era en el fondo débil y vacilante, mientras el movimiento popular estaba en plena actividad. Por lo tanto, hubiera sido posible reducir al mínimo, e incluso evitar, el que se produjeran acontecimientos como los que acabamos de mencionar. Si no sucedió así fue porque el propio Partido Comunista era aún débil e inexperto; y, lo que es peor, estaba dirigido por Chen Du-siu, hombre falto de energía y dispuesto al compromiso.

El único procedimiento fecundo era el de la alianza y la cooperación con el Kuomintang: no había otra manera de movilizar las fuerzas disponibles contra el imperialismo y el feudalismo. Pero, en esta alianza, para el partido de la clase obrera era necesario y posible, apoyándose en los obreros y en los campesinos organizados, tomar posiciones sólidas en los órganos del Gobierno revolucionario y en los ejércitos reorganizados sobre bases democráticas. No había otro modo de asegurar el futuro de la revolución.

Chen Du-siu, sin embargo, afanoso de «desvanecer los temores» de los capitalistas de derecha y de los elementos semifeudales del Kuomintang, no hizo nada de eso. Llegó incluso hasta a utilizar la autoridad del Partido para evitar que los obreros y los campesinos llevaran a la práctica sus propias consignas en las regiones liberadas por los ejércitos revolucionarios. Hizo caso omiso de las insistentes demandas de Mao Tse-tung y de otros de consolidar la unidad y el mutuo apoyo entre obreros y campesinos como fundamento del frente único.

Así pues, las semillas de la derrota de la revolución de 1925-27 brotaron entre sus victorias, en el preciso momento en que sus ejércitos se aproximaban a las principales plazas fuertes detentadas por el imperialismo en la costa. Los gobiernos americano e inglés observaban con la mayor atención el giro que tomaban las cosas. Los caudillos militares se desmoronaban tan completamente como se derrumbó la dinastía manchú en 1911; y las potencias extranjeras sabían que sólo había ya dos maneras de contener la corriente: lanzar sus propias fuerzas en la escala de una guerra grande, o usar los servicios de otro nuevo traidor del tipo de Yuan Shi-kai con el fin de deshacer la revolución. El método de la intervención militar extranjera resultaba arriesgado; y su costo, imprevisible. Se temía que pudiera conducir no sólo a una guerra grande en China sino también a revueltas en otros puntos del mundo colonial y a dificultades de importancia con la opinión democrática y obrera en las metrópolis (en Inglaterra, por ejemplo, acababa de terminar una huelga general; y en muchos países imperialistas se iniciaba un movimiento cuya consigna era «¡Fuera las manos de China!»). Por eso se prefería el método de la intriga, usando las fuerzas extranjeras más bien como amenaza y para proteger a una nueva contrarrevolución china.

Cuando se rindió la concesión de Jankou, la diplomacia británica se manifestó con inusitada delicadeza. Trató de atraerse a los elementos derechistas del Kuomintang con vistas a un posible «compromiso pacífico» a expensas del pueblo. Así por ejemplo, el periódico semioficial *North-China Daily News,* de Shanghai, dejó de calificar a Chiang Kai-shek de «bandido rojo», como venía haciendo, y pasó a declarar que «el nuevo Gobierno encontrará en Inglaterra a un amigo» sólo con que «mantenga la ley y el orden y tenga a raya al populacho»*. El Gobierno de Washington, que durante una generación había trabajado intensamente con el fin de crear en China una base de opinión influyente pro americana, para lo cual se sirvió de los misioneros y de los estudiantes chinos pensionados en los EE.UU., manifestó a sus potenciales «amigos» del campo kuomintanista que estaba también dispuesto a un compromiso.

---

*Borg, Dorothy: Obra citada.

Durante la lucha de Nankín, cuando el ejército revolucionario entraba en la ciudad fueron muertos o heridos varios extranjeros. Lo cual sirvió de pretexto para el sanguinario bombardeo de la capital, llevado a cabo el 24 de marzo de 1927 por los destructores americanos e ingleses surtos en el Yangtsé; a continuación fue presentado un ultimátum americano-británico-franco-italiano. Ambas acciones tenían por objetivo decidir a Chiang Kai-shek y al ala derecha del Kuomintang en la alternativa de pro o contra el imperialismo. Claro que Sir Austen Chamberlain, a la sazón secretario de Asuntos Exteriores de Inglaterra, se jactó luego en la Cámara de los Comunes de que el objetivo había sido «ayudar a los conservadores en contra de los radicales».

Casi a la vez, la ciudad de Shanghai era liberada del yugo de los caudillos militares, no por un ejército de Chiang Kai-shek sino por una heroica insurrección de los obreros de la ciudad, conducida por los comunistas y en la cual Chou En-lai, hoy Primer Ministro de la República Popular China, desempeñó un papel dirigente. Mientras avanzaban las tropas nacionales revolucionarias, en Shanghai se produjeron a la vez tres alzamientos obreros. El primero, a fines de 1925, fue iniciado antes de que las masas estuvieran suficientemente movilizadas; los grupos obreros armados fueron deshechos. El segundo, en la última semana de febrero de 1927, precedido de una huelga general que afectó a 300.000 obreros, también fue aplastado; y los caudillos militares trataron de aterrorizar al pueblo colgando de los postes telegráficos de las calles principales las cabezas cercenadas de los comunistas detenidos. Sin embargo, el movimiento de masas siguió extendiéndose. La nueva huelga general declarada el 21 de marzo abarcó a 800.000 obreros. Tras dos días de lucha, los caudillos militares fueron expulsados.

Los banqueros chinos de Shanghai y los agentes intermediarios de los imperialistas, en estrecha ligazón con éstos, atizaron el miedo de los industriales chinos de la ciudad, los cuales, influidos por su terror, se negaron a participar en el

gobierno local revolucionario, recién formado. Mientras los victoriosos obreros se preparaban para dar la bienvenida al ejército nacional revolucionario, los banqueros enviaban emisarios secretos a Chiang Kai-shek. Le suplicaban que acudiera a la ciudad y aplastara el movimiento de masas; y le prometieron que si lo hacía le prestarían ayuda económica en gran escala y asegurarían la neutralidad benévola de la «Concesión Internacional» anglo-americana y de la Concesión francesa. En virtud de un acuerdo con Stirling Fessenden, presidente norteamericano de la primera de estas concesiones y con las autoridades de la ségunda, los forajidos del contrabandista de opio Du Yue-sheng fueron provistos de 5.000 rifles extranjeros y de otros pertrechos militares. Aunque los tratados desiguales prohibían que ningún chino armado penetrase en un territorio sometido al control extranjero, a las gentes de Du Yue-sheng no sólo se les dio paso sino también camiones para su transporte.* De esta manera, los destacamentos obreros fueron sorprendidos por su retaguardia.

El día 12 de abril de 1927, día de la gran infamia, Chiang Kai-shek lanzó sus propias tropas contra los obreros, entre los cuales causaron miles de víctimas. Cumpliendo sus órdenes secretas, las tropas mandadas por oficiales derechistas del Kuomintang perpetraron matanzas similares en Nankín, en Cantón y entre los campesinos de los distritos rurales. Después de eso, ya no se volvió a oir hablar del ultimátum que las potencias extranjeras habían presentado con motivo de los sucesos ocurridos en Nankín el 24 de marzo. Desde el momento en que Chiang Kai-shek se convirtió en traidor y en verdugo del pueblo, pasó a ser un «héroe» en la prensa capitalista de todo el mundo.

El 18 de abril, recién cometidos los asesinatos más arriba mencionados, Chiang formó en Nankín su propio «Gobierno Nacional», compuesto de políticos del ala derecha del Kuomintang y de militares. Este fue un acto de usurpación y de re-

*Powell, John B.: *My Twenty Five Years in China,* New York, 1943.

beldía contra el Gobierno nacional-revolucionario de Wuján, del cual había recibido Chiang su mandato. De la pérfida carnicería y la traición de abril de 1927, de los imperialistas, de los contrabandistas de Du Yue-sheng, y del régimen ilegal creado en Nankín, es de donde la pandilla de Chiang Kai-shek deriva esos «derechos en su calidad de legítimo Gobierno de China» que él y sus sostenedores norteamericanos exhiben como justificación de su puesto en las Naciones Unidas.

Después de la traición de Chiang, la alianza política revolucionaria siguió existiendo en el Gobierno de Wuján durante tres meses. Sus elementos eran ahora el «ala izquierda» del Kuomintang, que representaba a la burguesía media y pequeña, y el Partido Comunista, en representación de los obreros y los campesinos. El Gobierno ordenó la destitución de Chiang Kai-shek, quien pensaba imponer un bloqueo económico con el fin de separar a la ciudad del curso inferior del Yangtsé. Mientras tanto, en Wuján y en el territorio bajo el control de ésta, el movimiento de masas volvía a adquirir gran impulso. Numerosos obreros ingresaban en los sindicatos. Los campesinos creaban nuevas asociaciones. Unos y otros pedían armas; su moral era muy elevada. Pero en esta breve segunda etapa de la revolución de 1925-27, las semillas del desastre no dejaban de germinar.

En Wuján, los políticos del «ala izquierda» del Kuomintang, entre los cuales se destacaba Wang Ching-wei, empezaron a vacilar y a pensar en una «salida». Trataron de protegerse a la vez de Chiang Kai-shek y de las masas, supeditándose más y más a los militares profesionales que aún quedaban bajo sus banderas; ni por asomo se les ocurría la idea de armar al pueblo trabajador.

La política del Partido Comunista seguía estando en manos de Chen Du-siu y otros derechistas. Por más que el V Congreso del Partido, celebrado poco después del golpe de Chiang Kai-shek, declarase que su error había consistido en no profundizar el contenido social de la revolución, y por más que los oportunistas aceptaran esta crítica, la dirección no cambió.

Mao Tse-tung, que acababa de obtener grandes éxitos en la organización de los campesinos de la provincia de Junán, propugnaba con energía la necesidad de que el Partido se pusiera a la cabeza del pueblo armado y del movimiento contra los terratenientes; pero ni siquiera se le permitió tomar parte en las votaciones. Chen Du-siu siguió tan preocupado como siempre de evitar que se «alarmara» a la burguesía; para ello estaba dispuesto incluso a desorganizar y desarmar el movimiento de masas. Tan Ping-shan, otro derechista en el seno del Partido Comunista, quien desempeñaba el cargo de ministro de Agricultura en el Gobierno de Wuján, hizo todos los esfuerzos imaginables por detener la ola de las organizaciones de campesinos combatientes. Nada se hizo por crear unidades del ejército con el número adecuado de revolucionarios templados políticamente, tanto entre la oficialidad como entre las tropas.

A consecuencia de estos errores, a los aventureros y reaccionarios de los ejércitos de Wuján se les dejaba en libertad de tomar el camino de Chiang Kai-shek. Desde fines de mayo de 1927, estos elementos empezaron a destruir las organizaciones campesinas, particularmente en la provincia de Junán, asesinando a sus dirigentes y a sus miembros activos. En los meses de junio y julio se registraron deserciones al campo de Chiang, como la de Feng Yü-siang, al norte del Yangtsé. El 15 de julio, cuando se había permitido que 36 barcos de guerra extranjeros remontaran libremente el Yangtsé y fondearan ante el propio Wuján, Wang Ching-wei, «izquierdista» del Kuomintang, inició matanzas de obreros, campesinos y estudiantes, de los comunistas en particular. Estas fueron más sangrientas todavía que las carnicerías de Chiang en Shanghai. El odio de los reaccionarios locales contra todo vestigio del movimiento de masas y su deseo de dar una lección a las «clases bajas» eran tan grandes que cientos de conductores de «ricksha» fueron canallescamente muertos a tiros en las calles. El único crimen que habían cometido era constituirse en sindicatos durante la revolución.

Entonces desapareció el Gobierno de Wuján. Todo el Poder pasó al régimen «nacionalista» constituido por Chiang Kai-shek en Nankín. Los líderes del Kuomintang habían traicionado por completo todo lo que dejó en herencia Sun Yat-sen. Su mandato de luchar por la independencia nacional fue sustituido por la connivencia con los imperialistas. Su mandato de ayudar a los obreros y a los campesinos fue reemplazado por el asesinato de obreros y campesinos. Su propuesta de alianza con el Partido Comunista fue sustituida por la matanza de comunistas y su condena a muerte por el simple hecho de pertenecer al Partido. Su propuesta de alianza con la Unión Soviética se transformó en salvaje enemistad contra la U.R.S.S. En los círculos dirigentes del Kuomintang, sólo Soong Ching Ling, viuda de Sun Yat-sen, y algunas pocas personas más permanecieron inconmoviblemente fieles a los principios de Sun Yat-sen. A consecuencia de ello, se vieron obligadas a emigrar.

Una vez logrado el poder supremo, a Chiang Kai-shek le tocó representar el viejo papel del Gobierno manchú de Yuan Shi-kai y de los caudillos militares: convertirse en aliado e instrumento de los imperialistas en contra del pueblo chino. El y su partido eran ahora, en las ciudades, los representantes políticos de la burguesía china intermediaria del imperialismo; y en el campo, los de la reacción feudal. Los capitalistas nacionales se encontraban débiles para conquistar el poder político que esperaban cuando traicionaron la revolución. En lugar de ello, fueron poco a poco relegados a la misma situación sin perspectivas, tanto política como económica, que habían ocupado cuando existían otras formas de alianza entre imperialistas y reaccionarios.

Se produjeron otros acontecimientos que recordaban la Revolución de 1911. En cuanto tomó el Poder un «hombre fuerte» aceptable para el imperialismo, el nuevo Gobierno empezó a ser favorecido con el «reconocimiento» de las potencias occidentales. Los Estados Unidos fueron los primeros en otorgarlo.

En vista de los subsiguientes intentos de pintar al traidor Chiang Kai-shek como un «demócrata», es interesante citar algunas opiniones más francas, expresadas por algún representante extraoficial del imperialismo. Cuando se estaba tratando de conquistar a Chiang, el ex senador norteamericano Silas Strawn, que había sido delegado de los EE. UU. en una conferencia internacional acerca de las tarifas chinas, habló de que en China «hacía falta un Mussolini».* Y el profesor A. Whitney Griswold, autor de una obra sobre la política de los Estados Unidos en el Extremo Oriente, la cual por mucho tiempo fue libro de texto en las universidades norteamericanas, escribió que en cuanto Chiang Kai-shek se apoderó del Kuomintang «lo convirtió en una dictadura fascista».**

*Borg, Dorothy: *American Policy and the Chinese Revolution,* New York, 1947; p.355.

**Griswold, A. Whitney: *Far Eastern Policy of the United States.* New York, 1938; p.382.

XV

SEGUNDA GUERRA CIVIL REVOLUCIONARIA (1927-1936)

A la derrota de la revolución de 1925-1927 siguió un terror blanco de crueldad feroz. La pandilla de Chiang Kai-shek trató de volver hacia atrás la rueda de la Historia en beneficio del feudalismo y del capitalismo burocrático (los capitalistas burocráticos eran unos cuantos altos funcionarios del Kuomintang, incluyendo al propio Chiang quien consiguió gradualmente el control absoluto, personal o de su familia, sobre varios sectores de la economía, aprovechando su control del aparato estatal). Para lograrlo, sólo de 1927 a 1929 hizo asesinar a unos 450.000 comunistas, obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales demócratas, cifra que rebasó el millón en el período comprendido entre 1927 y 1936, sin contar los muertos en el campo de batalla. Entonces partía del principio, expuesto abiertamente por el renegado Wang Ching-wei, de que «más vale que perezcan mil inocentes antes de que se escape un solo comunista». En esta carnicería colaboraron las autoridades de las distintas concesiones extranjeras, quienes perseguían a los hombres progresivos de su jurisdicción y los entregaban a los verdugos chiangkaishistas.

Pero este sólo era un aspecto del cuadro general. El otro era que de 1925 a 1927 la corriente de la revolución china se había convertido en un vasto y turbulento océano, que abarcaba a toda la sociedad; aunque este océano pudiera tener

reflujos unas veces, y otras ascensos de marea, ya no había de detenerse nunca. La revolución democrática del pueblo chino, tras la derrota de su primera serie de grandes luchas de masas, y después que la burguesía la hubiese abandonado, empezó a estar bajo la dirección política del Partido Comunista de China. Y como más tarde escribiera Mao Tse-tung, los comunistas «no estaban atemorizados, ni conquistados, ni aniquilados. Se pusieron de nuevo en pie, se limpiaron las manchas de sangre, enterraron a los camaradas caídos, y siguieron la lucha».

El 1° de agosto de 1927, Chou En-lai, Chu De, Ye Ting, Jo Lung y otros camaradas dirigieron una sublevación de 30.000 soldados para oponerse a la contrarrevolución en Nanchang, provincia de Chiangsí. Con ello pusieron los fundamentos del Ejército Rojo Chino, el actual Ejército Popular de Liberación, el cual celebra la mencionada fecha como día de su aniversario, y lleva en la estrella roja de su insignia las cifras 8/1 (Primero de Agosto).

El 7 del mismo mes, en una conferencia especial, el Comité Central del Partido separó de la dirección al oportunista Chen Du-siu. Hizo además un llamamiento a los campesinos instándoles a que, con las armas en la mano, se apoderaran de las cosechas y de la tierra. Mao Tse-tung llevó a la práctica esta decisión en las provincias de Junán y Chiangsí, dirigió los llamados «levantamientos de la cosecha de otoño» y organizó nuevos destacamentos de obreros, campesinos y soldados.

Algunos meses después, las fuerzas que se encontraban bajo el mando de Mao Tse-tung y de Chu De se juntaron en los montes Chinggang (prov. Chiangsí). En este paraje se fundó la primera base revolucionaria estable. A los dos años habían sido establecidas diecinueve bases revolucionarias en las regiones rurales del este, centro, sur, oeste y noroeste de China. En Yueichín (prov. Chiangsí) había sido formado un Gobierno central obrero y campesino. A partir de entonces, siempre hubo alguna parte de China que tuviera un Gobierno revolu-

cionario en el Poder; el cual poder era el predecesor de la República Popular China de hoy.

Este fue el comienzo de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria que duró nueve años. Fue una guerra campesina dirigida por la clase obrera. En el transcurso de la lucha se consolidó de una vez para siempre la unidad de estas dos clases que abarcaban la inmensa mayoría del pueblo chino.

En el terreno político, esta nueva situación dio lugar a una serie de nuevos errores antes de que se encontrara una orientación atinada. Estos errores, que duraron varios años, eran errores de «izquierda». Algunos miembros del Partido Comunista, llenos de indignación por la traición realizada en 1927 por ciertos políticos burgueses y pequeño burgueses, olvidaron que el carácter de la revolución china no había cambiado, que el enemigo principal seguía siendo el imperialismo y el feudalismo. Esta actitud les condujo a tomar medidas en las nuevas bases que eran propias solamente de la etapa de la revolución socialista una vez tomado el Poder en todo el país. A ello se debió el que tomaran una actitud negativa, dogmática, respecto a la acción conjunta con los grupos no comunistas de todo el país, aislando innecesariamente a la vanguardia revolucionaria.

Los «izquierdistas», impacientes por el lento ritmo con que se organizaban las fuerzas nuevas en los distritos rurales, querían lanzar antes de tiempo contra las ciudades al Ejército Rojo recién formado. Por desgracia, menospreciaban las fuerzas de la nueva alianza concertada entre Chiang y los imperialistas en los centros urbanos. Esto llevó no sólo a grandes pérdidas en el terreno militar sino también a que quedaran diezmados el Partido y la clase obrera, organizados en los centros industriales, donde los levantamientos que se prepararon estaban de antemano condenados al fracaso.

Sin embargo, gradualmente se gestaba y probaba en la acción la orientación política que había de dar la victoria a la revolución china. La subsiguiente lucha armada que, bajo distintas formas, persistió durante más de veinte años, fue gobernada cada vez más por el siguiente principio declarado por Mao Tse-tung:

> **Puesto que el poderoso imperialismo y sus aliados, las fuerzas reaccionarias de China, han ocupado por largo tiempo las ciudades clave del país, si las fuerzas revolucionarias no desean acordar un compromiso con ellas y quieren seguir luchando con firmeza, y si tratan de acumular fuerzas y templarse, evitando luchas decisivas con su poderoso enemigo mientras no hayan acumulado potencial suficiente, entonces deben transformar las aldeas atrasadas en bases avanzadas y consolidadas, en grandes bastiones revolucionarios en los aspectos militar, político, económico y cultural, de manera que puedan luchar contra el feroz enemigo que utiliza las ciudades para atacar a los distritos rurales, y, por medio de una guerra prolongada, ganar gradualmente para la revolución una victoria total.***

Al concertarse la alianza militar entre la clase obrera y las grandes masas campesinas, dirigida por la clase obrera, la política del frente único siguió desenvolviéndose y poniéndose en práctica. Mao Tse-tung escribió a este respecto:

> **Cada comunista debe saber que el conjunto del movimiento revolucionario chino dirigido por el Partido Comunista de China es un movimiento completo que comprende las dos fases revolucionarias, la democrática y la socialista, las cuales son dos procesos revolucionarios de carácter diferente; y que sólo puede llegarse a la fase socialista después de consumada la fase democrática.****

Es evidente que la revolución se encontraba entonces aún en la primera etapa. Después de una serie de errores cometidos cuando estos principios no habían obtenido el asenso general, el Partido empezó a buscar la manera de cooperar con todas las agrupaciones antiimperialistas y antifeudales. Cuando la agresión japonesa constituía la principal amenaza para la existencia de China como nación y para los intereses de otras potencias en el Pacífico, este modo de abordar el problema fue aceptado incluso por la parte de la gran

*Mao Tse-tung: *La revolución china y el Partido Comunista de China.* Obras escogidas, Vol. III

**Mao Tse-tung. Obra citada. Vol. III

burguesía china (Chiang y su pandilla) agarrada a los faldones de los Estados Unidos e Inglaterra, y por ello opuesta al Japón.

Por un lado, cuando era necesario, se hacían concesiones en la política social. Por el otro, no se temía la repetición de la catástrofe de 1927. Y era así porque las fuerzas revolucionarias habían logrado edificar su propio poder estatal, su ejército y sus bases que constituían el alma y el sector más activo de cada una de las formas del frente único. Desde entonces, ninguno de los grupos deseosos de abandonar dicho frente único fue capaz de aislar al Partido Comunista de China. Sólo conseguía aislarse a sí mismo y enajenarse la adhesión y el apoyo del pueblo.

Los acontecimientos subsiguientes habían de confirmarlo. Mientras tanto, el régimen reaccionario del Kuomintang demostraba su completa incapacidad de resolver ninguno de los problemas de China y revelaba a cada momento su verdadera faz.

Chiang Kai-shek había prometido «unificar el país»; pero no tardó en iniciar la lucha con otros nuevos militaristas. Se había manifestado «contra los tratados desiguales», pero nada hizo por combatirlos. Por el contrario, a fines de 1927 sus tropas asesinaron al personal del consulado soviético en Cantón, por más que hubiera sido la U.R.S.S. la única nación extranjera que había declarado nulos tales tratados. Esto ocurría mientras Chang Dsuo-lin, caudillo militar de viejo tipo que entonces formaba todavía parte del Gobierno en Pekín, en connivencia con el cuerpo diplomático de las potencias occidentales y del Japón, bombardeó la embajada soviética ubicada en el aparentemente inmune «distrito de las legaciones». Los amos anglo-norteamericanos de Chiang Kai-shek se preocupaban tanto como los amos japoneses de Chang Dsuo-lin de que se deshicieran los contactos chino-soviéticos, fueran del grado que fuesen.

Los imperialistas competían entre sí con la misma ferocidad que los nuevos caudillos militares. A los japoneses les agradaba la idea de que Chiang Kai-shek, favorito de ingleses

y norteamericanos, se hiciera cargo de su esfera de influencia en el Norte de China. En 1928, los imperialistas lanzaron sus propias tropas contra las fuerzas de Chiang que se encontraban en la provincia de Shandung, derribaron a tiros a los soldados de éste y pasaron por las armas a los emisarios, que Chiang había enviado para negociar. Pero el «nacionalista» Chiang ni luchó contra esta intromisión de inusitada crueldad, ni pidió ayuda al pueblo chino. En lugar de eso, marchó humildemente a Tokio para explicar a la camarilla militar-fascista de allá que se equivocaban en considerarle peligroso para sus intereses en ningún sentido. En esta tarea contaba con el amparo de Mitsuru Toyama, jefe de la sociedad del Dragón Negro, de tendencia reaccionaria, y ardiente defensor de la invasión japonesa de Manchuria, Mongolia y del Extremo Oriente soviético.

Bien pronto se vió claro cuál era la empresa en la que Chiang estaba dispuesto a servir equitativamente a todos sus amos. Después de haber sofocado la revolución china de 1925-1927, se hizo un nuevo esfuerzo para preparar una intervención interimperialista contra la U.R.S.S. En 1929, las autoridades locales de Manchuria violaron la frontera soviética con sus fuerzas armadas con objeto de apoderarse del Ferrocarril Oriental de China, de construcción soviética. Este ferrocarril, antes pertenencia extraterritorial del imperio zarista, había pasado a propiedad de la U.R.S.S. para fines puramente comerciales, con sujeción a las leyes chinas. Esta conquista tenía por finalidad sondear la opinión internacional, para ver hasta dónde podían llevarse las aventuras antisoviéticas en la China del Nordeste.

El Ejército Rojo actuó con rapidez para restablecer la situación anterior; se retiró inmediatamente después, y no impuso la ocupación del territorio ni exigió de China indemnizaciones u otros cargos. La Unión Soviética demostraba así al pueblo chino que jamás le haría sufrir a causa de las acciones de los gobernantes reaccionarios de China. Al mismo tiempo,

demostró que no toleraría la menor vejación por parte de los mercenarios de los imperialistas.

Dos años después, el pueblo chino cosechaba los amargos frutos de la traición de Chiang Kai-shek a la nación y de la prostitución de sus efectivos militares en beneficio de los designios de la reacción internacional e interior. El 18 de septiembre de 1931, el Japón, aprovechándose de la preocupación reinante entre las potencias occidentales ante la crisis económica mundial, de la misma manera que se había aprovechado de la preocupación de dichas potencias por las hostilidades en Europa durante la Primera Guerra Mundial, invadió y ocupó Manchuria. Las provincias más industriales de China, con 40 millones de habitantes, fueron separadas de ésta, lo cual constituía la mayor pérdida territorial registrada en la historia de China. Ni la monarquía feudal habría dejado de ir a la guerra ante tamaña provocación. Pero Chiang no envió al frente ni un solo soldado para apoyar la resistencia organizada por las tropas locales (que recibieron asilo en la tierra soviética cuando ya no pudieron resistir más). Durante los 14 años siguientes, hasta la derrota del Japón en 1945, la lucha contra los invasores fue mantenida en este sector tan sólo por las guerrillas populares, fuerzas cuya dirección conquistó el Partido Comunista.

El único gesto «antijaponés» que tuvo Chiang entonces fue apelar a la Liga de las Naciones, la cual organizó la llamada Comisión Lytton con el fin de investigar. Sobre el informe que emitió por fin esta comisión acerca de la escandalosa agresión, puede juzgarse por su sabia conclusión de que «las consecuencias de este conflicto no son tan sencillas como suele suponerse». La razón de esta sibilina circunspección era que las potencias occidentales, a las cuales no les agradaba que el Japón se apoderase de territorio alguno, no les importaba tanto si lo hacía a expensas de China — particularmente si las tierras conquistadas se hallaban cerca de la frontera soviética, y facilitaba con ello el desviar en esa dirección las futuras aventuras del Japón.

Cuando los japoneses atacaron al propio Shanghai, en enero de 1932, Chiang no prestó la más mínima ayuda al 19 Ejército, que luchó contra aquéllos con heroísmo extraordinario. Prefirió dejar que esta fuerza — mandada por sus propios secuaces — fuera aplastada por el enemigo. Después de la batalla de Shanghai, aceptó una humillante tregua local. El intermediario que negoció la tregua fue el conde Ciano, yerno de Mussolini, más tarde ministro fascista de Asuntos Exteriores y a la sazón cónsul general de Italia en Shanghai.

Dentro del país, la preocupación principal de Chiang, y la de los imperialistas a pesar de los crecientes conflictos que surgían a escala mundial, era la de lograr la destrucción del Ejército Rojo Chino. Pero este ejército desplegaba entonces una guerra de movimiento y de guerrillas en remotos territorios del interior, lejos de los bastiones urbanos imperialistas, lejos de los ferrocarriles y ríos principales. Por dondequiera que pasara, ayudaba a los campesinos a recuperar la tierra de los terratenientes feudales y a constituir sus propios órganos de poder. Ahí donde se encontraba el ejército actuaba no sólo como fuerza militar sino también como educador y organizador del pueblo. Entre 1930 y 1934 desbarató completamente cuatro «campañas anticomunistas» de millones de hombres lanzados por Chiang Kai-shek. El Ejército Rojo Chino logró destruir grandes ciudades kuomintanistas y que desertaran miles de soldados chiangkaishistas de origen campesino y algunos oficiales patriotas.

Las armas que los imperialistas suministraban en abundancia a Chiang pasaron a manos del Ejército Rojo. Los oficiales alemanes fascistas invitados por Chiang en calidad de consejeros, entre ellos el famoso general von Seeckt, organizador del renacer de las fuerzas alemanas semiclandestinas después de la Primera Guerra Mundial, y el general von Falkenhausen, más tarde gobernador militar de Hitler en Bélgica, resultaron unos aficionados en comparación con los estrategas y jefes militares comunistas como Chu De, Peng De-juai, Liu Bocheng, Chen Yi, Lin Biao y Shui Siang-chien. La aviación

de Chiang, organizada y adiestrada por oficiales norteamericanos, tales como Claire Chennault, y por una misión aérea fascista italiana encabezada por el general Lordi, bombardeó cientos de aldeas e hizo entre los campesinos grandes cantidades de víctimas, pero pudo comprobarse que su efectividad militar era de escaso valor.

Los intentos del Kuomintang de liquidar el Ejército Rojo Chino tuvieron un rotundo fracaso. Sin embargo, este ejército no era aún lo suficientemente fuerte para atacar las ciudades o las comunicaciones principales, y los sectores revolucionarios permanecían bloqueados.

En este período tomaba forma el Eje Roma-Berlín. La Alemania nazi y la Italia fascista utilizaban la guerra civil de Chiang contra el pueblo con objeto de establecerse en China como primer paso para realizar sus aspiraciones de conquistar el mundo. Los alemanes penetraron profundamente en la estructura del ejército kuomintanista y de la policía; el capitán nazi Walter Stennes, por ejemplo, llegó a ser jefe de la escolta personal de Chiang y del servicio privado de información de éste. Con dinero italiano se fundaron los talleres Aeronáuticos Chino-italianos. Alberto de Stefani, ex ministro de Hacienda italiano, fue nombrado consejero de Economía de Chiang y elaboró un plan para hacerse con la más grande empresa naviera del país, la Compañía Mercantil China de Buques de Vapor. Se dice que un alto funcionario de la administración mussoliniana definió este intento de penetrar en la marina mercante china como camino para «asegurar concesiones políticas y tal vez territoriales».* Las instalaciones aéreas italianas eran consideradas como bases para apropiarse las provincias de Chiangsí y Fuchién aprovechando la ocasión de cualquier futuro desmembramiento de China.

La absoluta indiferencia de Chiang Kai-shek por los intéreses de su país se refleja en su actitud frente a estas intrigas

*Tamagna, Frank L.: *Italy's Interests and Policies in the Far East.* Nueva York, 1940.

del Eje; conservó sus consejeros fascistas alemanes e italianos incluso después que estos países entraran en colaboración completa con el Japón, país que estaba invadiendo de hecho a China. Los conservó asimismo cuando estaba claro que los oficiales nazis y fascistas recogían información para los japoneses en los lugares de mayor importancia estratégica.

En cuanto a los Estados Unidos e Inglaterra, a pesar de que el Japón impedía que estos países comerciaran en Manchuria y hasta habían quebrantado la supremacía que detentaban en Shanghai, poco o nada hicieron por detener tales ingerencias.

Los EE. UU. declararon que esperaban fuera respetado el principio de «puerta abierta». Al objeto de persistir en su papel de «amigo de China», este país denunció además de palabra las manipalaciones de Tokio. Pero en la práctica, incrementó sus exportaciones de petróleo y chatarra al Japón. Estos materiales exportados constituían la base sin la cual no podía constituirse la máquina bélica japonesa.

El Gobierno británico de entonces consideraba que las pérdidas inmediatas estaban compensadas por el «servicio» que el Japón prestaba al «colocar a los chinos en el puesto que les correspondía». Sir John Simon, Secretario de Asuntos Exteriores de Inglaterra, evitó diligentemente que la Liga de las Naciones actuara contra la agresión japonesa; y sus hipócritas manifestaciones de simpatía por China fueron acompañadas de un sinfín de salvedades para mitigar el efecto de la agresión nipona. Sus esfuerzos eran tan vehementes que Matsuoka, delegado japonés en la Liga, declaró después que ni él mismo hubiera podido defender el caso japonés con mayor acierto. L. S. Amery, miembro del Gabinete británico, se manifestó con una expresión típicamente conservadora: «¿Quién se atreve aquí a afirmar que el Japón no debiera haber actuado como lo hizo con objeto de . . . defenderse contra . . . un potente nacionalismo chino? Toda nuestra política en la India, toda nuestra política en Egipto queda condenada si condenamos al Japón.»

Los círculos gobernantes de Inglaterra y de Norteamérica argüían que el Japón no podía digerir sus conquistas de China sin la ayuda económica de Wall Street y de los banqueros londinenses que serían quienes al fin y al cabo cosecharían los beneficios. Siempre tenían en la mente la idea de que el Japón podía ser empujado a la guerra contra la U.R.S.S., país con el cual sus fuerzas tenían una larga frontera en Manchuria.

El propio Amery escribía: «Aunque no entra dentro de nuestra política el fomentar una disputa entre el Japón y la Rusia soviética, no nos importaría, si tal disputa degeneraba en una guerra para evitar la expansión japonesa en Siberia Oriental.»*

El establecimiento de relaciones diplomáticas entre los EE. UU. y la Unión Soviética, y los esfuerzos de Norteamérica e Inglaterra por remendar las finanzas de Chiang Kai-shek estaban encaminados a obtener nuevas garantías. Es más, el consolidar la situación económica de Chiang tendía en primer término a facilitar a éste la continuación, con más energía, de su guerra civil contra el pueblo.

En el terreno internacional, la única voz consecuente contra la agresión japonesa y contra todas las demás agresiones fascistas era la de la Unión Soviética. La enérgica defensa de los derechos de China que hizo la U.R.S.S. imposibilitó que el Kuomintang justificara ante el pueblo su falta de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. A fines de 1932 se intercambiaron embajadores entre Moscú y Nankín.

Mientras tanto, el Kuomintang mantenía la guerra civil con creciente ferocidad a la vez que seguía haciendo concesiones a los japoneses. Pero en todas partes de China se exigía la resistencia a la agresión japonesa. En 1931 y 1932 hubo en las principales universidades manifestaciones estudiantiles persistentes a pesar de la represión y las detenciones. En el ejército crecía el descontento con la política de Chiang. El «general cristiano» Feng Yü-siang y otros generales, incluyendo al general Chi Jung-chang, miembro del Partido Comunista, lucharon contra los japoneses en lo que era entonces la provincia de Chajar, de población mongola y china. Esta resistencia fue de breve duración, porque Chiang Kai-shek no sólo no la apoyó sino que dio todos los pasos para acuchillarla por la espalda. El general Chi Jung-chang, después de haber sido detenido por la policía de la concesión francesa de Tientsín, fue entregado al Kuomintang que más tarde lo fusiló.

*Amery., L. S.: *The Forward View.* Londres, 1935.

En 1933, el 19 Ejército, que había tenido a raya a los japoneses en Shanghai, fue enviado a combatir contra el Ejército Rojo, pero se negó a ello. Durante un breve período sostuvo en Fuchou a un Gobierno antichiangkaishista y antijaponés.

En octubre de 1934, como resultado de errores políticos de «izquierda» que enemistaron a los campesinos acomodados y a ciertos sectores de la pequeña burguesía, errores que consistían en hacer hincapié en la guerra de posiciones y no en la de guerrillas en un período en el cual el ejército del Kuomintang era el más fuerte, el Ejército Rojo Chino fue obligado, bajo la enorme presión enemiga, a evacuar su base central de las provincias Chiangsí y Fuchién. Junto con unidades llegadas de otras regiones, dio comienzo a la legendaria «Gran Marcha» hacia el Noroeste. Esta campaña duró un año durante el cual las tropas recorrieron 12.500 kilómetros. Fue una epopeya sin precedentes en la historia de las guerras. Los combates diarios y la repetición de ciertos errores políticos ocasionaron grandes pérdidas. Antes de comenzar la Gran Marcha, el Ejército Rojo Chino llegó a contar con 300.000 hombres. Al terminar la campaña había quedado reducido a 30.000.

Sin embargo, la campaña fue una gigantesca victoria militar y política. El ejército recorrió once provincias que contenían doscientos millones de habitantes, para los cuales fue un ejemplo de lucha abnegada y efectiva a favor del pueblo. Las tropas que pudieron por fin abrirse camino hacia el noroeste de China eran lo mejor de la revolución, habían sido sometidas

a todas las pruebas y se habían forjado en los combates. En el fuego de la Gran Marcha, las tendencias «izquierdistas» que tan caro habían costado a la revolución en los años precedentes fueron finalmente liquidadas en la famosa Conferencia de Dsunyi, en 1935, lo que marcó un punto crucial en toda la labor del Partido. Se comprobó que la política propugnada por Mao Tse-tung era la acertada; y se estableció de modo inconmovible la posición rectora de éste en el Partido.

El Ejército Rojo llegó a su nueva base lleno de espíritu y experiencia; derrotó a una expedición de castigo que Chiang Kai-shek envió contra él. Todo el pueblo de China empezó a ver que el Ejército Rojo era la fuerza invencible, inquebrantable, necesaria para expulsar a los invasores japoneses que amenazaban la integridad nacional. El 9 de diciembre de 1935, una gran manifestación de estudiantes universitarios se enfrentó con los invasores japoneses. Las huelgas estudiantiles iniciaron un movimiento de escala nacional bajo la consigna de «¡Que termine la guerra civil! ¡Unión para resistir al Japón!»

Poco tiempo antes, en consonancia con el movimiento del frente único de lucha contra el fascismo creciente en todo el mundo, el Presidente Mao Tse-tung declaró que la tarea del Partido era «integrar las actividades del Ejército Rojo en todas las actividades de los obreros, los campesinos, los estudiantes, la pequeña burguesía y la burguesía nacional de todo el país y formar con todo ello un frente único nacional revolucionario». El Partido, asimismo, sustituyó la consigna de la República de Obreros y Campesinos, como Gobierno de China una vez triunfara la revolución antifeudal y antiimperialista, por la consigna de la República Popular, en la que la burguesía nacional habría de ser una de las clases que gozara de la legalidad y ocupara un puesto en la vida política.

El Ejército Rojo Chino envió un mensaje al Ejército del Kuomintang proponiéndole negociar la paz interior y llegar a un acuerdo para combatir al imperialismo japonés. El Ejército Rojo Chino se enfrentó con las unidades de Chiang

Kai-shek no sólo con energía sino gritando: «¡Los chinos no deben luchar contra los chinos! ¡Hay que oponer resistencia al Japón!»

Esta actitud, que correspondía a los hechos y a los sentimientos de China en la nueva situación, tuvo un efecto irresistible. A fines de 1936, el Ejército del Noroeste, mandado por el general Yang Ju-cheng, al unirse con las tropas del Nordeste, dirigidas por «el joven mariscal» Chang Shue-liang, las cuales tenían verdadero interés en expulsar a los japoneses de sus provincias, concluyeron una tregua local con el Ejército Rojo contra el que había sido enviadas. En diciembre del mismo año, Chiang Kai-shek se escapó a Sían (prov. Shensí) para incitarles a iniciar la ofensiva; pero en lugar de obedecer sus órdenes, fue arrestado. Durante su confinamiento le visitó Chou En-lai. Cuando Chiang, que había sido causa de la muerte de tantos comunistas, vio ante sí al representante del Partido Comunista pensó que sus últimos momentos habían llegado.

El Partido Comunista, sin embargo, aconsejó a los subordinados de Chiang que se habían rebelado que no lo condujeran ante el tribunal popular como traidor. Preveía que la nueva y gran guerra civil que podía seguir a tal acción redundaría en beneficio del Japón. El Partido Comunista, al intervenir para asegurar la libertad de Chiang y la paz interna del país, mostraba al pueblo que lo más valioso era la unidad de todos los sectores de la sociedad para defender a la nación.

El Partido veía claramente que Chiang Kai-shek, presionado por la creciente demanda popular de resistencia antijaponesa, no podría utilizar por mucho tiempo sus tropas en una guerra civil. Consideraba que si el Japón extendía su ofensiva, tendría que luchar en defensa propia. Estimaba también que los norteamericanos y los ingleses, que respaldaban a Chiang y cuyas posiciones en China estaban aismismo amenazadas por los militaristas de Tokio, apoyarían en cierta medida toda decisión de resistir, con tal de poder negociar con el Japón más tarde en alguna otra empresa interimperialista.

XVI

GUERRA DE RESISTENCIA CONTRA EL IMPERIALISMO JAPONES (1937-1945)

Este punto de vista era justo. El 7 de julio de 1937, el ejército japonés atacó por el sector de Lugouchiao (Puente de Marco Polo). Tras varios días de encarnizada lucha, llegó a las puertas de Pekín. El 13 de agosto, las fuerzas japonesas de mar y tierra iniciaron operaciones combinadas para tomar Shanghai, donde las tropas chinas resistían desde hacía tres meses.

Apartándose del camino tradicional de dominar a China como a país semicolonial, Tokio intentó convertirla en una simple colonia. El pueblo chino se encontró ante la más importante crisis de su historia.

La guerra civil de China cesó; el Kuomintang y el Partido Comunista llegaron a un acuerdo. El Ejército Rojo tomó en adelante los nombres de Nuevo Cuarto y Octavo Ejército. La política de confiscación de las propiedades rurales de los terratenientes en beneficio de los campesinos fue sustituida por la de reducción de las rentas y los intereses. Entonces empezó una lucha por la supervivencia nacional, que duró ocho años, en la que fueron puestos a prueba todos los ejércitos, partidos y grupos.

En la primera etapa de las hostilidades, es decir, hasta la caída de Jankou y Cantón en octubre de 1938, el Kuomintang presentó una cierta resistencia, y algunas de las tropas que se encontraban bajo su mando lucharon bien y tenazmente. Pero incluso en este período la táctica de Chiang fue pasiva, oportunista y traicionera.

En el interior del país, intentó la imposible tarea de enfrentar al enemigo tan sólo una parte de sus ejércitos, guardando el resto en reserva para luchar contra el pueblo e impidiendo celosamente todo conato de organización e iniciativa popular en la lucha. Incluso en esta primera fase entró por dos veces en negociaciones con los japoneses. La primera fue a través de los alemanes, en vísperas de la ocupación de Nankín (1937). La segunda, en 1938, por medio de emisarios directos.

En el terreno internacional, Chiang se volvió hacia la Liga de las Naciones y a sus amos anglo-norteamericanos con la esperanza de que le sacaran del atolladero. No hizo uso de las estrechas relaciones que la Unión Soviética había establecido con su Gobierno, ni de la ayuda recibida por China a consecuencia de ello, como medio de fortalecer la nación. Por el contrario, esperaba enredar a la U.R.S.S. en una guerra con el Japón, lo cual le permitiría, una vez más, negociar con el enemigo e incluso quedarse al margen de la contienda.

Hasta cuando era reconocido por todos como jefe de Estado de un pueblo unido que luchaba por sobrevivir, Chiang conservó el perfil que había adquirido en su juventud, cuando era un especulador del tráfico de mercancías. Pensó y actuó sólo en beneficio de los mezquinos intereses de su pandilla. Mientras los soldados y el pueblo luchaban y morían por la Patria, Chiang seguía siendo un criado, un testaferro de los intereses y la política extranjeros. Lo cual tuvo su expresión más asombrosa en el hecho de que cuatro años y medio después que el Japón iniciara sus ataques contra China (1937) no había declarado aún la guerra a aquel país. Pero sólo tardó dos días en hacerlo, en cuanto el Japón atacó a los Estados Unidos y a Inglaterra, en diciembre de 1941.

Desde principios de 1939 en adelante, Chiang ya no luchó en la práctica contra el Japón. Prefirió dejar que concentrara sus fuerzas contra los ejércitos populares, dirigidos por el Partido Comunista que operaban sobre todo en la retaguardia enemiga. Mientras tanto, renovaba sus ataques y provocaciones anticomunistas.

Estas maniobras en el interior tenían su contrapartida en la política exterior de Chiang. Cuando, después de estallar la guerra europea, se produjeron los éxitos temporales del Eje, probó que si hacía falta estaba tan dispuesto a engañar a Inglaterra y Norteamérica como lo estaba a traicionar a su propio pueblo. Después de la caída de Francia, reanudó los contactos secretos y directos, al más alto nivel, con el Japón. En plena guerra, el ministro de Asuntos Exteriores de Tokio, Matsuoka, habló a von Ribbentropp, su colega nazi, de «Chiang Kai-shek, con el cual estaba en contacto directo, al que conocía personalmente y en quien confiaba».*

En cuanto Alemania atacó a la Unión Soviética (junio 1941), el Kuomintang pensó reanudar en gran escala la guerra civil. La señal para el ataque general contra todas las regiones regidas por el Partido Comunista había de ser la ocupación de Moscú por los nazis. Algunos de los elementos dirigentes del Kuomintang pensaban en adherirse al Eje a continuación. Pero, como sucede con muchos de los sueños de los reaccionarios de todo el mundo, este sueño se desvaneció, a la par de la ofensiva hitleriana, gracias a los heroicos esfuerzos del ejército y el pueblo soviéticos. Episodio que muestra una vez más la estrecha ligazón existente entre el destino de la Unión Soviética y los intereses tanto del pueblo chino como de los demás pueblos.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, en diciembre de 1941, después del ataque japonés a Pearl Harbour,

*Documento Aufz. RAM 1941, del 29 de marzo de 1941, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania, capturado y publicado por el Gobierno de los E.E.U.U.

Chiang declaró la guerra al Japón y a las otras potencias del Eje. Ahora el plan del Kuomintang consistía en mantenerse agazapado, hasta que Norteamérica, a la que consideraba invencible, le liberase tanto de los apetitos japoneses como del propio pueblo chino. Pero, en 1942-43, el Japón obtuvo una serie de grandes victorias en el Pacífico contra las fuerzas anglo-norteamericanas. El Gobierno de Chiang Kai-shek reanudó inmediatamente sus contactos secretos con Tokio, usando para ello de traidores declarados así como al nazi Walter Stennes. Llegó incluso a permitir que Kuroda, destacado funcionario del servicio secreto japonés, estableciera su residencia, bajo la protección de Chiang, en la ciudad de Chungching, capital de China en tiempo de guerra.

En esa fase, Chiang Kai-shek ordenó a muchos generales que se pasaran a los japoneses con sus tropas; y así, pagadas y pertrechadas por el Japón, pudieron luchar contra los ejércitos del Norte y Centro de China, dirigidos por los comunistas. Sus cálculos eran simples: si el Eje ganaba la guerra, estas tropas constituirían un puente que le permitiría pasarse al otro lado; si ganaban los aliados, también serían utilizables, pues al haber vuelto bajo el pabellón japonés a las regiones de donde habían sido desalojadas las tropas regulares kuomintanistas, estarían en una situación ideal con vistas a la subsiguiente guerra civil.

En la fase siguiente (1944-45) decreció el poderío naval y aéreo del Japón. Sus comunicaciones marítimas quedaron a merced de los ataques norteamericanos. Por eso, sus fuerzas terrestres violaron el tácito acuerdo concertado con el Kuomintang y establecieron una línea ferroviaria que a través de las áreas controladas por éste, llegaba desde Manchuria hasta la frontera de Indochina.

Chiang no puso a ello el menor reparo. En cambio, utilizó todas las armas obtenidas de los Estados Unidos y sus unidades escogidas, adiestradas por los norteamericanos, para bloquear y, en algunos casos, atacar a las fuerzas populares. A los frentes japoneses no envió tropas combatientes sino negociadores.

Todos estos hechos están ya suficientemente documentados, expuestos y probados. Muchos de ellos, sin embargo, fueron revelados no sólo por indignados patriotas chinos sino también por algunos oficiales y diplomáticos norteamericanos, uno de los cuales fue el general Stilwell,* comandante supremo de las fuerzas norteamericanas en China hasta su traslado en 1944. Estas gentes, aunque querían consolidar el dominio de los EE.UU. en tiempo de guerra y después, deseaban también una lucha más activa contra el Eje. Muchos de ellos ignoraban la pérfida «gran estrategia» de la colaboración Chiang-Japón-Norteamérica contra el pueblo chino, ya prevista para la postguerra. Algunos de ellos se resistieron a aceptarla cuando fue manifestada abiertamente, lo cual les valió luego el ser expulsados de sus puestos oficiales en Norteamérica o, como sucedió al propio Stilwell, una muerte prematura.

Pero la verdadera historia de China y del Extremo Oriente no la iban a hacer Chiang, ni los japoneses ni los políticos y generales norteamericanos. El futuro lo estaban forjando el pueblo chino y sus dirigentes revolucionarios. En esos mismos años, éstos habían alcanzado tal fuerza, experiencia y clarividencia política que ya no podían ser derrotados o despojados de los frutos de su lucha como lo habían sido en 1927.

Mientras la pandilla dirigente del Kuomintang traicionaba no sólo a la nación en su conjunto sino a los soldados de sus propios ejércitos, y amasaba fabulosas riquezas robando al pueblo en las áreas que controlaba, las fuerzas dirigidas por el Partido Comunista enarbolaban la bandera de la guerra de liberación nacional. Multiplicaban su número y su influencia en el fuego de las incesantes batallas que libraban contra los invasores. Yenán, la pequeña ciudad del Noroeste donde se habían establecido Mao Tse-tung y el Comité Central del Partido Comunista, se convirtió en la estrella polar de todo lo

*Véase *The Stilwell Papers*, editados por T. H. White; Nueva York, 1948.

que había en China de sano, progresivo y patriótico. Fue la gran fragua en la que se formaron y educaron los futuros dirigentes de todo el país.

Durante la guerra de resistencia contra el imperialismo japonés, el Partido Comunista llegó a ser reconocido como partido de la nación por todos los estratos de la sociedad china en los que no estaba muerto el sentimiento de amor a la patria. El número de sus miembros pasó de unos 40.000, en 1937, a 1.200.000 en 1945.

La guerra de movimiento y de guerrillas que, bajo la dirección del Partido, se libraba en todos los rincones de las regiones nominalmente ocupadas por los japoneses inspiró la confianza en cientos de millones de chinos y les impulsó a la acción. Produjo innumerables dirigentes militares y políticos de talento, surgidos de las masas, y creó una fuerza armada de proporciones sin precedentes que era en verdad «el puño del pueblo». Cuando, en 1935, terminó la heroica Gran Marcha, el Ejército Rojo Chino había quedado reducido a 30.000 hombres. En 1945, el ejército popular, luchando de continuo, había llegado a contar 910.000 hombres, además de los 2.500.000 que constituían las milicias populares auxiliares.

Se formaron extensas regiones liberadas en todas partes, desde el helado Norte hasta la meridional y subtropical isla de Jainán, allí donde las fuerzas populares iban rescatando territorios de las manos de los invasores japoneses. Estas regiones eran gobernadas por el partido de la clase obrera china. Los campesinos, que constituían la inmensa mayoría de la población, ganaron la plenitud de derechos políticos y grandes mejoras económicas en forma de sustancial reducción de las rentas e intereses (para garantizar la unidad de todas los sectores de la población susceptibles de oponerse a los japoneses, no se emprendió entonces la redistribución de la tierra). En la administración de estas regiones estaban representados los elementos patrióticos de todas las clases sociales; éstos ejercían sus funciones según orientaciones

políticas, económicas y culturales encaminadas a satisfacer las necesidades del pueblo y de la guerra nacional.

El Partido Comunista no contaba en 1937 más que con una sola base revolucionaria, en un rincón pobre y reseco del Noroeste, con una población de 1.500.000 habitantes. En abril de 1945, cinco meses antes de que los japoneses se rindieran, las Regiones Liberadas abarcaban una población de 95.000.000 de personas y disponían de una administración local bien organizada. Estas regiones fueron semillero y prototipo de la actual República Popular China.

Después de los dos primeros años de aquella guerra que duró ocho, el «frente» del Kuomintang permaneció inactivo. Las Regiones Liberadas soportaban los fuertes embates de la presión armada, encarnizada y constante, del 60% de todas las tropas japonesas que combatían en China. Se enfrentaban también con el 95% de las tropas chinas pasadas al enemigo que combatían bajo mandos japoneses (incluyendo aquellas que se habían pasado por orden de Chiang Kai-shek).

Mientras tanto, el Kuomintang sometía a las Regiones Liberadas a embargo militar y económico. Les cortó toda clase de suministro desde su propia retaguardia. No compartió con ellas los suministros procedentes de Norteamérica y la Unión Soviética y destinados a combatir a los japoneses. En lugar de hacerlo, destinó estos suministros a pertrechar a las fuerzas que bloqueaban las Regiones Liberadas, hasta el punto que estas tropas llegaron a ser las mejor equipadas del ejército del Kuomintang. En muchas ocasiones, atacaron directamente a las fuerzas populares. Su acción más notoria fue la traicionera emboscada y el aplastamiento de una columna del Nuevo Cuarto Ejército, dirigido por comunistas, perpetrada a principios del año 1941.

Las fuerzas populares combatieron a los japoneses, incomparablemente mejor armados, por medio de una constante guerra de guerrillas y operaciones de movimiento. Se abstuvieron de atacar las guarniciones del enemigo en las ciudades, grandes y bien atrincheradas, pero desbarataron todos los intentos del

enemigo de asegurarse el control de los distritos rurales. Al mismo tiempo, las fuerzas pasadas al enemigo, compuestas en su mayoría de levas realizadas entre los campesinos, fueron derrotadas o neutralizadas por diferentes procedimientos, ora militares, ora políticos. En junto, en el transcurso de la guerra, el Octavo Ejército y el Nuevo Cuarto Ejército causaron al enemigo más de 960.000 bajas y se apoderaron además de grandes cantidades de armamento.

Se adoptó una política flexible con relación al Kuomintang. En el terreno militar, se rechazaron sus ataques; pero se tuvo buen cuidado de evitar encuentros que pudieran convertirse en una guerra civil en gran escala que habría hecho el juego a los japoneses y a los ultrarreaccionarios. En el terreno político, el Partido Comunista exponía ante el pueblo de todo el país cada una de las provocaciones del Kuomintang, instándole al mismo tiempo a consolidar y reforzar el frente único antijaponés, y dando a conocer los hechos a la opinión democrática de los países aliados.

No se emprendieron acciones militares para romper el bloqueo económico del Kuomintang. En lugar de ello, las Regiones Liberadas dieron un ejemplo convincente de cómo debían y podían movilizarse todos los recursos de la nación. Supieron incorporar a las gentes del hinterland rural al movimiento de intensificación de la producción agrícola y de la industria en pequeña escala (de la artesanía ante todo). Sobre la base de la economía aldeana o de las ciudades pequeñas, pues en las Regiones Liberadas no había a la sazón grandes ciudades, crearon los recursos necesarios para la guerra y para alimentar y vestir a la población y al ejército mejor que en las regiones del Kuomintang, a pesar de que éstas disponían de recursos mucho mayores y contaban con las ventajas de la ayuda exterior. Cuando los ejércitos populares no combatían, se ocupaban de producir una gran parte de los alimentos que necesitaban para su sustento, con lo cual reducían al mínimo la carga que pesaba sobre los campesinos. Las Regiones Liberadas se convertían al mismo tiempo en centro cultural de

la nación que irradiaba optimismo y confianza. Por todos estos caminos, no sólo consolidaron su fuerza militar y económica sino que provocaron la admiración de muchos chinos, incluso habitantes de las regiones ocupadas por los japoneses o controladas por el Kuomintang, donde el Partido Comunista actuaba en la clandestinidad o en condiciones semilegales y donde una censura rigurosa intentaba impedir la circulación de noticias sobre sus logros.

Tales fueron los resultados de las dos maneras de actuar en la guerra contra el Japón: la del Kuomintang, por un lado, y la del Partido Comunista, por el otro. La una condujo a la desintegración, a la reacción y a las derrotas constantes. La otra, la línea de la guerra popular, echó los cimientos de la victoria del pueblo chino sobre el imperialismo japonés. Más aún, creó la base para el subsiguiente triunfo de la revolución secular de China, antifeudal y antiimperialista, contra todos los enemigos exteriores e interiores.

Examinemos ahora ciertas fases del ambiente internacional que rodeaba a la Guerra Chino-japonesa.

Roosevelt, el Presidente de los Estados Unidos, ya había demandado «la cuarentena de los agresores» y expresado su simpatía por las víctimas. Pero, de hecho, los monopolios de los EE. UU. habían acordado vender al Japón petróleo, chatarra y otros materiales de importancia estratégica sin los cuales éste no hubiera podido hacer la guerra. En 1938, tal clase de suministros significaban el 67% de las exportaciones yanquis al Japón. En 1939, éstos llegaron a constituir el 70%. A pesar de la abundante palabrería antijaponesa, Washington no inició una acción económica contra el agresor hasta 1941. En otras palabras, actuó tan sólo cuando resultó evidente que el Japón no iba a limitarse a atacar a China o a luchar contra la Unión Soviética, sino que había decidido avanzar «hacia el Sur», contra las esferas de influencia norteamericanas e inglesas en Asia. Incluso después de eso, sin embargo, los diplomáticos norteamericanos aún trataban de negociar un «Munich del Extremo Oriente». En este trato secreto, ofrecieron al

Japón dejarle que conservara sus conquistas en la China del Nordeste (Manchuria), las más próximas a la Unión Soviética, a cambio de que no chocara demasiado con los intereses yanquis en otras partes. Las conversaciones seguían, cuando el Japón atacó por Hawai.

La lucha interimperialista entre los Estados Unidos y el Japón fue muy real y aguda. Pero el Gobierno de los EE.UU. aun al iniciarse las hostilidades, trataba de zanjar la cuestión a expensas de China y la Unión Soviética, con la esperanza de subordinar luego económicamente el nuevo imperio japonés por el ya probado procedimiento del dólar.

Después de Pearl Harbour, la táctica de los círculos dirigentes de los Estados Unidos no podía dejar de cambiar. Ahora que seguían la guerra, pero con China como aliado, su política empezó a concretarse gradualmente como un esfuerzo por entrampar a este aliado de tal manera que se convirtiera en una colonia virtual de los EE. UU., por excluir sistemáticamente no sólo las aspiraciones nacionales del pueblo chino sino las influencias imperialistas rivales. China se vio inundada de oficiales, funcionarios y consejeros militares, económicos y culturales de los Estados Unidos, quienes criticaban ásperamente el régimen kuomintanista por su irremediable corrupción y su ineficiencia y procedieron a instalar jefes y controles al lado de los funcionarios chinos más «de confianza» por su pro americanismo, en todos los departamentos administrativos y militares.

Los Estados Unidos tenían también sus miras cuando instaron ocasionalmente a Chiang Kai-shek a negociar con el Partido Comunista en lugar de enredarse en una guerra civil mientras continuaba la guerra contra el Japón. Para ellos tenía más interés esta última sólo mientras la contienda aún no estaba decidida. Hacia 1944, se daba la mayor importancia a «salvar al Kuomintang de sí mismo», impidiéndole que se lanzara antes de tiempo a una guerra civil, antes de que pudiera ser puesto en condiciones tales que, después de la guerra, tuviera la posibilidad de aplastar la revolución popular.

El Gobierno de los Estados Unidos se ofreció como mediador entre las dos partes. Al proceder así perseguía la vana esperanza de «negociar» con la fuerza antiimperialista que representaban las Regiones Liberadas y el Ejército Popular, y destruirla. Trataba de utilizar este fácil camino de anular las conquistas más sólidas realizadas por el pueblo chino en cien años de amarga experiencia y de esfuerzo, la preciosa garantía del futuro que el pueblo había edificado y consolidado con su sangre. Por añadidura, intentaba utilizar su posición de «neutral» para realizar una exploración militar y política de las Regiones Liberadas.

A la Gran Bretaña lo que más le preocupaba en los años 1937-41 era comprar al Japón. Traspasó a las fuerzas japonesas que ocupaban los puertos marítimos de China los ingresos de las aduanas chinas que controlaba desde hacía tiempo. Accedió también a la demanda del Japón de cerrar la carretera de Birmania, el único camino seguro por el cual podía recibir China suministros de Occidente; y ofreció sus servicios para concertar un «acuerdo» chino-japonés. Cuando estalló la guerra del Pacífico, en 1941, Inglaterra empezó a concentrarse poco a poco en una política de largo alcance, la de salvar sus posiciones en China de los movimientos de liberación nacional, por un lado, y de la creciente intromisión norteamericana, por el otro.

La política de la Unión Soviética consistía en ayudar a todos los países víctimas de la agresión fascista, fuera cual fuese su sistema social y su forma de gobierno. Inmediatamente después de la invasión japonesa (1937), la U.R.S.S. firmó con China un pacto de no agresión, le concedió créditos y, a través de la frontera noroeste de China, empezó a abastecerla de material bélico y de otros productos. Un grupo de aviadores voluntarios soviéticos, que mantenía constantemente todos sus efectivos, desempeñó un gran papel derribando los aviones japoneses que hacían incursiones en Nankín, Jankou y otras ciudades. Hasta el propio general norteamericano Chennault, hombre muy adicto a Chiang Kai-shek, se vio obligado a admitir, en un libro escrito en 1949, que «Desde que estalló la guerra, en el verano de 1937, hasta fines de 1942, la mayor parte de la ayuda extranjera a China era rusa».*

Madame Chiang Kai-shek, violentamente anticomunista y antisoviética, presidenta, durante la guerra, de la Comisión Aeronáutica del Kuomintang, echó en cara de los Estados Unidos el contraste entre sus actos y los de la U.R.S.S. En una revista norteamericana muy difundida, escribió:

> El 80% de los suministros bélicos de Japón proviene de Norteamérica. . . y el 95% de la gasolina para la aviación consumida por los japoneses en sus feroces bombardeos era norteamericana.
>
> En los tres primeros años de resistencia, la Rusia soviética concedió a China, con destino a la adquisición de material de guerra y otros productos, créditos varias veces mayores que los recibidos de Inglaterra o los Estados Unidos.
>
> Es más, en las reuniones de la Sociedad de las Naciones fue Rusia la que tomó una actitud firme en defensa del llamamiento de China de que se tomaran medidas efectivas para condenar al Japón como agresor. . . cuando el Japón protestó de que la ayuda prestada a China por Rusia era una ruptura de la neutralidad, Rusia no se doblegó, ni se rindió, ni se avino a un compromiso, sino que continuó suministrando su ayuda. . . .
>
> Es de subrayar que la ayuda rusa ha sido siempre incondicional.**

En dos ocasiones, en gran parte como represalia por esta ayuda, el Japón atacó el territorio de la Unión Soviética y a su aliada la República Popular de Mongolia. Las dos veces, en el lago Jasán (Changgufen), no lejos de Vladivostok (1937), y en Jaljin-Gol,*** en Mongolia (1939), el Japón sufría sendas y grandes derrotas. Sólo los combates de Jaljin-Gol le costaron 660 aviones, gran número de tanques y no menos de 25.000 muertos. Estas duras lecciones fueron la causa principal de que el Japón no aceptara amablemente los dictados de satisfacer sus ambiciones por medio de una incursión en Siberia, y

*Chennault, Claire L.: *Way of a Fighter.* Nueva York, 1949, pág. 61.

**_Liberty Magazine_, Nueva York, 21 enero 1939.

***_Jaljin-Gol_, Col. S.N. Shishkin, Editorial Militar de la U.R.S.S. Ministerio de Defensa. Moscú, 1954, p. 56

prefiriera probar suerte a lo largo de lo que consideraba como «línea de menor resistencia» en el Pacífico del Sur.

Finalmente la Unión Soviética, después de romper el espinazo a los agresores hitlerianos en 1941-45, hizo honor a sus compromisos con sus aliados y asestó un formidable golpe demoledor a la mayor concentración de tropas del Japón, asegurando con ello el que los militaristas japoneses no pudieran ya continuar por mucho tiempo su guerra en tierra china y conduciendo a aquél hacia la derrota definitiva. En este golpe participaron las fuerzas de la República Popular de Mongolia, que fue por tanto una de las potencias vencedoras pero a la cual, a instancias de los EE. UU., se le negaba hasta diez años después la entrada en la organización de las Naciones Unidas.

El «papel decisivo de la bomba atómica» es un mito, confeccionado en Washington con fines políticos y difusamente propagado por todo el mundo después de su lanzamiento. El antisoviético general de la aviación norteamericana Chennault, el día de la rendición del Japón expresó su opinión de militar en los siguientes términos: «La entrada de Rusia en la guerra contra el Japón fue el factor decisivo para acelerar su fin, aunque no se hubieran lanzado bombas atómicas».* Y dos comentadores políticos norteamericanos, uno de los cuales fue después Secretario de Aviación en el Gobierno del Presidente Truman, revelaron más tarde francamente que la decisión de usar el arma inhumana obedecía a razones políticas:

> ¿Por qué, pues, la lanzamos? O, suponiendo que el uso de la bomba estaba justificado, ¿por qué no demostramos su potencia en una prueba realizada bajo los auspicios de las Naciones Unidas sobre la base de la cual se presentaría un ultimátum al Japón?
>
> No, ninguna prueba hubiera sido posible si el objetivo era aplastar al Japón antes de que interviniera Rusia — o, por lo menos, antes de que Rusia pudiera hacer otra cosa que iniciar su participación con anterioridad al derrumbamiento del Japón.**

New York Times, 15 de agosto de 1945.

**Cousins, Norman and Finletter, Thomas K.: *Saturday Review of Literature*, 15 de junio de 1946.

Estas dos últimas citas han sido tomadas en *Military and Political Consequences of Atomic Energy*, de P.M.S. Blackett, miembro que fue del Comité Consultivo del Gobierno Británico para la Energía Atómica. (Londres, 1948)

El bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki no fue, como pareció entonces, un arma necesaria para derrotar a los militaristas japoneses y terminar la guerra contra el fascismo.

La bomba atómica fue lanzada para asegurar que la Unión Soviética no tuviera voz en los asuntos japoneses de la postguerra. Se hizo en un tiempo, como testifica su fautor, el Subsecretario de Estado de los Estados Unidos Joseph Grew, cuando la política de Norteamérica consistía ya en mantener en su trono al emperador del Japón, y en evitar el desarrollo social de este país.

XVII

LA GUERRA DE LIBERACION Y SU VICTORIA (1946-1949)

Después de 1945, los Estados Unidos intentaron penetrar en el Extremo Oriente usando las posiciones que había ocupado el Japón derrotado. Soñaban con el dominio absoluto sobre los grandes recursos y mercados de China. Todos los rivales imperialistas capaces de disputarles este dominio, o lo suficientemente fuertes para reclamar una porción en el reparto, habían sido eliminados o se encontraban muy debilitados. Pero el movimiento de liberación nacional del pueblo chino, incrementado hasta alcanzar proporciones colosales, estaba en pugna con las ambiciones de los monopolios norteamericanos.

En consecuencia, desde el mismo día de la capitulación del Japón, en ciertos círculos norteamericanos se desplegó acelerada actividad para despojar al pueblo chino de los frutos de la victoria. Se dirigía en varias direcciones: militar, política y económica.

En lo militar, el primer paso fue la orden de MacArthur al ejército japonés en China de que no se rindiera a las fuerzas del pueblo. La cual fue seguida de instrucciones más específicas de Chiang Kai-shek a Okamura, comandante en jefe de las fuerzas japonesas, animándole a resistir a las tropas

populares. En vista de que las huestes de Chiang habían abandonado hacía años los alrededores de las grandes ciudades del norte y el centro de China y los grandes puertos de mar, los japoneses, que se habían «rendido», siguieron bajo las armas durante largo tiempo aún. Más tarde fueron reforzados por tropas norteamericanas, cuyos contingentes en China llegaban escasamente a los 60.000 hombres al terminar la guerra contra el Japón pero crecieron en los meses sucesivos hasta alcanzar los 143.000 soldados.

Mientras tanto, los aviones y los buques norteamericanos de transporte trasladaron más de un millón de soldados chiangkaishistas, para que se incautaran de 1.250.000 soldados japoneses que se rindieron con armas y bagajes.

Además, los 491.000 soldados pasados bajo el mando de 57 generales a los que el propio Chiang había ordenado se pasaran al campo enemigo, junto con unos 300.000 hombres provenientes de las levas organizadas por los japoneses cuando ocupaban el país, fueron puestos en servicio activo como unidades del ejército kuomintanista. Así pues, bajo la protección de los EE. UU., se formaron unas fuerzas contrarrevolucionarias, las más poderosas y mejor pertrechadas que registra la historia de China, como base para una guerra civil, sangrienta y de una crueldad sin precedentes. La potencia reaccionaria creada de esta manera lleva en sí, sin embargo, la semilla de su desintegración. El pueblo chino no había combatido contra los japoneses para terminar dominado por los Estados Unidos. Había luchado por la independencia nacional. No había luchado por reanudar la guerra civil sino a fin de reconstruir su país pacíficamente. Este sentimiento estaba presente tanto entre las tropas kuomintanistas como entre los demás chinos.

En el terreno político, para llevar a cabo el plan EE. UU.-Kuomintang se requerían tiempo y cínicas maniobras. Su éxito exigía el engaño de la opinión pública de todo el mundo, incluso la de China y la de los Estados Unidos; exigía también la preparación del ambiente para que se aceptara la traición a los objetivos de la guerra antifascista. Teniendo en vista

esos objetivos, los gobernantes norteamericanos no cejaban en sus intentos de actuar como «mediadores» entre el Kuomintang y el Partido Comunista de China.

El Partido Comunista, aunque conocía los móviles de Norteamérica y del Kuomintang, entró en estas negociaciones. Al proceder así, actuaba sobre la sólida base del anhelo del pueblo chino de reconstruir su país pacíficamente. Tomando parte en las conversaciones, deshizo y puso de manifiesto las reiteradas provocaciones militares en gran escala que lanzaba Chiang Kai-shek simultáneamente.

En Chungching, se llegó a dos acuerdos entre el Kuomintang y el Partido Comunista, el 10 de octubre de 1945 y el 10 de enero de 1946. En ellos se estipulaba la democratización del Gobierno chino, y la unión de las fuerzas kuomintanistas y los ejércitos populares, sobre la base de una coalición.

Además del pueblo chino, la Unión Soviética y los sectores progresivos de todo el mundo se pronunciaron a favor de la paz y la unidad en China. En la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores, celebrada en Moscú en diciembre de 1945, los representantes de los gobiernos norteamericano e inglés pusieron sus firmas en la declaración conjunta con la U.R.S.S. pronunciándose por estos objetivos. El Gobierno de los EE. UU., necesitando aún esconder su completo abandono de las tendencias hacia la cooperación internacional que se habían desarrollado en el período de Roosevelt, firmó la declaración sin la menor intención de cumplir sus compromisos, como demostraron de manera patente los acontecimientos subsiguientes.

No obstante, estos cambios, tanto internos como internacionales, fueron beneficiosos para la revolución china. Los Estados Unidos y Chiang Kai-shek tenían esperanza de utilizarlos sólo como máscara; pero el fracaso fue rotundo. Al correr del tiempo, su efecto fue el contrario: ante el pueblo chino y ante el mundo entero se puso de manifiesto el profundo abismo existente entre sus palabras y sus hechos.

En el terreno económico: Los altos funcionarios kuomintanistas establecidos en apartados lugares del interior para no participar en la guerra contra los japoneses volvieron como buitres hambrientos a las regiones antes ocupadas por el enemigo. Se aprovecharon de sus puestos en el Gobierno para apoderarse de las fábricas, de los almacenes, buques y otras propiedades que los japoneses habían usurpado previamente a los capitalistas chinos, haciendo caso omiso de las reclamaciones de éstos. El capitalismo burocrático aumentó en proporciones monstruosas, para poder controlar en su mayor parte la moderna economía de China. Las grandes fortunas amasadas por las «Cuatro grandes familias», de Chiang Kai-shek, del ministro de Finanzas H. H. Kung, del ministro de Asuntos Exteriores T. V. Soong y de los hermanos Chen, que controlaban el aparato del partido kuomintanista, representaban un capital calculado en 20.000 millones de dólares norteamericanos.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos recogieron un primer plazo en pago de su apoyo al Kuomintang en la forma del tratado comercial chino-norteamericano de 1946. Este tratado abría al mercado chino las mercancías e inversiones de los EE. UU., sin restricción alguna. Los artículos de comercio baratos de todos los tipos inundaron las ciudades chinas; muchos de ellos entraban sin pagar derechos de aduana, bajo la máscara de «ayuda», imposibilitándose así el renacimiento de la producción del país y aumentando la cifra de los trabajadores parados. Los agentes de las compañías norteamericanas iban de un lado para otro en aviones militares de los EE. UU. o de las líneas de aviación civiles, «chinas» pero controladas por los norteamericanos, tomando nota de los yacimientos mineros y otros recursos naturales con vistas a su futura explotación.

Con la paralización de la vida económica normal y del crecimiento del presupuesto militar de Chiang Kai-shek sobrevino una inflación sin precedentes, la cual proporcionó inmensas ganancias a los especuladores del capital burocrático,

a los intermediarios que manejaban las mercaderías extranjeras y a los altos funcionarios corrompidos. Pero para los obreros no trajo más que hambre; y para el pequeño industrial, el comerciante y el que practicaba alguna profesión liberal, significó la ruina. Esta situación provocó en las ciudades grandes huelgas y manifestaciones obreras; y en la pequeña burguesía y en la burguesía media, la rápida difusión de un sentimiento antiimperialista, antigubernamental y extremista. La inmensa mayoría del pueblo exigía que cesaran la intervención norteamericana y la guerra civil. Sentimiento que fue agudizado cuando se vio de manera patente el que los EE.UU., una vez más, fomentaban el militarismo japonés y hacían revivir la potencia económica de los monopolios japoneses; también contribuyeron a esta agudización los asesinatos y violaciones perpetrados por los soldados norteamericanos. La respuesta de kuomintanistas y yanquis a cada señal de protesta era siempre la misma: el terror. Tanques norteamericanos, manejados por soldados de Chiang, irrumpieron en el recinto de una fábrica textil de Shanghai con objeto de reprimir a los huelguistas, mujeres en su mayoría. Los asesinos del servicio secreto kuomintanista, armados de pistolas provistas de silenciadores, suministradas por el servicio secreto de la marina norteamericana, asesinaron a representantes de la cultura china tales como Wen Yi-duo y Li Gung-pu, miembros de la aún existente Liga Democrática, de tendencias políticas moderadas. En numerosas ciudades fusilaban a los estudiantes dentro de sus centros docentes (hubo caso en que mataron a varios estudiantes mientras dormían en sus lechos). Además, volvieron con más ferocidad aún las detenciones y asesinatos, el espionaje, las provocaciones, la censura reaccionaria, los asaltos a las librerías y otros desmanes del período de la Segunda Guerra Civil Revolucionaria de la década de 1930.

Pero ya no era el año 1919, ni el 1927, ni los de la citada década. En la nueva situación histórica era imposible reprimir la creciente oposición ni siquiera transitoriamente, puesto

que formaba parte de un sólido frente popular de liberación nacional apoyado sobre una amplia base. En el centro de esta nueva alianza popular se encontraba el Partido Comunista, ya maduro por completo, con sus fuerzas armadas forjadas en los combates y con creciente prestigio.

Mientras tanto, la realidad de la guerra civil rasgó la cortina de la «mediación norteamericana». Las actividades del general Marshall, «mediador» principal, se hicieron tan descaradas que un semanario norteamericano que se publicaba en China dijo en uno de sus editoriales:

> Por nuestra parte, aún no sabemos bien si el general Marshall ha venido aquí en calidad de mediador o de comandante supremo de las tropas combinadas norteamericano-nacionalistas (es decir, kuomintanistas — Ed.).*

Las misiones norteamericanas actuaban ya abiertamente en los campos de batalla de la guerra civil.

En la primera fase de las hostilidades, desde mediados de 1946 a julio de 1947, el Ejército Popular de Liberación evacuó muchas ciudades, incluso su viejo cuartel general de Yenán. Su táctica consistía ahora en consolidar su firme base de apoyo en el campo, agotar y destruir los ejércitos kuomintanistas en lugar de mantenerse en posiciones fijas. Allí donde llegaba era el portador y protector de la reforma agraria; ésta ya no se limitaba a la reducción de rentas e impuestos, como en los tiempos del frente único nacional antijaponés. Significaba el reparto, sin indemnización, de las fincas de los terratenientes entre los campesinos y la cancelación completa de todas las deudas acumuladas sobre éstos: es decir, la destrucción del feudalismo. A consecuencia de ello, cada vez en mayores proporciones, las masas del campo ingresaban en las filas revolucionarias o formaban sus propias milicias para defender sus aldeas. Además, en las áreas ocupadas por el Kuomintang estallaban levantamientos campesinos. Tanto en el terreno político como en el militar, según las plañideras palabras de

**China Weekly Review.* Shanghai 22 de junio de 1946.

un informe militar norteamericano, resumido más tarde en el «Libro Blanco» sobre China, del Departamento de Estado de los EE. UU., las tropas kuomintanistas «se encontraban en una posición similar a la de las japonesas durante la guerra contra China», mientras el Ejército Popular «logró conservar intactas sus unidades y aptas para moverse, concentrarse y actuar en aquellos puntos que estimara conveniente».* En estas circunstancias, las fuerzas expedicionarias del Kuomintang, aunque estaban pertrechadas con abundante armamento norteamericano, sufrieron una rápida desintegración política. Un informe oficial norteamericano subrayaba «el agotamiento de los nacionalistas, su creciente indignación por la disparidad entre el enriquecimiento de los oficiales y la mísera soldada de las tropas; y su falta de combatividad, lejos de su hogar, entre una población hostil, mientras los comunistas están en condiciones de luchar por su tierra natal».* La reforma agraria hizo también mella en los soldados kuomintanistas. A aquellos cuyos hogares se encontraban en las regiones controladas por el Ejército Popular se les asignaba tierra en las mismas condiciones que a los demás campesinos; es claro que no podían considerar como «enemigos» al partido y al ejército que les habían dado la tierra a ellos y a sus familiares.

No es de extrañar, pues, que ni los 6.000 millones de dólares en forma de armamento norteamericano, ni las demás ayudas yanquis, ni el adiestramiento y el consejo que el imperialismo norteamericano prestaba al régimen kuomintanista fueran capaces de salvar a éste.

Hacia julio de 1947, las fuerzas revolucionarias habían conseguido que «las aldeas cercaran a las ciudades» en los aspectos militar y económico. También habían logrado cercar en el terreno político al Kuomintang y aislarlo del pueblo chino, tanto en las ciudades como en las aldeas. Aquel mes, el Ejército Popular de Liberación cruzó el río Amarillo en dirección Sur. Esta acción inició la segunda y última fase de la guerra, la ofensiva estratégica para liberar los centros urbanos. En una conferencia del Partido, celebrada en diciembre de 1947, el Presidente Mao Tse-tung señaló que no sólo marcaba un viraje de la guerra civil sino «el viraje del crecimiento a la extinción de más de 100 años de predominio del imperialismo en China».* Los hechos lo demostraron.

De septiembre a noviembre de 1948, todo el nordeste de China había ya sido liberado; 472.000 soldados kuomintanistas habían sido aniquilados o hechos prisioneros. Los consejeros militares norteamericanos comunicaban, en un desesperado parte, que en Chinchou «unidades del 93 Ejército se habían pasado a los comunistas»;** que en otros puntos «unidades instruidas y pertrechadas por los norteamericanos se habían desmoronado», y que en el sector de Shenyang (Mukden) «unos cuantos miles (de soldados kuomintanistas) . . . han sido evacuados en barcos, pero la inmensa mayoría de las fuerzas gubernamentales se había rendido sin combatir.»***

Después de estas victorias, la correlación de fuerzas cambió a favor del Ejército Popular de Liberación. Desde entonces, las fuerzas populares sobrepasaron a las del Kuomintang no sólo en el arte militar y en el terreno político sino también en número.

En la campaña de Juai Jai (prov. Shandung) que se desarrolló a continuación (de noviembre de 1948 a enero de 1949), 555.000 soldados kuomintanistas fueron puestos fuera de combate. El general Barr, jefe del grupo de Ayuda de los EE.UU. al Kuomintang, se vio obligado a informar una vez más a sus superiores de la «conocida deserción a las filas comunistas de dos divisiones nacionalistas, más la posible de

**United States Relations with China,* Departamento de Estado de los EE.UU., 1949, pág. 314.

*Id. id., pág. 316.

*Mao Tse-tung: *La situación presente y nuestras tareas,* 1947.

***United States Relations with China.* Departamento de Estado de los EE.UU., 1949, pág. 320.

***Id. id., pág, 321.

otra tercera».* El triunfo de la campaña de Juai Jai tuvo por resultado el aniquilamiento del grueso de las tropas kuomintanistas «más selectas» y la captura de grandes cantidades de tanques, cañones y otras armas modernas.

Cuando el pueblo chino estaba derrochando heroísmo sin par en la contienda y revelaba extraordinaria madurez en la táctica militar, el vergonzante Gobierno Chiang Kai-shek, a través de T.F. Chiang, su representante en la O.N.U., propuso a Marshall, Secretario de Estado de los Estados Unidos, que Norteamérica se hiciera cargo del armamento y las provisiones del fracasado ejército «nacionalista». ¿Estarían los EE. UU. dispuestos a que los oficiales norteamericanos fueran nombrados jefes efectivos de las unidades chinas siguiendo aparentemente como consejeros? — se preguntaba Chiang. Pidió también que fuera un general norteamericano quien elaborase los planes estratégicos del Kuomintang. Sabedor Marshall de que el juego militar había terminado, replicó que sería «una cosa muy seria para los Estados Unidos lo de mandar a un oficial a una misión condenada al fracaso casi seguramente».**

En enero de 1949 se ganó la batalla de la liberación del gran puerto septentrional de Tientsín; además Pekín capituló con toda su guarnición. Algunos extranjeros, testigos de los desfiles de la victoria celebrados por el Ejército Popular de Liberación en las dos ciudades, escribieron que las tropas marchaban equipadas con los pertrechos norteamericanos más recientes, los mismos que habían sido suministrados al Kuomintang. Sólo en enero de 1949, el Kuomintang perdió otro medio millón de hombres mientras las fuerzas populares crecían rápidamente. El informe oficial norteamericano sobre la situación decía así:

> Durante este mismo período, los comunistas han incorporado de manera efectiva a sus propias fuerzas unos 200.000 soldados de las tropas gubernamentales, utilizables como combatientes; han capturado además unos 400.000 hombres que han sido integrados en las unidades comunistas auxiliares.*

**United States Relations with China.* Departamento de Estado de los EE.UU., 1949, pág. 322.

**Id. id. p. 887. Las palabras figuran tal como las expresó Marshall en su memorándum del 6 de noviembre de 1948.

Hacia la primavera de 1949, las fuerzas populares se habían estabilizado en la orilla norte del río Yangtsé. Las frenéticas maniobras efectuadas entonces por los imperialistas y por sus instrumentos kuomintanistas daban la impresión de que la rueda de la historia de China de los últimos cien años rodaba de nuevo, pero en dirección contraria y a gran velocidad.

Los funcionarios norteamericanos situados en puestos importantes repartían los dólares en sus últimos intentos de comprar la revolución. Así por ejemplo, Paul Hoffman, entonces jefe de la administración del Plan Marshall, apareció en Shanghai con la oferta de «ayudar a todas las regiones de China». Ponía como condición que el Partido Comunista ordenara a los ejércitos populares que se detuvieran y se comprometiera a no «sancionar» a Chiang Kai-shek ni a los demás quislings norteamericanos.

Los caudillos militares y los politicastros kuomintanistas, últimos sucesores de la dinastía manchú y del traidor Yuan Shi-kai en la defensa del feudalismo y como policías del imperialismo en China, empezaron a hablar de «democracia» y de «paz interior». Se ofrecieron a entablar negociaciones e incluso prometieron un cierto grado de «reforma agraria», con indemnización a los terratenientes. Todo ello debía ser puesto en escena por una comisión agraria chino-norteamericana, lo cual es bien característico.

En abril, cuando el Ejército Popular de Liberación inició el paso del Yangtsé, al entrar en la base más importante del imperialismo y de Chiang, aparecieron de nuevo en el río los buques de guerra ingleses como diminutos y espectrales sucesores de aquellas otras flotas que hacia 1860 habían atacado a los Taiping, y que en 1911 habían conseguido presionar a los políticos burgueses que derrocaron a los manchúes; que

**United States Relations with China* Departamento de Estado de los EE. UU. 1949, pág. 323.

en 1927 habían bombardeado Nankín; que actuaron como una de las palancas destinadas a hacer fracasar la revolución; y que, en 1930 cañonearon al Ejército Rojo en Changshá. Pero esta vez el resultado fue muy otro. Fueron rápida y fácilmente expulsados por las armas de las fuerzas populares. Hasta los más reaccionarios comprendieron que el viejo tipo de la «diplomacia del cañonero» había dejado de ser efectiva. Ya no era posible ejercer el terror en China por medio de esperpentos; y ya no se efectuaron más demostraciones navales o militares de esta clase. El *New York Herald Tribune* publicó un epitafio revelador de todo este asunto y de la política norteamericana al decir en su editorial:

> Si en China fuera posible una intervención extranjera, a los rebeldes(*sic.*) comunistas se les podría tratar de la misma manera que se utilizó al reprimir la rebelión de los Boxers hace 50 años y la de los Taiping en 1865 . . . Hoy esto es imposible . . . Unos cuantos cañones occidentales, o incluso muchos, ya no son instrumento eficaz para intimidar y dominar a millones de asiáticos.

En el ínterin, el Partido Comunista, dirigente de la revolución popular, preparaba sus planes para la segunda etapa. Un mes antes de que se cruzara el Yangtsé, el Comité Central del P.C. se reunió y tomó una serie de acuerdos decisivos. Dispuso que el centro de la actividad revolucionaria, después de veinte años de acumular y desarrollar las fuerzas en los distritos rurales, fuera trasladado a las ciudades. También formuló los principios básicos del Gobierno popular que habría de establecerse una vez obtenida la inminente victoria a escala nacional.

Durante los meses restantes del año 1949, fueron liberadas todas las ciudades principales de China; y las misiones norteamericanas se vieron obligadas a retirarse, llevándose en su retirada a Chiang Kai-shek y al pequeño resto de su ejército, que fueron trasladados a Taiwán (Formosa) en barcos de transporte norteamericanos.

La victoria en las ciudades fue militar, y además política y económica. Los imperialistas, cuando sus tropas fantoche fueron vencidas en el campo de batalla, abrigaron la esperanza

de que los técnicos e intelectuales de la ciudad huyeran del Ejército Popular de Liberación y se negaran a cooperar con él. Calcularon que el Partido Comunista, después de haber trabajado por tanto tiempo en las aldeas, se estrellaría con los intrincados problemas económicos y administrativos de centros como Shanghai, con seis millones de habitantes, y que serían corrompidos por la atmósfera de especulación y de vicio allí reinante a causa del dominio extranjero y del gobierno de la decadente reacción china. Lo cual era ya muy significativo. La prensa norteamericana se había lamentado de la imposibilidad de «intimidar y dominar á China». Ahora, esa misma prensa predicaba solemnemente que lo que titulaba «democracia occidental» e «ideales del mundo libre» serían salvados por . . . la corrupción.

Pero los hechos demostraron lo erróneo de tales pronósticos. Comprobaron que las fuerzas del pueblo contaban con los obreros y los campesinos, y además con los intelectuales, los técnicos y con los capitalistas chinos patriotas. Todos estos grupos, lejos de huir, las acogieron como a los dirigentes de una nación independiente por fin. A los pocos meses, el nuevo gobierno había conseguido que renaciera la producción y detenido la rápida inflación, resolviendo problemas ante los cuales había sido impotente el Kuomintang durante todo el tiempo que detentó el Poder.

Entonces el Gobierno de los Estados Unidos, que durante tanto tiempo se había jactado de su «amistad con China», suministró aviones norteamericanos que, pilotados por aviadores chiangkaishistas adiestrados por los EE.UU., bombardearon Shanghai y otras ciudades. También recurrió al bloqueo y urdió varios complots de sabotaje y espionaje. Esto no desanimó al pueblo chino; le hizo ver claro cuáles eran sus verdaderos enemigos; le hizo unirse más estrechamente en torno al Gobierno que representaba sus verdaderos intereses.

En el aspecto militar, en el curso de la Guerra de Liberación Nacional fueron puestos fuera de combate unos ocho millones de hombres del ejército kuomintanista; y 54.000 cañones,

319.000 ametralladoras y un sinfín de fusiles pasaron a manos del pueblo quien los utilizó para ganar y defender su victoria.

En el aspecto económico, el asidero de los terratenientes estaba deshecho en muy extensos sectores rurales, con lo cual la reforma agraria encontraba una base para su culminación a escala nacional. Al liberarse las ciudades, la concentración monopolista del potencial industrial, bancario y comercial que se hallaba en manos de los capitalistas-burocráticos fue declarado propiedad pública. De esa manera perdió su naturaleza predatoria y se convirtió en el principal sector socialista de la nueva economía democrática de China. Tanto la industria privada como el comercio que no tenían un carácter especulativo sino productivo, fueron fomentados y desempeñaron su papel en el renacimiento y extensión de las actividades económicas.

El primero de octubre de 1949 fue proclamada la República Popular China. Este nuevo Estado estaba dirigido por la clase obrera. Se basaba en la alianza de obreros y campesinos. En él estaban representadas todas las clases democráticas, incluso los capitalistas nacionales. Unía a todas las nacionalidades del país sobre un pie de la igualdad de derechos y deberes. La proclamación de la República Popular China señalaba el triunfo de la revolución antiimperialista, antifeudal del pueblo chino e iniciaba el período de su transición hacia el socialismo.

XVIII

EPILOGO

El triunfo de la revolución china constituye uno de los puntos culminantes de la historia humana en los que nada queda como estaba. La nación más populosa de la Tierra, la cuarta parte de la Humanidad, saltó del pasado al futuro. Después del país más grande y de la potencia más fuerte de Europa, el país mayor y la potencia más fuerte de Asia tomaba el camino del socialismo. También este país se guió por el marxismo-leninismo y demostró la validez universal de la única verdadera ciencia de las relaciones sociales.

En 1917, la Revolución rusa de Octubre mostró que los trabajadores podían vivir y edificar sin amos, abriendo una brecha en el sistema mundial del capitalismo. En 1949, una vez edificado el socialismo en la Unión Soviética y después que ésta desempeñara un papel decisivo en la derrota de las potencias fascistas, la victoria en China de la revolución antiimperialista y antifeudal proporcionaba a la clase trabajadora el ejemplo de cómo aplastar tan sólido sostén del capitalismo, de la explotación colonial. La lección no se ha perdido para los pueblos de Asia, Africa y Latinoamérica. Los periódicos dan a diario pruebas fehacientes de ello.

La revolución china ha sido un progreso de las libertades de escala gigantesca. Liberó a unos 600.000.000 de seres del control extranjero al darles la independencia nacional después de un siglo de sometimiento; les liberó de un estado permanen-

te de guerra civil al darles la paz y la unidad; liberó al pueblo de la opresión feudal, el hambre y el atraso, al dar a los campesinos la tierra con que soñaran durante tres mil años; de la falta de perspectivas, al liberar las inmensas fuerzas productivas del pueblo y permitir a éste trabajar para sí mismo; liberó a las mujeres de la opresión familiar; dándoles los mismos derechos que al hombre; sacó al pueblo de la ignorancia y el analfabetismo, al abrirle las puertas de los centros de enseñanza; hizo de los hombres seres dignos, libres de humillaciones.

Es evidente que la revolución china ha acabado con otras «libertades» de las que el país estaba ya harto, tales como la libertad de los invasores para fusilar y explotar a los chinos en su propio país; la libertad de los terratenientes para vivir una vida de lujo a costa de apropiarse del 70% de las cosechas de sus míseros arrendatarios; la libertad de los eternos parásitos de todas clases para traicionar, saquear y vejar al pueblo; y la libertad de tratar a las mujeres como a objetos inanimados.

En una tentativa desesperada de anular este gran acontecimiento, y el movimiento mundial del cual forma parte, el imperialismo trata de desvirtuar el hecho de la existencia de la nueva China en Asia, así como el de la existencia en Europa de la Unión Soviética y sus aliados. Con objeto de tergiversar los hechos ante aquellos que aún no los han comprendido, el imperialismo ha adquirido la costumbre de repetir a gritos, cuando se refiere a aquellas regiones de la Tierra donde aún domina, que aquello es «el mundo libre». Para convencer a la población de Viet-Nam, de Malaya, de Africa del Norte, de Kenya, de Chipre y de otros países, que no han acabado de comprender el justo valor de este apelativo, las potencias imperialistas han hecho todos los esfuerzos posibles por «liberarles» de sus propios países, de sus hogares y de sus vidas. Este fue siempre, naturalmente, el proceder habitual en las guerras coloniales, salvo que los medios destructivos son en el siglo XX más potentes y los esclavizadores están desesperados.

Pero después de la victoria de China, los pueblos ya no consideran este proceder como «habitual». Las guerras de Corea y de Indochina han demostrado que ninguna nación, por pequeña que sea, puede ser ya sojuzgada por las armas imperialistas. El derecho a la independencia nacional, en tiempos considerado como prerrogativa de los hombres «blancos» o de los «europeos», se hace valer hoy día y es defendido en todas partes. Los que luchan por tal derecho cuentan con la simpatía y el apoyo del mundo socialista y de las fuerzas que, en todos los países, se alzan para luchar por la democracia y por la paz.

El imperialismo norteamericano, hoy el más poderoso, ya no es lo suficientemente fuerte para esclavizar a los pueblos de Asia y de Africa que se han puesto en pie o que se están sublevando contra el yugo colonial. Los imitadores de Napoleón han tenido que volver a aprender en diferentes ocasiones la funesta lección, registrada por Acheson, ex Secretario de Estado de los EE.UU., en su carta prologal del «Libro Blanco», el tremendo revés sufrido al pretender detener la revolución china:

> . . . El resultado de la guerra civil en China estaba fuera del control de los Estados Unidos. . . . Era el producto de las fuerzas del interior de China sobre las cuales intentó ejercer presión, pero no lo consiguió.*

Por primera vez en cien años, no hay ejércitos ni cuarteles imperialistas, no hay inspectores, no hay derechos de extraterritorialidad para los extranjeros en ninguna parte de las extensas tierras continentales de China. Ni China está sujeta a tratados desiguales de ninguna clase.

Pero por primera vez en casi novecientos años, existen en tiempo de paz tropas extranjeras, tropas norteamericanas, en Londres y en otras ciudades de Inglaterra. También se han instalado tropas y bases norteamericanas en la mayoría de los

**United States Relations with China.* Departamento de Estado de los Estados Unidos; 1949, pág. 16.

países de la Europa «libre», las cuales gozan por doquier derechos de extraterritorialidad. Los tratados desiguales y el avasallamiento financiero pesan grandemente sobre estos países; Washington exige y ejerce con frecuencia el derecho de control sobre la política interior y exterior de estos países.

Claro que un tal estado de cosas no puede prolongarse por mucho tiempo. Los pueblos sojuzgados, algunos de los cuales nunca gozaron de su soberanía nacional, quieren hacer valer su derecho a ello. En aquellos que durante largo tiempo conocieron la independencia, no será fácil conseguir que la sacrifiquen. Ni tampoco volverán a pelear de buen grado en una guerra dictada por las aspiraciones de los EE. UU. a dominar el mundo; Corea es un buen ejemplo de ello.

El armisticio en Corea, el cese de la guerra en Indochina, la vuelta paulatina al método de negociaciones para zanjar las diferencias internacionales, son evidentes triunfos del movimiento mundial por la paz, por el derecho a la vida. Este movimiento está indisolublemente ligado al movimiento por mantener o recuperar la soberanía nacional, el derecho de cada pueblo a elegir su propio camino de acuerdo con sus propios y verdaderos intereses. El apoyo a los principios de Ginebra y de Bandung, la formulación de los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica, el nuevo papel que desempeñan hoy los países de Asia y de Africa, son distintos aspectos de este proceso vital.

Ni en Oriente ni en Occidente, los verdaderos intereses de los pueblos están en conflicto. Al luchar por ellos, los pueblos no sólo detendrán la guerra sino que, además, marchando hacia adelante, terminarán con todas las formas de explotación y de opresión del hombre por el hombre. Cada día los pueblos alcanzan a comprender mejor dónde están sus beneficios comunes. Por medio de la acción conjunta, están conquistando un mundo nuevo, en el cual, con su trabajo pacífico, edificarán una vida nueva y plena, esa vida con la que sueña lo más selecto de la Humanidad, y que las conquistas de la ciencia ponen hoy a nuestro alcance.

INDICE

I. LA CHINA ANTIGUA 1
II. OPIO, BARCOS DE GUERRA Y MISIONEROS (1840-1849) . . 6
III. LA REVOLUCION DE LOS TAIPING (1850-1865) 13
IV. PRIMER FRACASO DE LA «OCCIDENTALIZACION» (1865-1895). 29
V. AMENAZA DE REPARTO (1895-1898) 38
VI. REFORMISTAS Y DESILUSIONES (1898) 44
VII. EL LEVANTAMIENTO POPULAR DE LOS «BOXERS» (1899-1901). 49
VIII. HACIA LA REVOLUCION BURGUESA (1901-1911) . . . 56
IX. DERROCAMIENTO DE LA MONARQUIA (1911) 69
X. LA REACCION DE LOS CAUDILLOS MILITARES Y LAS NUEVAS FUERZAS POPULARES (1912-1918) 74
XI. EL MOVIMIENTO DEL CUATRO DE MAYO DE 1919 Comienza la revolución de la nueva democracia 87
XII. LA CLASE OBRERA APARECE EN LA ESCENA POLITICA (1921-1923) 92
XIII. FORMACION DEL FRENTE UNICO REVOLUCIONARIO (1923-1925) 101
XIV. PRIMERA GUERRA CIVIL REVOLUCIONARIA (1925-1927) 110
XV. SEGUNDA GUERRA CIVIL REVOLUCIONARIA (1927-1936) 124
XVI. GUERRA DE RESISTENCIA CONTRA EL IMPERIALISMO JAPONES (1937-1945) 138
XVII. LA GUERRA DE LIBERACION Y SU VICTORIA (1946-1949) 152
XVIII. EPILOGO 165